

FRANCIS HARRIAL
LOS ANGELES NEGROS



François Mauriac

LOS ÁNGELES NEGROS

Título original: LES ANGES NOIRS

Traducción del francés por LEÓN ROZITCHNER

Editorial Planeta

COLECCIÓN LUYVE

Primera edición: ENERO DE 1958

PRÓLOGO

No pongo en duda, señor cura, el horror que le inspiro. Aun cuando nunca nos hayamos hablado, usted me conoce —o más bien cree conocerme—, porque usted ha dirigido a Mathilde Desbats, mi prima... Pero no vaya a imaginar que sufro por eso. Si existe en el mundo un hombre con quien yo deseara franquearme, es usted. Recuerdo su mirada durante mi último viaje al lugar, cuando nos cruzamos en el vestíbulo del castillo. Sus ojos son los de un niño (¿qué edad tenía usted entonces?, ¿veintiséis años?), de un niño muy puro, pero que supiera por un conocimiento venido de Dios hasta dónde le es dado al hombre envilecerse. Compréndame: no es en absoluto su traje ni lo que éste significa lo que me impulsa a justificarme ante usted. Como sacerdote, usted no me interesa. Tengo simplemente la certeza de que sólo usted puede comprenderme. Usted es un niño, decía yo, y aun pequeño, pero avisado. Y siento que lo que hay en usted de preservado también estuvo en peligro.

Ya lo ve: antes de contarle nada de lo que me concierne, le descubro mi opinión sobre usted, tal como se ha formado durante el poco tiempo que lo he observado en Liogeats, en su miserable curato, humilde ecónomo atado a sus cuentas, y a su alrededor esos campesinos feroces. Pero no tema que yo haya dado fe a las calumnias de éstos. Soy lúcido, señor cura, y sin conocerlo, leo en usted como si viese su corazón. La instalación de su hermana en Liogeats me hizo comprender en seguida cuánto iba usted a sufrir, ¡pobre inocente! ¡A esa Tota Revaux la descubrí en seguida! Se la encontraba a menudo con su marido en Montmartre... Hasta llegué una vez a bailar con ella sin conocer su nombre.

Me sorprendí al principio de ver cómo usted recibía, después de su separación, a esa persona de cabellos teñidos, de cejas depiladas: rápidamente me di cuenta de que usted la observaba siempre con ojos de hermano pequeño, con tierna ceguedad. Pero sus imbéciles feligreses creyeron que usted quería engañarlos; por eso cuentan que no es su hermana. Aun entre nosotros, mi prima Mathilde y su hija Catherine, antiguas penitentes suyas, lo han puesto en el índice y viajan hasta Lyon para confesarse. Sin creer en ello, esas buenas almas repiten las inmundicias que corren sobre usted. Imagine el aire de desconsuelo cuando suspiran: «Es cierto, ellos no hacen el mal...»

Puede ser que ellas hayan presentido que usted es ¿cómo decirlo?, —capaz de comprender ese poder de envilecimiento que no cesa de actuar sobre ciertos seres... No se indigne usted: aun cuando yo esté sumergido en pleno fango, casi cadáver, y usted sostenido por la marea, con los pies tocando apenas la espuma de las olas, yo juraría que usted no se sorprenderá por el desarrollo de mi vida.

Un confidente angélico y fraternal a la vez... esto es lo que buscaba desde hace tanto tiempo. Nada nos separa: ¡ni su virtud ni mis pecados! Ni siquiera su sotana, que estuve a punto de llevar, ni tampoco su fe.

Voy a esforzarme por alcanzar el límite extremo de la sinceridad, sin dar ningún pretexto al ángel que es usted para romper este cuaderno: evitaré toda complacencia, no haré nada por evitarla, dejaré escuchar aquello que es inefable.

Si alguna vez le fue dado a usted recibir la confesión de toda una vida, no se habrá contentado seguramente con una seca enumeración de los pecados: habrá exigido una visión de conjunto de ese destino; habrá seguido las líneas de los hechos; habrá proyectado la luz sobre los valles más sombríos. Pues bien, yo, que no busco en usted una absolución, que no creo en su poder de redimir los pecados, sin siquiera la sombra de una esperanza, me sincero ante usted hasta lo más recóndito. Pero, sobre todo, no tema escandalizarse: esta historia tiene con qué fortalecer su fe en ese mundo invisible al

cual sirve, pues es posible penetrar en lo sobrenatural desde abajo.

No crea que pertenezco por nacimiento a la burguesía: el casamiento me ha abierto las puertas del castillo de Liogeats. Soy hijo del administrador de los Peloueyre, un antiguo arrendatario muy inteligente, pero totalmente inculto. Mi madre murió cuando yo tenía dieciocho meses. Yo me parezco a ella. Era blanca de piel, fina, de otra raza que la de su marido... Creo saber sobre ella cosas que se me ocultaron durante mucho tiempo; un hombre que ha rodado muy bajo siente la necesidad de buscar un responsable entre sus ascendientes. Sentimos que este poder para envilecernos sobrepasa las fuerzas del individuo miserable, y que para ser arrastrado con ese ritmo es necesaria una velocidad adquirida y acrecentada de generación en generación. ¡Cuántos muertos se hartan en nosotros y por nosotros! ¡Cuántas pasiones atávicas se liberan! Por ese gesto que dudamos si hacer, ¿cuántos de ellos hay para empujamos? (pero usted me dirá: ¿cuántos hay para retenernos, para ayudarnos en el combate contra las tinieblas? Nuestras experiencias, sobre ese punto, no concuerdan. ¡Eso es todo!)

Lo que decidió mi vida, comenzó desde mi infancia. Sí, desde tan lejos como recuerdo, yo gustaba, o más exactamente, mi rostro gustaba, y yo me servía de él. No vaya usted a sospechar en mí una vanidad estúpida. Es necesario insistir lo que provocó mi aparente triunfo, en insistir en lo que me ha perdido. Por otra parte, usted es juez: cerca ya de los cincuenta años, he conservado el mismo rostro que cuando volvía de la escuela, cuando las mujeres me detenían en el camino para besarme. Hoy mis cabellos son blancos, pero su plateado acentúa el color quemado de mi piel; no he ganado un solo kilo desde hace veinte años. Llevo todavía los trajes, los abrigos de viaje comprados en Londres en mis tiempos juveniles.

Desde la infancia hubo en mí una suerte de fría curiosidad, una atención hacia esa gracia que veía actuar; primeramente instintivo, luego cada vez más consciente el deseo de utilizarla. Sí, desde mi más tierna infancia en la sala del asilo que olía a cloro —donde la hermana Escolástica gritaba, golpeaba el pupitre con su regla—, recuerdo aquel día de verano: la puerta se abrió. «Levántense, niños, en honor de su benefactora.» Hubo un gran ruido de bancos separados, y una gruesa y vieja dama arreglada con un sombrero de encaje semejante a los de la reina Victoria en sus retratos, apareció, seguida de la superiora y de otra religiosa que se desplazaban y arrullaban a su alrededor, se pasmaban de cuanto la vieja decía y que nosotros no comprendíamos.

—¡Tended las manos! —ordenaba la hermana Escolástica.

Y en cada una de las manitas sucias, la benefactora depositaba tres minúsculas pastillas: una blanca, una rosa y una azul.

—¡Ah! —dijo la vieja señora Peloueyre, metiendo entre mis cabellos una mano retorcida (era la madre de Jerónimo Peloueyre, al que usted enterró hace ya un año: —¡Aquí está nuestro pequeño Gradère!

— Es tan inteligente como simpático —dijo la hermana—. Gabriel, recita a la benefactora tu *Creo en Dios*.

Recité mis plegarias articulando cada palabra, sin dejar de mirar fijamente a la dama. Ese día comprendí, creo, el poder de mis ojos. Me dio una cuarta pastilla.

—Este pequeño tiene el cielo en sus pupilas.

La señora intercambió con las hermanas algunas palabras a media voz. Escuché que la superiora decía:

—Naturalmente, el seminario menor... El señor cura piensa en ello. Es muy tranquilo, muy suave, pero todavía muy pequeño... Por otra parte, eso cuesta mucho...

—Yo me encargarla gustosa... pero es necesario esperar a su primera comunión. Veremos si se siente llamado... No quisiera hacer de él un fracasado...

A partir de ese día me volví muy piadoso y ayudé a la misa todas las mañanas. En el catecismo se me citaba como ejemplo. No era en absoluto pura comedia; me encontraba fácilmente conmovido por la liturgia. Esas luces, los cantos, los olores eran mi lujo, era todo cuanto podía tener de ese lujo desconocido que me atraía. ¡Ah! señor cura, cuando comparo el hombre que resulté con el niño aparentemente devoto que fui, me parece que los de su estado son todavía demasiado indulgentes con la devoción sensible. Es poco decir que ella nada prueba: en algunos casos, en algunos seres, es el signo de lo peor.

Aun cuando las relaciones de la Iglesia de Francia con el Estado estuviesen ya muy tirantes, mi padre terminó por aprobar mi ingreso en el seminario menor, pero no sin trabajo. Los padres casi siempre desean para sus hijos una posición más elevada... Me explico difícilmente ese extraño sentimiento en mi padre, esa especie de celos anticipados. Odiaba mi superioridad futura. A los trece años fui colocado en el taller de un herrero. De débil que era, todavía, no podía siquiera levantar la «masa». Tenía que ayudarme con mi vientre, y los golpes llovían.

Algunos años antes mi hermana mayor murió tísica, reventada de trabajo y de malos tratos: mi padre la había colocado, todavía pequeña, como criada: la sirvienta de todos, hombres y bestias.

Cedió, pues, a los reproches del cura y de las damas de Du Buch; me decía, en cuanto el cura nos daba la espalda: «Instrúyete, siempre habrá tiempo de echar el resto...» Llegué a ser uno de los más brillantes alumnos y, sin ninguna duda el más querido. ¿Por qué el pequeño campesino que yo era, el aprendiz molido a golpes, fue tan sensible al olor a grasa que reinaba allí! ¿Usted conoce la casa que habita el administrador actual de los Peloueyre? No ha cambiado desde hace cincuenta años. Antes de trabajar en la fragua viví mis primeros años en medio de una gran miseria física, sin madre; la alimentación del seminario menor hubiera debido parecerme deliciosa... ¡De dónde me venían esos desagradados de niño burgués!

Muchas veces ocurrió que entré como un gatito familiar en la casa de los Peloueyre; pero casi nunca más allá de la cocina. En compensación, en la de Du Buch, me deslizaba hasta el salón y aquellas señoritas me sentaban en sus rodillas. La casa de los Du Buch, que la gente de Liogeats llamaba «el castillo» en los últimos años del siglo, estaba tal como se la ve ahora, a la entrada del pueblo, a cien metros del camino, rodeada de pinos y frente a la escalinata la extensión de prados llenos de agua y, como fondo, los grandes árboles de los Frontenac. En ese tiempo estaba habitada por las dos viejas damas Du Buch que usted no llegó a conocer; dos hermanas: una, viuda; la otra, separada de su marido. La mayor tenía una hija: Adila, frisaba en los dieciocho años cuando yo tenía doce. La menor tenía también una hija, un poco más joven que yo, esa Mathilde que se casó más tarde con Symphorien Desbats. Durante las vacaciones, las dos primas, Adila y Mathilde, disputaban por mí: la mayor quería leer para mí, corregía mis deberes; pero la pequeña Mathilde exigía que fuese su compañero de juegos. ¡Qué niño tan extraño era yo, señor cura! Mis preferencias fueron primero para la benévola institutriz, que, sin embargo, no me daba casi respiro. Sin duda tenía yo el espíritu vivo, curioso, ávido; ningún trabajo intelectual me desagradaba. Pero desde los quince años comencé a ceder, al lado de Adila, a otros atractivos. La cara hubiera parecido pasable, si no hubiese tenido esos hinchados ojos de batracio, una boca gruesa siempre abierta sobre dientes mal plantados, una masa de cabellos que ella disponía en andamiajes de trenzas; pero su cabeza se unía a los hombros sin ninguna apariencia de cuello. El corsé contenía difícilmente sus pechos. Los brazos, las piernas, su apostura: todo parecía desmesurado, informe. Sin embargo, al principio no me desagradó. Usted ha debido de observar cómo jóvenes campesinos bien formados se casan a menudo con mujeres horribles. Obedecen a los móviles simples de la animalidad que en mi adolescencia actuaron también sobre mí. Cuando más tarde Adila Du Buch se convirtió en mi mujer, se me hubieran reído en la cara si

hubiese pretendido haberla amado en cierta época de mi vida. Y, sin embargo, es verdad que le encontré encanto... Pero ese gusto no hubiera bastado para retenerme a su lado.

Perdóneme por llevarlo por tales desvíos hacia lo que fue la fuente de todo mi destino, o más bien (pues sería necesario remontar más alto), hasta el lugar de mi vida donde comencé a hacer el mal con los ojos abiertos, con una atención, con una aplicación increíble. Adila Du Buch era una niña muy piadosa, muy caritativa, de la raza de las Eugenia de Guérin, vestía a los pobres, curaba a los enfermos, sepultaba a los muertos. Su piedad se dirigía, sobre todo, hacia los viejos, tan abandonados entre nosotros en esa época, y a veces maltratados... Recorría toda la región en su calesa, que conducía ella misma, envuelta en una esclavina de franela roja con capuchón.

Me adoraba: yo era su debilidad. Jugó conmigo a ser mi madre largo tiempo. Durante el año escolar, iba a propósito a Burdeos para verme. Recibía de Liogeats paquetes de embutidos y de golosinas. Omito contarle, señor cura, las astucias que, de año en año más sabias, usaba con Adila. Aun cuando semejante corrupción sea sorprendente en un ser tan joven, no es excepcional: muchos adolescentes tienen el afán de perturbar; pero lo más extraño fue que logré sin pena persuadirla de mi total inocencia y que ella no tuvo de mí la más mínima sospecha.

Imagínese cuánto puede pasar de desgarrador en la conciencia de una joven muy piadosa que cree ser la única responsable, no solamente de lo que ella siente, sino de que despierta en un niño que está a su cuidado. Y no el primer niño que llega, sino el alumno de un seminario menor, un futuro levita. ¿Cómo he podido seguir con esta curiosidad ávida los progresos del incendio que yo mismo había encendido? No se me escapaba nada de los pobres esfuerzos de Adila, ni de las razones que inventaba para no encontrarse en Liogeats cuando las vacaciones de año nuevo o de Pascuas me hacían regresar. Se retiraba a un convento de donde mis súplicas la hacían volver casi siempre antes de mi partida. No me engañé con respecto a sus supuestos pensamientos contra la fe, que ella pretextaba para no aproximarse al confesonario. La conciencia que yo tenía del drama es lo monstruoso. Jamás tuve un rostro más puro que durante esos años. En medio de los pequeños seminaristas mal vestidos, me elevaba como un lirio.

«¿El pequeño Gradère? Un ángel...» Si hubiera tenido fe, le diría que todas mis confesiones, que todas mis comuniones eran sacrílegas. Pero había perdido la fe... Y sin la fe no es posible cometer un sacrilegio, ¿no es así, señor cura?

No tenía tampoco la excusa del amor: —ni que decirlo tengo—, ni siquiera ese primer atractivo que muy pronto se extinguió para mí. No por incapacidad de apego, sino porque a medida que crecía, la pequeña Mathilde me gustaba cada día más y hacía a Adila confianzas falsamente ingenuas. No era suficiente para la desgraciada muchacha el sentirse desgarrada por los escrúpulos; los celos agregaban su fuego, unos celos de los cuales tenía vergüenza, que le provocaban horror. Creo que quiso morir en esa época; ¿quién sabe si no era ése, el fin deseado, lo que hubiera debido ser! (¡Ah! ¡Yo no debiera decirle a usted esto!) ¿Quién hubiera podido decir que yo me convertía en instrumento de esa muerte buscada, deseada por alguien? Al menos me persuadía a mí mismo... Adila hubiera debido matarse, a pesar de su miedo al infierno, a pesar de su fe... Pero ella oraba, oraba todo el tiempo; aun en estado de pecado, oraba. El rosario de las viejas... Suerte que el mundo lo desprecia, no sospecha siquiera su poder...

Cuando cumplí diecisiete años obtuve mi título de bachiller. El ministerio de Combes asestaba a la Iglesia de Francia golpes temibles. Súbitamente tuve graves dudas sobre mi vocación. No solamente el cura de Liogeats; las damas de Du Buch tampoco me dirigieron el más mínimo reproche; al contrario: decidieron asumir los gastos de los estudios que yo deseaba proseguir en la Universidad. Durante aquellas últimas vacaciones no me alejaba casi del castillo. Allí hacía todas mis comidas. Adila había perdido la apariencia de la juventud. Obesa, asmática, no cesaba de abrumarnos, a Mathilde y a mí, con una vigilancia de la cual llegábamos a librarnos, pues la pobre muchacha era llamada a

menudo por una u otra casa de la parroquia.

Comenzaba a ver claro mi juego, pero creía que yo era su obra: ni se le ocurría que tenía derecho a dirigirme algún reproche.

Partí para Burdeos y me matriculé en la Facultad de Letras. Recibía de mis benefactores apenas lo necesario para mi alojamiento y mi comida. Yo, que había soñado con una vida libre y feliz, me encontraba carente de todo, en la calle de Lambert, en una miserable pieza del barrio de Mériadeck. Me hubiera parecido natural recibir algunos subsidios de Adila; pero no le daban casi dinero para sus gastos, y lo que me hacía llegar era a costa del destinado a sus pobres.

Es necesario ser justo, señor cura, y no despreciar las circunstancias atenuantes. No se sabe cuánto puede sufrir de frío y de hambre un estudiante de dieciocho años que no tiene tras sí una familia. Una prostituta que vivía en la misma casa, se apiadó de mí. Se llamaba Aline. Nos hablábamos a veces en la escalera. Tuve gripe y me cuidó. Todo comenzó así. Ella anotaba todo cuanto gastaba. Pero yo no tenía jamás bastante dinero para liberarme. Aline era muy joven, fresca aún. El dueño de un bar se encariñó con ella, la instaló en una de esas casas bajas que se llaman «negocios» en Burdeos. No había portera. Ningún temor, pues, a las indiscreciones: era cerca de los muelles, frente a los cobertizos de un comerciante en maderas.

Yo pasaba parte de mis días allí, y el resto del tiempo en la biblioteca de la ciudad, donde todo me parecía bueno... ¿Qué no leí en esa época? A la noche me iba al café, frente al Gran Teatro. A mi parecer era el sitio más lujoso del mundo. Una orquesta tocaba *Werther* (selección), la *Canción de cuna de Jocelyn*. Sentí, después de las primeras semanas de sufrimiento, necesidad de calor, de alimento, de alcohol. Aprendí más tarde, no a sentir vergüenza, sino a comprender que se pueda sentir cuando una mujer nos costea todo. Esto duró hasta la primavera. Un día el patrón, advertido por una carta anónima, nos sorprendió. A Aline la perdonó. A mi me arrojó fuera después de una paliza cuyas señales conservé mucho tiempo.

Quisiera quemar etapas. Es necesario, sin embargo, decirlo todo, pero sin acortar, en el estilo de un prontuario, porque temo que el asco le obligue a tirar estas hojas. Las vacaciones de Pascuas me hicieron volver a Liogeats. Mathilde, huérfana ya, acababa sus estudios en un colegio de Brighton. Pasé mis días solo con Adila. Basta con que usted comprenda cuál fue mi crimen. Una cosa es seducir a una muchacha y otra tratar de corromperla. Después de mi partida, Adila, antes tan franca, inventó mentiras, encontró pretextos para ir a Burdeos y llevarme dinero. Yo se lo hacía pagar caro. Se resistía, sin embargo, a pesar de mis intimaciones, a exigir la parte que le correspondía de la fortuna paterna. Ella me conocía bien, era la única que me conocía y se esforzaba por rivalizar en astucia. ¡Pobre Adila! Esquivaba en Liogeats a todo el mundo. La señora Du Buen se lamentaba, hacía novenas: «para que Adila reencuentre la fe». Sin embargo, sobre ese punto preciso la pobre muchacha se resistía: imposible obtener que reclamase el dinero que retenía indebidamente su madre. Hasta tuve que aflojar las riendas alguna vez: tan cerca estaba ella de escapárseme.

En verdad, a pesar de todo cuanto la había envilecido, no estaba desesperada. Mientras un ser no está desesperado, ¿no es así, señor cura?, todos los crímenes no introducen entre él y Dios más que el espacio de una palabra, de un suspiro. Esto yo lo sabía. Sabía que ella esperaba mi servicio militar, que descontaba esta separación forzosa:

—Será necesario que renuncie a ti entonces —me decía—. Iré a esconderme, no en un convento, sino en la pocilga de un convento, o si no en las Hijas Arrepentidas...

— No —le respondí—, por lejos que esté mi guarnición, tú vendrás a buscarme, y...

Pero no le transcribiré las palabras que salían de mí como si no me hubiesen pertenecido.

Sabía anticipadamente que no habría de hacer mi servicio militar: sobre muchos puntos me

habían sido dados consejos, seguridades interiores jamás desmentidas. Y, efectivamente, a los veinte años tuve una pleuresía sin gravedad real, cuyas huellas conservé durante largo tiempo. Así evité el cuartel. En esa época perdí a mi padre. Cada año, en vísperas de las vacaciones, anunciaba pomposamente a mis benefactores imaginarios éxitos en los exámenes. En realidad, ni siquiera me matriculaba. Ningún muchacho de Liogeats frecuentaba la Facultad, y pude así representar hasta el fin la comedia sin ser desenmascarado.

En esa época también me creí tan dueño de Adila como para simular abandonarla hasta tanto consintiera en reclamar su herencia. Se había disgustado definitivamente con los suyos y vivía sola en Bilbao. Ignoraba yo que ella estuviese encinta. La pobre muchacha había combinado esa ruptura para dar a luz en el extranjero. Me era fácil arreglarme sin sus subsidios desde que una carta de Aline me hizo saber la muerte de su cafetero y que era libre. ¿Le había dado él una parte de su fortuna? ¿Ayudó ella a los acontecimientos? Cometí el error de mostrarme discreto sobre ese punto en una época en la cual no desconfiaba de mí ni hubiera caído en la cuenta. Más tarde, cuando comprendí lo que me hubiese valido tenerla en mi poder, se mostró a la defensiva y no pude sacar nada en limpio.

Encontré a una Aline burguesa y en papel de señora, en un departamento, servida por una criada. Me subarrendó una habitación en el tercer piso, que yo no utilizaba a menudo. No le pagaba alquiler. Aline se convirtió en mujer de negocios. Tenía intereses en varias «casas». Tranquilícese usted: sobre esto también pasaré rápidamente. Basta con que sepa que me asoció a sus ocupaciones y a sus beneficios. Más que en ningún otro momento de mi vida es necesario pasar a rienda suelta. No dé vueltas a la cabeza, señor cura, si no quiere convertirse en estatua de sal. Aline tenía el genio del chantaje: juego peligroso, pero teníamos cómplices en la policía. Fue eso mismo lo que nos obligó, en 1914, a renunciar: nuestros amigos tenían los dientes demasiado largos y mataron la gallina de los huevos de oro.

Mientras tanto, en enero de 1913, Adila, la única criatura que me conoció a fondo, y tal vez por eso me manifestaba una piedad que me helaba la sangre, me anunció el nacimiento de nuestro hijo Andrés y me habló de casamiento. Se sentía segura de obtener la aprobación de su madre, muy quebrantada ya en esa época (murió poco después).

Pero como podía vivir cómodamente al lado de Aline rechacé ese matrimonio, magnífico a pesar de todo. La idea de una vida en común con Adila me causaba horror: no porque no sintiese por ella un gran apego; es que sufría a su lado una vergüenza sin nombre, ¡yo, que había bebido toda vergüenza! Siempre se me aparecía tal como la había conocido tiempo antes, la gruesa muchacha sana y feliz de Liogeats, servidora de Dios, amiga de los pobres, que yo había envilecido: envilecido, pero no desesperado. Ella nunca desesperó.

El matrimonio se realizó más tarde, en plena guerra. Me encontré obligado a ello, en cierto sentido, para escapar a una situación que no ofrecía otra salida. Un consejo de revisión me mantuvo exceptuado y partí para París con Aline a comienzos de 1915. Allí ganamos al principio mucho dinero gracias a operaciones sobre las cuales no tengo valor para hablarle. Jamás el comercio de estupefacientes fue más activo: mucha cocaína llegaba desde Alemania por Holanda... Lo que es necesario que usted sepa para comprender lo que sigue, es que ciertas historias que hubieran podido llevarme terriblemente lejos, me entregaron a Aline atado de pies y manos. Si, desde 1915, ella ejerce su poder sobre mí: desde ese año no fue ya la muchacha enamorada que me curaba en una habitación de la calle de Lambert, en Mériadeck. No fue tampoco la gerente avisada que me había asociado a sus negocios. El alcohol fue siempre su vicio, y día a día se abandonaba a él más y más. Llegó hasta a dejar de preocuparse totalmente de su subsistencia. Contaba conmigo. Y si yo le juro que tenía los medios para hacerme obedecer, creerá usted en mi palabra, ¿no es así? ¿No me exigirá usted que sea preciso?

Existía, pues, en mi vida —existe siempre— una mujer que vivía acostada, con una botella de

Pernod y un vaso a su cabecera, ocupada en leer novelas policíacas. No se levantaba más, nadie hacía su limpieza. No le describiré el aspecto de sus sábanas bordadas, de sus camisas de seda desgarradas, cubiertas de manchas. Vasos sucios por todas partes, botellas vacías; y ella... Era necesario que yo fuese en días fijos. ¡Cómo he sido pisoteado, señor cura! Sin embargo, había recibido una promesa, una promesa interior: todo debía salirme bien en la tierra (usted va a crearme loco). Y es verdad que todo me había salido bien: en cierto modo había vivido privilegiadamente. En una época en que tantos muchachos de mi edad sufrían y morían en el barro del frente, yo estaba resguardado, ganaba dinero... «Pero no es culpa mía (me decía esta voz), si te has dejado atrapar por esas dos mujeres. Cásate con la rica, y podrás apartar a la que es pobre y te domina...» Y sé bien que somos nosotros quienes nos hablamos a nosotros mismos...

Una carta breve advirtió a Adila que estaba resuelto a casarme con ella. Salí de París hacia la época de Pascuas. Recuerdo mi llegada a Liogeats, una noche. Nadie me esperaba. La cocinera me dijo que Adila pasaba la noche al lado de un moribundo en la sala de primeros auxilios que su familia sostenía en la antigua escuela libre. Al día siguiente, por la mañana, después de llamar, entró en mi habitación. Había adelgazado mucho y bajo su cofia de enfermera parecía menos fea. Pero, próxima a los cuarenta, tenía tal aspecto de vieja que quedé consternado. El horror de mi casamiento me asaltó, pues aunque tenía por entonces treinta y dos años, nadie me hubiera atribuido más de veinte. Adila me observaba sin decirme nada. Yo estaba acostado y me veía en el espejo tal como me veía la mujer vieja con quien debía casarme. Permaneció parada, lo más lejos posible, y ni siquiera intentó besarme. Me dijo que había dejado al pequeño Andrés en Bilbao, «con la nodriza», y que estaba muy lindo. ¡Qué me importaba el niño! Recuerdo que la ventana estaba totalmente abierta; el sol de Pascuas bañaba mi cama, y en los robles sin hojas los abejarucos se llamaban: tanta juventud y tanta alegría afuera; a despecho de la matanza organizada, un mundo lleno de amor; y yo contemplaba a la mujer, mi destino... Una mecha casi gris salía de su coña. Tenía los ojos bajos, la expresión evasiva, con una evidente decisión de no mirarme. No pude contenerme. Balbucí:

—Has obtenido lo que querías... Crees haberme comprado... Te imaginas que te pertenezco... Ya verás... ¡ya verás!

Levantó los ojos. Tuve siempre el poder de leer en los seres: su mirada no expresaba ninguna ansia, tampoco ningún sentimiento violento. Salí de mi cama sin que ella bajara los párpados. Avancé hacia ella, que estaba apoyada en la pared y cuyos labios se movían. Había palidecido tanto, que le pregunté si le provocaba miedo. Incluyó la cabeza.

—Entonces, ¿por qué te casas conmigo?

—Es necesario. Por Andrés.

—Sin embargo, tú ya no me quieres.

Hizo un gesto vago.

—¿Tienes horror de mí?

—No —protestó ella—, pero sí de aquello que hay en ti.

—¿De lo malo que hay en mí? Es tu obra, tú lo sabes bien.

Al fin había dado en el blanco. Dejó escapar un gemido.

—Yo era un niño aún, acuérdate, un niño muy puro, Adila... un seminarista...

Sus ojos se llenaron de lágrimas... Su pobre rostro blando expresaba el espanto. Y de golpe la vi abatirse, caer al suelo. Y yo parado, en pijama —usted ve eso, ¿eh?— la observaba. Había ocultado su cabeza entre los brazos. Su grueso cuerpo era sacudido por los sollozos. Si existe un sentimiento que me sea extraño, es la piedad, aun hacia una criatura a la cual tantos lazos me ataban. ¡Pues bien!

Sentía hacia ella, en aquel momento, una piedad.. ¿cómo decírselo, señor cura?, una piedad sobrenatural. No por azar la califico así. A pesar mío yo protestaba:

—No, desgraciada, no, no me creas. ¿Qué? ¿Qué es lo que balbuceas!

Me incliné hacia ella, separando con la mano la mecha gris pegada a su frente, y traté de comprender las palabras que, entre dos sollozos, se le escapaban. Terminé por comprenderlas: «Rueda de molino al cuello...»

Se repetía la amenaza de Cristo contra aquellos que han escandalizado a uno de los pequeños que creen en él: «Sería mejor para ellos que se les atase una rueda de molino al cuello...» Un impulso del cual no hubiera podido defenderme me arrojó de rodillas al lado de ella. La rodeé con mis brazos:

—No, pobre niña, esta amenaza no es para ti. Yo no era uno de esos pequeños cuyos ángeles ven al Todopoderoso frente a frente. No he sido jamás uno de esos niños. Tan lejos como miraba en mi pasado, la corrupción estaba en mí, y me divertía en despertar en ti el desasosiego... La edad que se tiene, no significa nada... Lo que me ha sido dado desde mí llegada al mundo no es la inocencia. A través de mis pestañas de niño estaba atento a la tentación que despertaba en tu carne, en tu corazón. Con delicia, me sentía peligroso para tu pobre alma. Tenía conciencia de ser un cebo. El gusto de mi propio veneno llenaba mi boca. Tú te aproximabas a esa carne posesa. Rodabas alrededor de este falso candor. Tus avances y tus tropiezos, tus retiradas, tus regresos hacia mí: nada se me escapaba. Niño de corazón helado, yo jugaba contigo, pobre niña: No te inquietes, pues. De nosotros dos, fui yo el tentador, yo el más fuerte, yo el mayor. ¡Era tan viejo a los dieciséis años! ¡Viejo como el mundo! Y tú, a pesar de los siete años que me llevabas, tenías corazón de niña.

Ella se había levantado y permaneció apoyada en la pared. Vuelvo a ver su rostro tumefacto, los mechones que salían de la blanca cofia. Escucho todavía el canto del pájaro trepador, el piar de los abejarucos, los tordos, que se habían posado sobre la hiedra... Era una mañana de la Semana Santa... Un momento de mí vida en el cual no hice el mal, señor cura, sino el bien, donde detuve aquella alma al borde de la desesperación... A pesar mío, sin duda, a pesar mío... A pesar de otro también.

—¡Debes huir, es necesario que huyas de mí! —le repetía—. Aprovecha este minuto. ¡Escápate!

Ella sacudía la cabeza mirándome con profunda tristeza. A veces un temblor la sacudía, pero no lloraba ya. Como ella repetía: «Imposible...», encontré mi voz habitual para decirle:

—¿No estás curada de mí?

Se irguió como si la hubiese picado. Insistí:

—Si estuvieses curada te irías, huirías. ¿Sabes lo que te reservo?

Ella me respondió que sí, que lo sabía.

—Crees conocerme... no sabes de cuánto soy capaz... (Como si hubiese querido, como si hubiese sido necesario que Adila se convirtiera en mi mujer con conocimiento de causa.)

—¿Cómo no habría de saberlo?

Ella dejó caer esta pregunta con voz sorda, en la cual creí sentir asco. Mi cólera se despertó:

—No estarás tan orgullosa cuando esto se realice. Con la cabeza echada hacia atrás, contra la pared, me observaba.

—Tengo prisa porque todo se cumpla —murmuró—. Lo más duro será advertir..

Y como la interrumpí groseramente, continuó:

—No se trata de mi madre, la he preparado hace tiempo; la novedad no la sorprenderá. No, pensaba en Mathilde...

¿Por qué me hablaba de Mathilde?... Habíamos evitado, tanto el uno como el otro, pronunciar ese nombre. Me acordé que estaba en Inglaterra. ¿Qué nos importa Mathilde? La pondremos ante el hecho consumado. Adila volvió a su voz baja:

—Vuelve mañana.

Miraba el vacío. Dos lágrimas se deslizaban a lo largo de sus mejillas.

—Será necesario decírselo...

—¿Es que esto tiene algo que ver con ella? No es más que tu prima. Habéis vivido en la misma casa, es cierto... ¿Sabes que te llevo a París?

Me mordí los labios, molesto por haberme traicionado y no haber esperado a estar casados para anunciarle mi voluntad de alejarnos de Liogeats. Pero observé que la noticia la dejaba indiferente. Entraba en el matrimonio como se hubiese arrojado al mar. Murmuró:

—En París, o en otra parte...

—Sí, tienes razón: en París o en otra parte estarás conmigo, serás mi mujer, la mujer del ser que yo soy, la carne de mi carne.

Como decía a media voz: «Ya lo soy...», insistí:

—A merced mía, Adila. Mi cosa. Sola. Nadie entre tú y yo.

Tuve el sentimiento de no dominarla. Ella sostuvo mi mirada y protestó firmemente:

—No, no estaré sola. No estoy sola. Si lo estuviese, hace tiempo que habría huido de ti, al otro extremo del mundo, o a otro mundo.

No encontraba nada que responderle. Después de un silencio, continuó:

—Hablaré con mi madre... En lo que se refiere a Mathilde, sería superior a mis fuerzas. Le anunciarás tú mismo la noticia... y lo más pronto posible... mañana mismo. Es necesario que todo se realice rápidamente... ¿Por qué no en París, puesto que tú tienes en París tu domicilio legal?

—No —le contesté—. Quiero un casamiento solemne aquí. Quiero que atraveses Liogeats con tu vestido blanco. Quiero que la gente asista a mi triunfo... Magnífico triunfo, ¿eh? Algunos sospechan lo que ha pasado. Debes esperar desprecios, querida. ¡Tanto peor! Deseo una hermosa boda en la iglesia de Liogeats.

—La tendrás, la tendremos.

No dejaba de mirarme y respiraba rápidamente

En todo el día no vi a nadie. No osaba aventurarme por el pueblo, lleno de viudas, de madres que habían perdido a sus hijos. Ni una casa que no estuviese de duelo, ninguna familia que no viviese angustiada. La gente, en esa época, no podía soportar la vista de un paisano, joven y apto. En verdad, mi situación era regular; el estado de uno de mis pulmones, tal cama revelaban la auscultación y el examen radiográfico, no dejaba de inquietar. Pero había esto de extraño; que yo no sentía ninguna molestia, ninguna fatiga; gozaba de una salud de hierro. Explíquese esto como le plazca, señor cura. Estaba extrañamente protegido, es necesario reconocerlo, amparado... Y sin embargo, a medida que mi destino tomaba forma, me aterrorizaba.

Pasé el día vagando por el jardín. Adila había vuelto al hospital. Su madre no bajaba ya para las comidas desde hacía varios años. Sólo las ventanas de la vieja señora, en la fachada principal del

castillo, tenía los postigos abiertos; todas las demás estaban cerradas. Del lado oeste vi una sirvienta lavando los cristales de la habitación de Mathilde, que comunicaba con la de Adila.

A mediodía me llegó una carta de Aline, carta imperiosa, amenazadora; pero yo estaba tranquilo. Ella tenía interés en no hacer fracasar mi casamiento y yo no tenía nada que temer de ella mientras el botín no hubiese caído en mis manos. Sólo entonces ella atacaría. Temblaba por anticipado ante tal perspectiva. Las gentes de su especie, señor cura, se preguntan cómo las gentes de mi tipo no conciben la idea de suprimir un ser que les molesta. Desde esa época, sin embargo, una de mis preocupaciones constantes era la de descubrir el medio de desembarazarme de Aline. Tenía la imaginación fecunda: ¡pasé mi vida suprimiéndola en el pensamiento!; ¡cuántas novelas policíacas podría escribir con todo lo que inventaba! Pero el crimen inofensivo no existe. Por otra parte, Aline, acostumbrada desde hacía mucho tiempo al juego peligroso del chantaje, estaba a la expectativa. Me hablaba a menudo de la tentación que me asediaba como de algo evidente, y me explicaba por qué no la mataría, por qué no podía matarla: al cabo de cuarenta y ocho horas se sospecharía de mí, me detendrían; todo me denunciaría. Por otra parte, me repetía a menudo, había dejado en manos seguras documentos que llamarían inmediatamente la atención de la justicia sobre mí. La perra había terminado por persuadirme que yo tenía interés en su vida y que aun inocente, si le sucedía una desgracia, yo era hombre perdido.

Aquel día transcurrió entre esos bosques salvajes y desnudos que no sabían quién era yo, aún cuando me conocían desde mi infancia. Sólo un hombre de mi calaña puede amar profundamente ese universo adorable, sin mirada y sin conciencia para juzgarnos... Ese mundo oloroso, lleno de animales y de astros, y que no sabe de la existencia de santos ni de condenados, ni de seres salvados ni de seres perdidos. Aquel día, alrededor de las tres de la tarde, recuerdo que me senté al sol sobre un pino derribado cuyo inmenso cuerpo habían destrozado los castaños en la caída. Acurrucado en aquel olor a corteza arrancada, me calentaba, inocente como un zorro, como una garduña. La naturaleza no me pedía cuentas: todo lo que vive contra ella, todo cuanto vive mezclado a su más secreta vida, se devora entre sí. Yo era un devorador entre mil otros que calentaban a la misma hora al sol sus plumas, su pelaje, sus élitros. No sufría; mi sufrimiento estaba suspendido por milagro... Porque es necesario que usted lo sepa, señor cura, este atroz dolor no se interrumpe nunca ni esta conciencia de caer a cada segundo para siempre. Por entonces no había escuchado todavía, sin embargo, esa palabra que me fue dicha un día por uno de los suyos, un viejo cura con cara de santo que veía a veces en los recodos de Super—Bagneres, el año de mi estancia en Luchon. Sí, hablábamos del «príncipe de este mundo», como él lo llamaba, y me dijo con un tono de certitud que me heló: *«Hay almas que le son dadas...»* Tenía el aire de saberlo de fuente segura. No osé interrogarle y me apresuré a hablarle de otras cosas. Desde entonces, busqué por todas partes al viejo con el fin de obligarle a que se explicase. Terminé por encontrar sus rastros: acababa de morir en olor de santidad, como usted dice, en un asilo, en Vanves, llevándose consigo su espantoso secreto: *«Hay almas que le son dadas...»*

Mathilde llegó al día siguiente, después del almuerzo, sin que yo estuviese allí para recibirla. Todo el día escuché cómo llamaba a Adila, cómo reía y cantaba en su habitación mientras arreglaba sus cosas. Hacía sonar las puertas. De niña todo se despertaba así a su paso; no había cambiado. Yo leía los diarios al sol cuando una mano ágil me quitó el sombrero. Estalló una risa que reconocí, pero no reconocí al principio más que la risa. Aquella larga muchacha afinada, tallada como una golondrina, no me recordaba apenas a la niña olivácea y enfermiza que había compartido mis juegos. No se parecía tampoco a la Mathilde Desbats que ahora es, a la señora de Symphorien Desbats, cuya conciencia actualmente no tiene usted ya el honor de dirigir. Nada menos trágico, señor cura, que Mathilde en aquella época. No tenía el aspecto imponente que usted le conoce... pero amedrentada sí

lo estaba; golondrina entrada intempestivamente en la habitación y que se da golpes con todo. Demasiado delgada, angulosa... Parada en medio de la alameda, como un pájaro que no se detiene más que un segundo, balanceaba su sombrero y me observaba con bruscos movimientos de su cabecita de cabellos apretados. Podría decirle cómo era su vestido, sus brazos, desnudos a pesar de la estación todavía fría, las gruesas cuentas de coral alrededor de su moreno cuello. Yo no era el mismo, no sabía quién era: una ternura misteriosa se elevaba desde lo más íntimo de mi ser y se extendía sobre mi vida criminal. Heme convertido en un muchacho frente a una joven. No, no es verdad toda esa existencia vivida en sueños. Es todavía la época en la cual nos escondíamos tras los ligustros. Adila nos buscaba, gritaba nuestros nombres, y yo la tenía en mis brazos sin apretarla y ella anudaba los suyos alrededor de mi cuello. Todo lo inmundo de una vida ha durado el momento de una pesadilla: me levanto sobresaltado, tú estás aquí todavía, me amas... Y quedamos en suspenso, cada uno se esfuerza en no precipitarse... Y de pronto ella habla:

—¡Cómo te ha conservado, mi pequeño Gabriel! Enrojeces tanto como antes...

Palabras fatales: de un solo golpe la neblina se desgarró y veo mi vida. ¿Nada había dejado sus señales sobre mí? Pero en verdad Mathilde no se engañaba casi: en la época en que jugábamos juntos, yo estaba tan perdido como ahora; el candor de mi edad me ocultaba. No, no había cambiado; lo hecho después, no había agregado nada a mi verdadero rostro, a mi rostro eterno.

—No tienes aire de enfermo... Y, sin embargo, debes de estarlo... Si, lo sé: me hice mostrar tu radiografía cuando estuve aquí la última vez... Soy ducha en medicina. De cualquier manera, es extraordinario que tengas el buen semblante que muestras.

Se informó sobre mi temperatura y pareció contrariada por el hecho de que no me la tomase cada noche. Partimos juntos. Muchos pinos habían sido derribados; los golpes habían destruido los albergues que conocíamos. El arroyo Balion, al que antes se llegaba a través de las malezas, y que corría bajo las ramas confundidas de alisos y de castaños, estaba al desnudo: se estremecía a través de una tierra arrasada, llena de troncos y sembrada de desechos de cortezas.

—El Balion, al menos, no ha cambiado —decía Mathilde—. ¿Crees tú que un bombardeo, que el gas pueden algo contra los arroyos? Nada se puede contra el agua viva...

—Sí, pequeña mía (yo la había llamado siempre pequeña mía), se la puede aprisionar... Mira —agregué—, nuestro *jouquet* está todavía allí.

Usted sabe a qué llamamos un *jouquet* en Liogéats: un lugar escondido para cazar palomas con fusil. Entramos en él como antes. Yo no tenía la idea de aprovecharme de aquella soledad, como tampoco la tenía Mathilde. Nos habíamos vuelto a encontrar como dos niños que siempre pasan sus vacaciones en la misma campiña: permanecíamos simplemente hombro contra hombro. Y nuevamente, en el gran silencio y en el olor de los helechos, perdí conciencia de mi identidad. Mis actos no me habían marcado el rostro y pude creer aquella tarde que tampoco habían marcado mi alma. ¿La pequeña Mathilde mantenía tal vez inocencia por los dos? Fui feliz unos instantes... Sí, a pesar de todo sé qué es la felicidad... hasta el momento en que Mathilde dijo:

—He encontrado a Adila muy cambiada... desconocida: una mujer vieja. —No respondí. Gotas de lluvia crepitaban sobre nuestro refugio de helechos y de hojas. Un pájaro muy cerca de nosotros trinaba. ¡No pensar en Adila! ¡No pensar en Adila! Pero a pesar de mis esfuerzos ella estaba entre nosotros. Mathilde me interrogaba sobre mis ocupaciones y quería saber de dónde provenían mis recursos. Yo le respondía con prudencia y con secreto temblar. Era una joven práctica, hábil en los negocios, como hay tantas entre nosotros, y me daba bastante trabajo despistarla. Por suerte algunas de mis combinaciones eran confesables. En aquella época se podía comprar cualquier cosa, acumularlas en un cobertizo, y revenderlas un mes más tarde con gran beneficio. Mathilde hizo un mohín; llamaba a esto «vivir de recursos».

—¿Has pensado alguna vez —preguntó— dejar a París para volver a vivir en Liogeats?

—¿Qué haría yo en Liogeats?

—¡Qué se yo! Busca...

Nuestras miradas se cruzaron en la sombra de nuestro escondite. Había dejado de llover. La tierra mojada nos envolvía con su olor, con su frío... Pero nosotros estábamos al resguardo. Yo sabía lo que ella me ofrecía. Comprendía... ¡Demasiado tarde! A menos de sacrificar a Adila... No sería por otra parte sacrificarla: Adila no me quería ya. Nuestro matrimonio no era a sus ojos más que una forma de reparación. Nada podía contra mí...

—Tú podrías, por ejemplo, ocuparte en mis propiedades.

—¿A título de qué?

Ella eludió la respuesta, habló a sus anchas de Brighton, de dos amigas australianas cuyos padres habían muerto a bordo de un barco torpedeado. De pronto me preguntó si yo sabía por qué ella regresaba a Francia. Se trataba de un proyecto de casamiento con uno de sus primos, Symphorien Desbats, veinte años mayor que ella, pero que se cuidaba de las propiedades de Mathilde desde que sus padres vivían. Demostré alguna emoción.

—No estoy decidida todavía —continuó ella—. Pero si decido que no, como es probable, no podría comunicarlo por carta a un hombre a quien tanto debo...

Llovía de nuevo. Corrimos hacia la casa. Le así la mano como lo hacía cuando niños; pero ahora ella era más rápida que yo. Entramos así en el vestíbulo ensombrecido. La tormenta resonaba débilmente. Vi, arrojada sobre una silla, una capa de enfermera.

—Adila ha regresado —dijo Mathilde—. No me atrevo a llamarla. Ella parece huírme... ¿Tú sabes si tiene alguna razón para sentirse alejada! Tal vez piense que no le escribí bastante... ¡Después de todo, no éramos tan íntimas! Cuando esté casada podré al fin vivir en mi casa...

—¿El castillo es indiviso?

—Espero salir de él. Por otra parte, no tengo gran interés en el castillo... Si Adila quiere conservarlo...

—La casa del señor Desbats sobre la plaza es siniestra...

Me respondió con voz temblorosa «que no se trataba de vivir en casa del señor Desbats». Como en cada tormenta, la electricidad había sido cortada. Estábamos parados y alrededor había ese rumor de agua en el crepúsculo.

Oímos caminar en el primer piso. Yo estaba poseído por un deseo loco, irrazonable: hablar en seguida a Adila, arrojar a Adila por la borda. Me era imposible permanecer un instante más en la incertidumbre: «¡que mi camino esté al fin libre, que el fin pueda ser feliz!» Apartaría todos los obstáculos: me arrojaba sobre ellos en pensamiento, como furioso. ¿Y Aline? Pero Mathilde era tan rica como Adila... Podría distraer la cantidad necesaria para cerrar la boca de Aline... Pero no; yo sabía que nada impediría a la miserable hacerme hablar hasta que todo fuera dicho. «Habrà tiempo de pensar en ello una vez que me haya casado.» La felicidad solamente, esa inesperada felicidad me daría el coraje de reducir a Aline al silencio, a un silencio eterno. Sí, de golpe, en aquel preciso segundo, en aquel vestíbulo de campo, muy cerca de aquella jovencita que respiraba inquieta, estaba resuelto al último crimen: un último crimen para ganar el derecho a no cometer ningún otro. Un crimen más, y todo estaría terminado.

Llovía estrepitosamente, la tormenta estallaba y, sin embargo, yo no escuchaba en este mundo más que el ligero jadeo de Mathilde. Mis manos, vacilantes, avanzaron en la sombra.

—¡Desde siempre! —murmuró ella—, ¿y tú?

La tenía entre mis brazos, distraído por aquellos pesados pasos sobre nuestras cabezas: Adila... Desembarazarse en seguida de Adila... No podía quedarme en la incertidumbre un instante más; separé suavemente a Mathilde y le dije que me esperara en su habitación.

Entré en la de Adila sin llamar, como un ladrón. Ella se paseaba a lo largo de la habitación rezando el rosario: era el ruido de aquel ir y venir lo que escuchábamos desde el vestíbulo. El candelabro estaba encendido sobre la chimenea. Pareció inquieta ante mi presencia y se detuvo, el rosario envuelto alrededor de su puño.

—Quería hablarte antes de la cena (¡cuán dulce era mi voz! Su dulzura me asombraba a mí mismo). He reflexionado después de nuestra conversación de ayer. Te he hecho demasiado mal, mi pobre Adila. Nuestro casamiento sería una locura...

Ella hizo un gesto de lasitud:

—¿Para qué volver a lo mismo? Todo ha sido dicho entre nosotros.

Balbué, dominado ya por la rabia:

—¿Y yo?, ¿qué hago aquí? ¿Qué será de mí? ¿Y mi felicidad, la mía!

Adila se había vuelto y me observaba con profunda atención.

—¿Tu felicidad? Es mi fortuna... mis propiedades...

¡Con qué tono distante pronunció ella esas palabras! Le contesté que me reía de su dinero. Yo trataba en vano de contenerme:

—Puedo tener una propiedad tan hermosa y aún más hermosa que la tuya... Y al mismo tiempo me casaría con una mujer que no será una... (aquí una palabra como las que me vienen a veces, uno de esos términos sucios que no tienen nada que ver conmigo, pues mi naturaleza es tal que me inspiran horror. Y sin embargo, en algunas ocasiones, usted no puede imaginarse lo que sube a mis labios...).

Adila preguntó con voz temblorosa:

—¿Qué mujer? ¿Mathilde? Me lo temía. Lo veía venir —agregó con un aire de dolor. Y con mucha calma—: No, mi pequeño, es necesario renunciar a ello.

Y como yo balbuceara: «¿Quién me obliga?», ella me respondió que tenía los medios.

—Vamos, pues, te perderás tú mismo...

Yo estaba en el paroxismo de una rabia cuyos efectos ella había sufrido a menudo. Pero ahora no cedía y sostenía mi mirada:

—Ya no me infundes miedo, estoy decidida a todo. Entiéndeme bien: si es necesario, me encargaré yo misma gustosamente de salvar a Mathilde. Pero tú no has comprendido que no tengo ya nada que perder, nada que ganar, que lo he perdido todo, o lo he ganado todo..., que tú ya no puedes hacerme ni bien ni mal.

Alcé mis manos a la altura de su cuello, grueso y blanco:

—¿Y de esto no tienes miedo tampoco?

Ella sacudió la cabeza:

—No, porque tú mismo tienes demasiado, Gabriel... Dudé si saltar sobre ella cuando salió. Fue hasta el corredor, pero no para huir como pude creer; pues la sentí llamar a Mathilde con voz fuerte.

El ligero paso de la pequeña hizo crujir los escalones. Yo estaba lo más lejos posible de la ventana, y Mathilde no me vio al entrar. Escuché su voz:

—¿Estás ahí, Gabriel?

Sin embargo, Adila había cerrado la puerta.

—Gabriel y yo no podemos diferir más el anuncio de una gran noticia. Me habías prometido, Gabriel, que advertirías tú mismo a Mathilde...

La muchacha debió de creer al principio que yo acababa de contarle a su prima todo lo que había pasado entre nosotros, y que Adila había respondido anunciando su propio noviazgo.

—Cada una por su lado —dijo Mathilde riendo—, hemos encontrado la felicidad... Pero, Adila, revélame en seguida su apellido... ¿Lo conozco?

—Querida mía, ¿no lo adivinas? Está aquí, en esta habitación...

Hablaba con precaución. Escuché como en sueños repetir a Mathilde:

—¿Qué? ¿Es una farsa?

Yo esperaba que todo terminara, cuando de pronto la muchacha me interpeló:

—¿Es verdad, Gabriel?

Balbué:

—Espero que no sea verdad...

Entonces Adila, como si repitiera una lección, aseguró con voz neutra que yo no podía negarlo, que estábamos prometidos el uno al otro. Mathilde me dijo:

—¿Se ríe de ti? ¡Contesta, contesta, pues!

Hice un vago ademán. Escuché, sin prestarle ninguna significación, las anhelantes palabras de Mathilde.

Tras un corto momento de inconciencia, comprendí de nuevo lo que ella decía, con voz entrecortada:

—Todo se aclara: no creías que yo sería tan estúpida... mientras que estabas seguro del consentimiento de ella... Lo importante para ti era entrar en la familia. Pensar que has hecho ese cálculo, ¡tú, Gabriel!, ¡qué has sido capaz de ese cálculo!

No olvidaré jamás la mirada de Adila mientras su prima repetía:

—¡Quién te hubiera creído capaz!

Es verdad, para quien conocía mi vida la indignación de Mathilde era como para morir de risa.

—No tengas miedo, no te lo disputaré —gritó ella—. Sería fácil, tu sabes. ¡Pero guárdalo, vieja!

Agregó aún:

—Guárdate lo.

Adila, en aquel momento, se separó de la pared, y con los ojos semicerrados dijo rápidamente:

—No se trata de mí... Pero... tenemos un niño. Se llama Andrés, tiene cinco años.

Mathilde murmuró, con aire de atontada: «¿Tú, un niño?...» y reía.

Salió al fin, tambaleándose y escuchamos su caída en el corredor. Me precipité, pero Adila me rechazó con dureza. Hubiera sido peligroso desafiarla en aquel minuto. La dejé de rodillas, sosteniendo la cabeza de su prima, y bajé la escalera sin mirar atrás.

Sentía en mis pies el frío de los charcos. La blancura del sendero me guiaba y, sin embargo, la perdía a veces y me golpeaba contra los pinos. Fue aquél, sin duda, uno de los instantes de mi vida en el que estuve más cerca de matarme. Pero una voz impaciente repetía en sordina: «No, eres demasiado cobarde», como de alguien que no contaba con verme en semejante situación, Pues es verdad que soy cobarde y sucede a menudo que de todos los vicios éste es el único que nos salva. Volví por la noche, mojado, hambriento, con las manos ensangrentadas, pero vivo, ¡ay, bien vivo!

Es preciso que me apresure, señor cura, sin lo cual usted no tendrá paciencia para seguirme hasta el fin. Al día siguiente Mathilde partió. Adila volvió a ser la mujer indiferente, pasiva, resignada que yo había conocido en Liogeats. Pero nuestro enlace no pudo celebrarse en el pueblo: recibí cartas horribles, firmadas por viudas y heridos graves de la guerra. Hubo un tumulto desaprobatorio bajo las ventanas del castillo. Tuve que huir durante la noche, en auto, y tomar el tren en una estación alejada. Adila se reunió conmigo en París, donde nos casamos en presencia solamente de nuestros testigos. Algunas semanas más tarde, Mathilde se casaba con Symphorien Desbats.

Exigí para nuestros bienes el régimen de comunidad. Adila obedecía ciegamente a todas mis demandas. Sin preocuparse por los intereses de Andrés, aceptó arrasar una parte de su propiedad, vender la tierra y colocar el dinero a mi nombre; firmó un testamento cuya fórmula establecí. Nada, sin embargo, hacía presentir que fuera a morir. Sobre todo, no vaya usted a creer... no vaya a sospechar que ya... Se la llevó la gripe más de un año después del armisticio y cuando la epidemia parecía conjurada. Tuvo lo que usted llama «una buena muerte», pero sin grandes manifestaciones... Escuché, sin embargo, algunas palabras a través de la puerta: no pensaba más que en mi, no pronunció siquiera el nombre de su hijo... Confiese que es una creencia extraña esa redención por el sufrimiento, ese sacrificio de una vida que no depende, por otra parte, de nosotros... Pero puede ser que la verdad sea extraña... ¿Me creerá usted si le digo que lloré, que pienso en ella todavía como en alguien viviente y que no ha partido de mi vida?

Naturalmente, en cuanto quedé libre, Aline quiso casarse conmigo: yo hubiera preferido la cárcel, y ella lo comprendió muy pronto. Su chantaje resultó entonces despiadado. Tuve que recurrir a Symphorien Desbats.

Usted lo conoce. Por entonces estaba ya enfermo. No era el sentimiento lo que lo ahogaba. Si Mathilde se hubiese casado con el ser que yo soy, hubiera por lo menos conocido el amor... Seguramente el despertar hubiera sido horrible: pero durante algunas semanas, puede que durante algunos meses, habría conocido el amor. Usted adivina lo que pudo ser su vida conyugal. Tuvo, sin embargo, una hija, Catherine, pero al nacer ésta encontró su lugar ocupado: a la muerte de Adila, en efecto, Mathilde me había escrito diciendo que se encargaría con gusto del pequeño Andrés. Desde entonces él ha vivido siempre pegado a sus faldas.

Symphorien Desbats me juzgó desde la primera mirada. No porque fuese capaz de penetrar en todas mis vueltas y revueltas. El hombre que yo soy es realmente inimaginable para él. Vio en mí un simple canalla; pero desde el punto de vista que le interesaba, era efectivamente así como debía tomarme. Yo había heredado a Adila en la medida que la ley permite desheredar a un hijo en beneficio del esposo. Las exigencias de Aline —y también, debo reconocerlo, la vida que yo llevaba (¡qué vida!)—, me obligaron muy pronto a cortar lo que quedaba de mis pinos, los más viejos, para ir luego por aquellos que estaban en pleno rendimiento. Recibí un día en París la visita de Symphorien Desbats. Me dijo que arruinaba mi propiedad, que debía encargarle de la gerencia. Me aseguraba unos ingresos suficientes. Me adelantó al principio todo el dinero que le reclamé. Paso por alto todas las astucias de que se sirvió para comprarme los bosques que, naturalmente, lindaban con los suyos. A

medida que Andrés crecía, utilizó un medio que sin duda me justificaba ante mis propios ojos... (como si un ser de mi especie tuviese necesidad de justificación. Sí, tengo necesidad desde el momento en que se trata de mi hijo) pero que, sobre todo, desarmaba a Mathilde, su mujer. Pues Mathilde defendía contra mí los intereses de Andrés como si se tratara de su hijo; usted la conoce bastante para saber que ella quiere más a Andrés que a su propia hija Catherine. Recuerdo el furor contra su marido cuando se dio cuenta de que utilizaba mi perpetua necesidad de dinero para despojarme.

Pero Desbats la desarmó razonando así: nadie podría impedirme vender mis propiedades al primero que llegara. Mas valía, pues, que no salieran de la familia. Para que Andrés no saliese perjudicado era necesario ponerlo en relaciones con Catherine. Así volvería a encontrar por medio del matrimonio lo que su padre hubiera cedido mediante nuevos pagos al contado. El cálculo no parecía absurdo, pues desde la infancia Andrés y Catherine eran inseparables. La buena fe de Symphorieh Desbats no podía ser sospechosa: tenía el amor a la propiedad que implica el horror a las particiones y que es origen de tantos matrimonios consanguíneos. En suma, me pagaba para que las tierras no saliesen de la familia, pero Andrés no terminaría siendo el dueño más tarde.

Así Desbats se aseguró la neutralidad de su mujer para adquirir poco a poco aquello que me pertenecía. Andrés posee todavía las tierras de labor de Cernés y de Balizaou, que heredó de su madre y sobre las cuales no tengo ningún derecho: más de mil hectáreas en pleno rendimiento. ¿Por qué entonces Desbats, si verdaderamente está decidido a que nuestros hijos se casen, se esfuerza en echar mano sobre el último resto del patrimonio de Andrés? ¿Por qué pagar derechos al fisco para asegurarse la posesión de tierras que deben ser la aportación de mi hijo al casarse? Esto es lo que me inquieta, se lo confieso. Estoy de acuerdo en que, desde que está medio paralítico, su amor a la propiedad se convierta en manía y que no atienda ningún razonamiento... Llega hasta declarar que el casamiento de nuestros hijos no se realizará más que una vez concluido el trato. En fin, influye en mí para que decida a Andrés a efectuar la venta... Pero, usted lo sabe, señor cura, el padre que soy y que ahora usted conoce, tiene todo el poder sobre ese niño del cual me desinteresé desde su nacimiento y que no me vio más que cuando hice el viaje a Liogeats para recibir el dinero que, en el fondo, le robaba. A mi hijo también supe gustarle; es mi última conquista y, como las otras, la exploto. Sólo que a él lo quiero.

Hará todo cuanto yo le pida, aun cuando la tierra también lo tenga aferrado, pero no bajamente. No tiene instinto de propiedad; y su madre le legó, en desquite el don de interesarse por los colonos; «se cuida de sus asuntos...» «está de parte de ellos», como dice con odio su patrón; pues, en suma, se ha convertido en el mayordomo benévolo de Symphorien Desbats. No contento con poseer la mayor parte de las tierras de Du Buch, ese zorro utiliza al último descendiente varón de la familia como doméstico... Andrés lo soporta porque se cree ya el marido de Catherine. Consentirá, pues, sin esforzarse mucho a lo que imagina ser un capricho de enfermo, y venderá Balizaou y Cernés lo menos caro posible a su suegro, para no aumentar los derechos, y tanto más decidido cuanto que Desbats le jura que fijará, una vez concluido el negocio, el día de la boda. Pero yo quiero que guarde esas tierras, señor cura. Sé que si el negocio se concluyera, yo ganaría una comisión; Desbats me ha fijado una suma... Y el pequeño, que sabe que paso grandes dificultades, ha prometido adelantarme el producto de la venta. Yo le daré un cinco por ciento... Pero ¿quién me dice que no se trate de una patraña y que, después de haber despojado a Andrés, el viejo no lo quiera ya como yerno? ¿De qué valen las promesas de ese hombre si no son firmadas ante un escribano! Pero sucede que estoy más que nunca, acosado por Aline. Durante años tuve muchas cuerdas en mi arco... Pero envejezco, envejezco de mes en mes, de semana en semana...

Perdido por perdido, no despojaré al pequeño... Es necesario que conserve Cernés y Balizaou... Que los conserve al menos hasta el día después de haberse casado... Por otra parte, sería retroceder para saltar mejor: una vez recibidos, mi comisión y el préstamo de Andrés, no tendré nada

más que esperar... Sólo me queda confiarme a Desbats: él será tal vez más fuerte que Aline. A menos que aproveche de mis confianzas para perderme, que encuentre en ello un pretexto para no concertar la boda... Señor cura, usted, sólo usted...

I

El hombre dejó su estilográfica, releyó lo que acababa de escribir, se levantó. Vestía una bata de seda azul, rota y manchada. Bajo el foco, su rostro, a pesar de los cabellos plateados, parecía joven. Sus claros ojos no habían debido de cambiar desde la infancia. Un día triste entraba por los sucios cristales: esa luz de París que se espera impacientemente a que muera del todo para cerrar las delgadas persianas de hierro que pinchan los dedos. Los muebles eran de 1925. La vida no había podido agregar nada a las paredes pintadas, a los muebles de níquel y de vidrio. Y, sin embargo, el desorden reinaba, no el de la vida, sino el de la ruina. Una fuente con los restos de una comida fría estaba sobre el tapete. Por todas partes colillas de cigarrillos. Seguramente no limpiaban desde hacía muchos días.

Gabriel Gradère fue a tenderse en el diván, que era también la cama donde dormía. «¿Por qué escribes?, se decía. ¿Qué puede ese pequeño cura contigo? Además te prohíbo que lo veas. Te prohíbo que lo conozcas. Te prohíbo que lo mezcles en nuestros secretos.»

Un niño, en el piso de arriba, comenzó una escala. Gradère se sintió aliviado, pues detestaba el silencio. El silencio respiraba. La atmósfera era pesada, espesa, habitada. No, no podía quedarse un cuarto de hora más... Se despojó rápidamente de su bata, se vistió.

¡Qué alivio cerrar la puerta tras sí, girar la llave en la cerradura como si encerrara, entre las paredes de la calle de Emilio Zola, al enemigo de su vida y de toda vida!

Era la hora en que todas las luces de gas se encendían. Caminaba con paso rápido, juvenil, casi alado, un paso que le era propio. Compró un diario. Tenía el sentimiento de que alguien perdía sus rastros. ¿Quién hubiera podido poner un nombre sobre su rostro? Cruzó el Sena, siguió los rieles del tranvía hasta la puerta de Auteuil. Nadie en la terraza del café, en verano llena de gente... Pero él no tenía frío. No tenía frío nunca. Un *pernod*... No se sabe nunca anticipadamente si se obtendrá la beatitud esperada... A veces esto nos libera... pero otras el alcohol agrega tristeza, exaspera la desesperación. Aquel *pernod* estaría lleno de misericordia. Gradère podía regresar sin temor, tenderse, cerrar los ojos. Economizaría la cena, saldría tarde, se sentaría a la mesa de la mujer que estaba todas las noches en el *Florenca*, pediría un emparedado que ella pagaría con el champaña. Sin embargo, se estremecía un poco en la noche húmeda, Un aliento silvestre de humus y de hojas pasó sobre el barrio. Se apresuró a volver.

—¡Vaya! —se dijo—. Olvidé apagar la luz... ¡Aline! ¿Qué haces tú aquí? Te había prohibido que vinieras a mi casa...

La mujer, tirada en el diván, no se movió. Fumaba al lado de una botella de apporto vacía. Había puesto su sombrero sobre el buda de la chimenea. Su larga cara enharinada no había sido lavada antes de pintarse. En las estratificaciones del maquillaje brillaban los ojos turbios y aguados. Una línea de rojo fucsia marcaba el lugar de la hendidura que era la boca. El vestido, levantado hasta los muslos, descubría bajo la seda vegetal las piernas, finas aún.

—No tienes nada que prohibirme. ¿Tengo la llave, o no? Va para dos meses que espero...

Había conservado el acento de Burdeos. Gabriel fue a sentarse cerca de ella, encendió un cigarrillo y dijo con voz insinuante y humilde:

—Yo tampoco, Aline, tengo nada... No como más que una vez al día...

—Te queda obtener del chico...

Él interrumpió rudamente:

—No, no hables del muchacho. No despojaré a Andrés. Eso, al menos, no he de hacerla. ¡No y no!

—¡Pero si él mismo consiente!...

—Razón de más para no aprovecharme de su gentileza...

—¡Pero si su casamiento depende de ese negocio! Desbats te lo prometió. Nunca faltó a su palabra...

Gabriel sacudió la cabeza sin responder.

—Entonces encuentra otra cosa... A mí no me importa que el chico se rehaga. Por otra parte, tú volverás a él un día u otro, ¡viejo farsante! Sabes bien que será necesario llegar a eso. Pero mientras tanto...

Ella acentuaba las finales con entonaciones cantantes. Él estaba apoyado en el radiador y la miraba, se esforzaba en mirarla. De una vez para siempre habría de acabar con aquella mujer; arrojarla... ¿Por qué no entonces? Sería para ella demasiado arriesgado ejecutar sus amenazas; no tendría ningún interés en llamar la atención de la policía.

—Sé en qué piensas —dijo ella de pronto.

Él tembló. Ella pidió un cigarrillo y alargó su corta mano cuyas rojas uñas las hacían parecer más sucias.

—¿Piensas que yo no haré nada? Pequeño mío, te engañas... Tú no lo sabes todo.

Aline le obligó a sentarse junto a ella y le habló muy de cerca:

—Imagina, que alguien... alguien a quien tú hubieses hecho mucho daño, cuya vida hubieras tronchado como se dice, hubieras deshonrado, alguien de la alta sociedad que no se detiene en pequeñeces, esté resuelto a todo para ajustarte las cuentas...

Él balbuceó:

—No sé de quién quieres hablarme...

Pero en seguida muchos nombres le vinieron a la memoria e ,

—En todo caso —siguió con voz afirmada—, si ese señor quiere ajustarme las cuentas, no lo hará sólo conmigo, te lo juro. Tú puedes fanfarronear.

—¡Hijo! No, pero ¿por quién me tomas?

Ella reía con la garganta, la boca cerrada, para no mostrar sus dientes:

—El día en que abra su archivo, hará mucho tiempo que yo estaré fuera de tu alcance. Ese señor, como tú lo llamas, acepta por anticipado todas mis condiciones. Se encarga de mantenerme en el extranjero, en un pequeño lugar tranquilo... ¿No me crees?

—No, porque si fuese cierto ya hubieras cantado... No es por mis lindos ojos...

—¡No, rico, con seguridad! Pero el caso es que tengo mis hábitos aquí. Los viajes no me dicen nada. No se vive bien más que en París... Ya ves que no fanfarroneo. Tengo interés en que nosotros dos nos entendamos. Pero es necesario que hagas lo tuyo... Debes ser amable.

Habla tranquilamente, sin cólera, habituada desde siempre a los regateos. Él preguntó con voz titubeante:

—¿El tipo de que hablas es el marqués?

—No se te puede ocultar nada. Piensa un poco: las cartas de su mujer: lo que tú le has hecho escupir... y luego, si no hubiese habido más que el dinero... ¡Pero tú sabes lo que era esa mujer para él... esa mujer que le quitaste, que perdiste de todas las maneras posibles? y el casamiento de su hija, que se deshizo a causa de ella... La pequeña se volvió neurasténica... es decir loca: está encerrada...

—Fuiste tú quien me empujó a ello...

Él agregó bruscamente:

—Cualquiera la hubiese perdido... No hablemos más de esto.

—Eres tú el que habla... ¿Entonces?

Él respondió con voz alterada:

—Iré mañana a Liogeats... Vete ahora. Pero no te creo... Al marqués de Dorth le horroriza el escándalo... Ya ha tenido su parte... Él más bien pagaría para no entrar en relación con una mujer de tu especie...

Ella no se sintió molesta:

—¡Si te imaginas que me hace el honor de recibirme! No, todo sucede bajo cuerda, por intermediario. Quiere dar cuenta de ti, pero limpiamente, sin llamar la atención...

La empujaba hacia la puerta, y ella se resistía:

—¿Por qué no envías un telegrama? Tengo necesidad de dinero inmediatamente.

—No, es necesario que discuta el precio de la comisión. Es necesario, sobre todo, asegurarme que el matrimonio de Andrés está en pie todavía...

Ella se envolvió en una vieja nutria apolillada:

—Te doy una semana. Si el lunes a esta hora... ¿Confiesas que soy una buena mujer?

Cuando estuvo solo, Gabriel abrió la ventana y respiró el húmedo aire. Giró vivamente como si alguien lo hubiera llamado desde un rincón del cuarto. Estaba vacío, pero caliente aún de Aline, lleno de su olor, saturado de los efluvios de aquel cuerpo grueso. Cerró la ventana y dijo en voz alta:

— No hay nadie...

Sus errantes ojos recorrían las paredes, el techo, la alfombra, hasta que, de pronto, con precipitación febril, tomó su sombrero, su abrigo... Y, de nuevo partió al azar, recorrió los muelles, desiertos a esa hora y, aunque su cansancio era inmenso, caminaba con su paso rápido, juvenil, casi alado.

II

El pequeño tren, después de un largo silbido, se puso en marcha y se detuvo en la estación de Liogeats. Cinco o seis viajeros descendieron. Eran las diez de la noche. Gabriel con el sombrero inclinado sobre los ojos, entregó su billete al empleado del andén y; en lugar de atravesar la sala de espera, llena de gente que había ido a comprar los diarios, dio un rodeo. A través de las pilas de planchas de un aserradero, volvió al camino, que la luna iluminaba.

La maleta que llevaba en su mano derecha, no pesaba casi. El camino se llamaba el *boulevard* porque bordeaba el pueblo, ya adormecido.. A la izquierda los pinos comenzaban en seguida; la noche, lechosa, chorreaba a través de sus cimas, corría a lo largo de los troncos escamosos, se expandía por el suelo, lleno de malezas confusas. A la derecha, el pueblo estaba oculto por la bruma que subía del arroyo y de las praderas. Parecía más silencioso que el bosque, donde a veces estallaba un corto sollozo nocturno, donde una piña se separaba de su rama y caía al suelo. Pero los hombres, molidos de fatiga, dormían en sus cobijos, y las respiraciones confundidas de aquella tropa abrumada eran imperceptibles.

La carretera cruza el Balion, Gabriel escuchaba correr el agua sobre las piedras, ese ruido ininterrumpido desde que lo escuchara en su tierna infancia... Ese universo... esa materia que no nos juzga y que, sin embargo, obra sobre nosotros, que despierta remordimientos, ternuras, a pesar de cuanto hayamos cometido... ¡Inconsciencia profunda y suave de la noche!

Gabriel disminuyó el paso. Mientras estuviese sobre el blanco camino de luna, su sombra, rota por los montones de piedras, no sería más odiosa a la tierra que la del joven cura a quien tuvo la locura de confiarse y cuya triste casa percibió en la curva.

Aquel camino de Liogeats donde, de niño, había corrido como loco, no sabía, a qué venía al lugar... Él mismo no lo sabía. ¿Todas sus diligencias no tenían un fin oscuro? Iba por lo de la venta de Balizaou y de Cernés. Pero el viaje, decidido a pesar suyo en algunos instantes, debía corresponder a otras necesidades. ¿Qué iba a cumplir, oculto e irreparable en aquel rincón del mundo donde habla nacido, en una noche semejante, al fondo de una pobre alcoba, cincuenta años antes?

Su experiencia no lo engañaba: en, su vida, los viajes bruscos e impremeditados significaron siempre una entrada en acción, el cumplimiento de un propósito. Se sentía imperceptiblemente balanceado, como una piedra guardada en una mano crispada... Si: inerte como guijarros que la mano de un niño va a arrojar contra un animal inocente. Nunca como en aquella noche había tenido conciencia de esa terrible pasividad.

A pesar de la neblina que se levantaba del Balion, se apoyó en el parapeto, inclinado sobre la bruma diáfana, atento al correr del agua. El agua tenía olor: no era el légamo, no eran los musgos sumergidos. El agua tenía un perfume casi imperceptible que, niño aún, reconocía. ¡Su infancia impura! Y, sin embargo, aquella noche conmovía en él fuerzas intactas de bondad, de amor... De pronto hubiera querido hacer algo, cumplir un acto que no estuviese en la línea de su destino. Pero no había ni una sola buena acción que intentar en aquel camino desierto, en aquel mundo adormecido. Ningún viajero que él hubiera podido recoger y cuyas heridas hubiese vendado, yacía al borde del foso. Ni siquiera un pájaro aterido que hubiera podido calentar contra su pecho.

Sin embargo, tenía ese deseo en él, ese inútil deseo, una de esas intenciones de las cuales, según dice, el infierno está empedrado. El universo reflúa en él: una sombra lechosa, húmeda y casta, el agua ciega entre bordes sin memoria que sus pies desnudos habían pisoteado antes, cuando

pescaba cangrejos con las pequeñas Du Buch... Felizmente, no tenían memoria aquellas praderas, que una nube recubría.

Como el frío apretaba, siguió su marcha. En un recodo del camino, en el lugar donde el *boulevard* vuelve el sendero que lleva hasta el castillo, percibió los muros leprosos de la casa del cura; un hombre joven dormía allí, el hombre a quién había querido contar su vida... ¡Qué locura! También debía estar tendido, despojado de su vestimenta negra, lleno de fatiga y de tristeza, igual que todos aquellos feligreses que lo torturaban, unido a ellos en el mismo agotamiento, en la misma sombra... aquel cementerio de vivos prefiguraba el otro donde terminarían por encontrarse todos, los torturadores y su víctima, a la entrada del pueblo.

¿Y la hermana del cura? ¿Estaba también allí, a despecho de las calumnias y de las persecuciones? Gabriel levantó los ojos: el claro de luna golpeaba en los postigos cerrados de largas placas verdosas sobre los muros decrepitos. Pero ¿qué era aquello? Delante de la puerta y hasta sobre los escalones, ¿qué significaban todas aquellas ramas esparcidas? Observó con curiosidad la alfombra de tallos de boj recién cortados mezclados con las hojas brillantes de laurel. Es costumbre del lugar cubrir con ellos el umbral de los esposos en la noche de bodas... y de pronto Gabriel comprendió la innoble burla. Los feligreses le gastaban una buena broma a su párroco. Cuando el joven sacerdote, por la mañana, saliera a la hora de su misa, acuellas ramas cortadas le recordarían lo que la gente de Liozeats pensaba de él y de la individua que hacía pasar por su hermana. Se madrugaba en Liozeats: aun cuando el cura decía su misa a las seis y media, habría miradas para espiarlo al amparo de los visillos de la plaza, y niños crueles tras los álamos del camino. Por el momento, los torturadores dormían. Sólo la luna en el cenit, entre todo lo más triste que había a esa hora sobre la tierra, contemplaba las hojas de laurel y de boj en el umbral de una casa de cura rural.

Gabriel tuvo una inspiración: depositó su maleta entre las ortigas, bajo la pequeña pared que, detrás de la casa, separaba el camino y el jardín del cura. Observó alrededor y prestó oídos. Los perros no ladraban. Sólo los gallos, engañados por la luna, se llamaban de un espacio al otro. Gabriel tomó por brazadas las hojas y las arrojó detrás de la pared. Entraba en calor con su trabajo a pesar de la humedad de la noche. Cuando ya no quedaba mucho, las recogió una a una, hasta la última. Entonces, un poco fatigado, antes de volver al camino, se apoyó un instante contra un álamo, frente a la casa del sacerdote. Limpios de ramas, los escalones del umbral se le aparecían desnudos en el claro de luna, ahondados en el centro por los pasos de todos los muertos y de todos los vivos que se habían acercado a levantar el llamador de la puerta. Viejas piedras desgastadas. Y, sin embargo, ellas eran, a la luz de la noche, más expresivas que un rostro, palpitantes de una vida sorda. Y el hombre que con sus sucias manos las había descubierto, recibiría de golpe no sabría decir qué mirada. No fue más que un instante. Volvía a llevar su maleta y ya doblaba a la izquierda, en la avenida del castillo.

III

La bruma baja ocultaba las praderas y más allá de aquel lago vaporoso los grandes pinos de los Frontenac, erigidos sobre lo alto de un declive, recordaban tal vez cuanto habían visto y escuchado. *Bergère* ladró. Gabriel gritó: «¡Aquí, *Bergère!*» Ya sentía él las patas de la perra sobre su pecho y su lengua caliente sobre su cuello, sobre su mentón. Algunos postigos sonaron.

—¿Quién es!

—Soy yo, Gercinthe, Gabriel..

La vieja gritó que bajaba. Se sentó él sobre la maleta. Una llave giró en la puerta de la cocina.

—¿Entonces está aquí!

La vieja sorda lo observaba con ojos desconfiados. Sólo ella, de todos los sirvientes, dormía en el castillo. Las dos jóvenes sirvientas, hijas del arrendatario, y un criado vivían en el labrantío y allí cenaban.

La luz deslumbró a Gabriel. Dijo que el tren había llegado con una hora de retraso, como siempre; que no había cenado; que tenía un hambre de lobo. Ya Gercinthe arrojaba piñas y virutas sobre las brasas, y se inquietaba: ¿qué iría a comer? «¡Es que no queda gran cosa!» Detestaba a Gradère, pero el alimento de los amos era su religión.

—No importa —dijo Gabriel

La vieja le sirvió *pâté de foie gras*, pollo frío: «El esqueleto... pero no es la peor parte... »

Gradère comía lentamente, con una impresión de seguridad, y de bienestar. París estaba lejos, y Aline, y la atroz vida... Nadie lo aguijoneaba ya.

—¿Están todos bien aquí?

Gercinthe se lamentó: el señor Desbats, según se creía, había tenido un pequeño ataque... Tenía su asma... Nadie podía cuidarlo, salvo su hija... Podía decirse que la señorita Catherine tenía devoción por su padre... ¡Era tan nervioso!

—Es el asma, es la enfermedad El verlo a usted le calmará. No esperaban más que a usted para la boda.

Agregó a media voz, como para ella sola, ocupándose en las cosas de la mesa:

—¡Ah, qué astuto es!...

Gradère interrumpió su comida y la observó.

—¿Qué quiere decir? ¿Que no quiere que se case Catherine con el muchacho?

Ella murmuró:

—¿Es que yo he dicho eso? ¡No! ¡Yo no he dicho eso!

Gabriel preguntó:

—¿Y Andrés!

—Siempre en el campo. Esta semana contó los pinos del cercado de Jouanhaut, que el señor Desbats vendió a Mouleyre... ¡Pero... aquí viene la señora!...

La mujer, de formas plenas bajo la bata, era Mathilde. Sus espesos cabellos, recogidos con prisa, le daban un aire pasado de moda, descubriendo la frente alta y mate. Las mejillas eran biliosas, un poco hundidas, pero el cuello y el nacimiento de su pecho, que dejaba ver la bata desabrochada, tenían una blancura de fiar. Gabriel se había levantado. El solo en el mundo veía en aquella mujer madura y casi pesada una jovencita aguda, la jovencita tallada como golondrina a quien él había querido.

Era Mathilde y para él era siempre la señorita Du Buen. Frente a ella volvía a ser el pequeño Gradère, el hijo de un campesino de Peloueyre, el niño a quien Adila y Mathilde tuteaban mientras él las llamaba respetuosamente «señoritas».

—¿No tienes más ganas? Si no estás demasiado soñoliento, es necesario que hablemos seriamente, esta misma noche. Usted puede subir, Gercinthe. Puede fregar los platos mañana por la mañana. No se inquiete: yo apagaré el fuego. ¡Vamos, apresúrese!

Hablaba con voz firme y tranquila, acostumbrada a ser obedecida.

—Aproxímate a la chimenea. Las noches son ya frías.

Ella no sentía ninguna emoción por encontrarse así, en la gran cocina de Liogeats donde, de niños, habían visto hervir los duces en las ollas de cobre; en la cocina que ellos habían atravesado corriendo para esconderse en el fondo del desagüe, mientras Adila los buscaba por el jardín y gritaba: «¡Está prohibido esconderse en la casa!» Entonces él apretaba la mano de Mathilde y se quedaban así, mudos de felicidad.

No, ella no había guardado de aquello recuerdo alguno. Fijaba en él una mirada preocupada e indiferente a la vez. Él no le inspiraba ni siquiera asco. Gabriel hubiera preferido verla estremecerse al recuerdo de aquel día en el cual Adila lo había anunciado su noviazgo. Pero nada más extraño a Mathilde que ese poder de rumiar el pasado del cual él abusaba... ¿Qué confidencias había ella recibido de Adila, moribunda? Tal vez no lo hubiera olvidado todo, pero sí rechazado hacia lo más profundo de sí misma. Parecía todo abolido, acabado, muerto. Lo único que contaba para ella eran las cosas y los seres actuales.

—Has hecho bien viniendo... ¡Pero nada de falsas maniobras! Nunca Symphorien ha hablado tanto de terminar con el noviazgo. Todo me parece demasiado simple: está demasiado alegre, su alegría tiene un no sé qué turbio...

—Está muy enfermo...

—¡Sí, seguramente! Aunque yo me pregunto... Leí en *Le petit parisien* la historia de un simulador... A veces Symphorien está sordo y es necesario hablarle a grito pelado; y, de golpe, percibe lo que se dice en voz baja. Con un lado paralizado, no camina casi... Sin embargo, eso no le impide a veces correr como una rata por la casa. En suma, es un asmático de corazón fatigado: ¡eso es todo! Sí, sin duda, el doctor Clairac... ¿Qué quieres que te diga? Tiene agarrado al doctor Clairac: él le arregló la situación en una historia bastante equívoca de accidente de trabajo. Tengo la sospecha de que él le dicta sus diagnósticos a Clairac... Por otra parte, no veo cómo podría impedir el casamiento de Andrés al punto a que han llegado las cosas. Es bastante maniático en lo que concierne a la propiedad como para querer a cualquier precio detentar vivo aún las dos últimas «provincias» que le faltan, los dos más bellos florones de su corona, como él llama a Cernes y Balizaou. Ha llegado a ser una verdadera locura...

Gabriel ahogó un bostezo:

—Pues bien; entonces, es necesario decidirse...

—Sí, pero primero exigir que las capitulaciones matrimoniales sean firmadas el mismo día...

Ella observaba el fuego, frotando maquinalmente sus rodillas. Gabriel se adormecía. Sintió sobre su mano el hocico caliente de *Bergère*. El reloj se oía débilmente. ¿Cuán lejos estaba París, cuán lejos Aline! Por la chimenea escuchó el viento de los pinos, un quejido sostenido, sin altibajos, y que terminaba por confundirse con el silencio.

—¡Escucha, Gabriel!...

Él se estremeció. Mathilde lo observaba desde hacía un instante; había juntado sobre sus rodillas sus bellas manos, un poco grandes. Las mangas de su bata descubrían sus brazos, firmes y potentes.

—Júrame que no te ha prometido ninguna comisión. Tan avaro como es, si te prometió una cantidad importante para terminar el negocio, es que nos está engañando...

Gabriel aseguró con voz poco firme que Desbats no le había prometido nada.

—¿Es cierto? ¿No me mientes?

Él sintió la injuria, quiso rebelarse. Pero Mathilde se encogió de hombros:

—No; querido, no; conmigo no vale la pena... y como él murmurara:

—¿Me desprecias?

—Es una palabra demasiado importante —agregó ella con tono de burla—. Es una palabra para los parisienses. Aquí no se trata ni de amor ni de desprecio, ni de todas vuestras historias. Aquí tratamos de propiedades, de las aves, de los cerdos... Todo el resto... ¡puf!

Ella lo molestaba, lo irritaba de pronto sin que supiese por qué. Él dijo:

—Si no tuvieses nada más con que llenar tu vida...

—¿Qué tengo acaso?

—A Andrés, por ejemplo ...

Ella sonrió.

—Ni qué decir tiene... Es mí hijo, mucho más de lo que podría serlo para ti o para Adila... ¿No me lo has dado? Sí, yo tengo ese hijo.

Se había sentado para hablar de Andrés. Su rostro brillaba de felicidad. El inmenso susurrar de los pinos no turbaba el silencio. Pero la vieja cocina perfumada no le inspiraba ya ningún sentimiento de seguridad a Gabriel; no se sentía ya amparado. Como si alguien acabara de entrar, de pronto, a pesar de la puerta cerrada; alguien que después de haber perdido su rastro en París, se hubiera reunido con él quemando etapas. Y de nuevo «él» estaba allí. ¿Estaba él allí? *Bergère* dormía estirada, con el hocico entre las patas. Los jamones pendían de las vigas. Sobre los estantes, adornados con papel de bordes recortados, brillaban las ollas de cobre. No, la cocina no era ya el antiguo islote donde él había encontrado refugio: el horror cotidiano de su vida se desvanecía de golpe. Si un ruido de pasos hubiera resonado en la galería, si una mano hubiera empujado la puerta, no se habría asombrado de ver entrar a Aline apretando su vieja nutria sobre un cuerpo informe, Todo había cambiado, pero Mathilde no se daba cuenta. Jugaba distraídamente con su anillo, el brazo descubierto hasta el codo.

—¿Estás bien segura, querida mía, de trabajar por la felicidad de Andrés?

Ella lo observó con asombro:

—¡Sin duda! ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque no te inquieta saber si Andrés será feliz con Catherine. No quisiera ofenderte...; pero, en fin, tu hija...

—¡Oh! —dijo ella riendo—, no me hieres en lo más mínimo! Catherine es fea: digamos la palabra. En absoluto tonta, encerrada en sí misma, malhumorada, tan poco brillante como es posible serlo... ¿y qué? Eso no impide que sea la mujer que él necesita... Es un asunto conocido de siempre. Andrés ama la tierra por encima de todo. Después de su equipo de fútbol, su vida son las propiedades. Entre nosotros, los hombres no han pedido nunca a las mujeres que sean una maravilla de espiritualidad y de belleza. Con tal que eduquen a sus hijos, que sean ordenadas! limpias... Debo decir que en eso Catherine tiene todavía mucho que aprender. Y además no le gustan los animales, no se cuida del gallinero... Pero eso llegará. Por otra parte, yo estaré allí.

—Sí, tú estarás allí.

—¡Sí, yo estaré allí! Vamos, expresa tu pensamiento —agregó secamente—. ¿Temes que turbe la felicidad de esa joven pareja? ¿Te imaginas que aspiran a la soledad? Se conocen desde la infancia y no hay nada de romántico en su historia. Aquí no valen los arrullos, no es el género. Nada cambiará...

—Salvo que se acostarán en el mismo cuarto.

— Naturalmente.

—En la misma cama.

—¡Sí, en la misma cama! —repitió ella con impaciencia—. ¡Ah, sois demasiado complicados para nosotras!

Las últimas palabras fueron dichas en tono de mofa, pero Gabriel la sentía sufrir, como si hubiese tenido una paloma muy apretada entre sus manos.

—Mi pequeña Mathilde, ¿te consideras acaso una mujer simple?

Ella se levantó con un movimiento brusco:

—Todo esto son historias... ¿Recuerdas que, cuando niño, mi madre te llamaba «charlatán»? Pasa delante: yo apagaré.

La cocina de pronto no quedó iluminada más que por la llama de la chimenea, que moría. Los reflejos se encendían, se apagaban en las cacerolas de cobre. Se escuchaba golpear contra las baldosas la cola de *Bergère*. En el vestíbulo, que olía a tela barata y a salitre, la percha estaba cargada de esclavinas y sombreros para el sol. Gabriel se volvió bruscamente:

—¿Y Catherine? —preguntó.

—¿Qué?

Mathilde tenía un tono de mal humor, como quien tiene prisa por irse a dormir.

—¿Es feliz?

—¡Cómo no habría de serlo! ¡No faltaba más que eso!

—¿Se lo has preguntado?

—¡Yo no tengo necesidad de preguntárselo! Ella siempre esperó este matrimonio. ¿No estar contenta de casarse con Andrés? ¡Tú estás loco!

—¿Cómo es ella con el pequeño? Sí... ¿Cuál es su actitud?

—Están juntos como siempre lo han estado. ¡Te has vuelto completamente estúpido,

muchacho!

Subieron la escalera de puntillas. Ella agregó:

—No hagas ruido: Symphorien tiene el sueño ligero. Respecto de Andrés, en cambio, la casa podría venirse abajo, que no se despertaría.

—¿Duerme como antes en la habitación verde? Como no corro el riesgo de despertarlo, voy a besarlo... ¿Entras también?

Había dejado la puerta entreabierta.

—Espera —cuchicheó ella—, voy a encender su lámpara de cabecera.

Las cortinas con dibujos rojos y verdes envolvían una cama con barandas. Gradère no vio al principio más que el enorme edredón abultado. Respiraba con dificultad aquel aire encerrado. «¡Qué campesino! —pensó—. Jamás abrirían la ventana de noche.»

—Se tapa demasiado —dijo Mathilde a media voz—. Una manía que tiene desde la infancia... Apuesto a que está nadando en sudor... —agregó al retirar el edredón.

Gabriel observaba a su hijo, dormido. Estaba rojo; la barba, que ensuciaba de negro su rostro, hacía aparecer las mejillas más coloreadas. No llevaba pijama, sino una camisa bordada a la moda antigua. La piel de su frente, ligeramente húmeda, brillaba. «El retrato de su madre —pensaba Gabriel—. Pero él sí es hermoso...» Andrés se agitó, y su mano buscaba, palpando, el edredón.

—En verano es lo contrario —decía Mathilde con esa complacencia de las madres, para quienes todo cuanto concierne a sus hijos tiene una importancia desmesurada—, no puede soportar ropa alguna. A menudo me veo obligada a taparlo porque, aun en agosto, antes de que salga el sol hace mucho frío a causa del arroyo...

—Pronto no tendrás necesidad de tomarte ese trabajo...

Gradère salió de la habitación. El claro de luna bañaba la escalera, hacía brillar el pasamano, pero no penetraba en el corredor, parecido a la entrada de un túnel.

—¡Hermosa noche! —suspiró Mathilde—. No tenemos necesidad de encender la luz... ¿Qué me decías?

—Decía que, muy pronto, no tendrás la preocupación de tapar a Andrés por la mañana. Ya no estará solo.

Espiaba la respuesta de Mathilde, pero no pudo observar la menor alteración en su voz cuando ella respondió:

—Sí, los primeros días después de su casamiento, tendré que prestar atención y no entrar así en su habitación... Será cuestión de hábito. ¡Oh —añadió riendo—, no será un sacrificio! Por otra parte, me doy cuenta de que lo trato demasiado como a un niño. Es tiempo de que eso termine.

—Él debe de pensar lo mismo. Temo que lo molestes un poco...

—¡Por eso no! —protestó ella vivamente—. Es un niño, a pesar de sus veintidós años. Y el servicio militar no lo ha cambiado. Creo que es muy puro —agregó un poco rápidamente.

—¿Cómo lo sabes?

—No es que me haya hecho confidencias... pero a través de ciertas ingenuidades... Es extraño, ¿eh?, con el padre que tiene.

Gradère la observaba:

—Puede que seas tú la ingenua... ¡Un muchacho de veintidós años! Serías la última en quien se confiaría...

Ella lo interrumpió:

—Si te lo digo, es porque lo sé. ¡No, no pretendas conocerlo mejor que yo! Por otra parte, en Liogeats, nada pasa inadvertido: si existiese la menor historia, me sería contada el mismo día... Pero te juro que ni piensa en ello. ¡La gente de tu especie no puede creer que existan hombres que no sean brutos, que no sean como los perros!

—¡Qué vehemencia, Mathilde! Yo no tenía ninguna intención de resultarte desagradable...

—No me resultas desagradable... ¿Por qué habrías de serlo? —volvió a decir furiosa—. Vamos, vayámonos a dormir. Valdrá más que decir tonterías. Quieres té para el desayuno?

—No, aquí no: el agua tiene gusto a tierra, a piedras... Café con leche, como todos.

Al fondo del negro corredor, una voz agria los sobresaltó:

—Hablan demasiado fuerte. Han despertado a papá.

—¿Eres tú, Catherine? ¿Hace mucho que estás ahí? —preguntó Mathilde con tono preocupado.

La recién llegada eludió la pregunta:

—Fue papá quien los escuchó... ¿Quieren que encienda?

Deslumbrados, parpadearon. Gradère observaba a la jovencita, delgada, que apretaba alrededor de su cuerpo una bata igual a la de su madre, de la misma lana. La mirada sombría, muy viva y sin embargo, animal, no iluminaba la dura forma de su rostro. Los cabellos, espesos y apagados, divididos en dos trenzas y, tirados hacia atrás, descubrían la frente baja: una hija de las Landas, de la pequeña raza de las aves negras de corral típicos del país. Su madre la observaba con inquietud:

—Confiesa que te divertías escuchándonos. Por lo demás, no tiene ninguna importancia.

Catherine levantó un poco los hombros. Miraba la punta de su agujereada pantufla por donde se asomaba el dedo gordo y enredaba la cinta marchita de una de sus trenzas. Dijo de pronto a Gabriel:

—Papá lo espera mañana por la mañana... En cuanto usted se despierte... Está muy contento de que usted haya llegado.

—¡Ytú, mi pequeña Catherine, estás también contenta! ¿no?

—¡Oh, yo!...

Hizo un gesto que significaba que sus sentimientos particulares no interesaban a nadie. Su reducida sombra se hundió en el corredor. Mathilde y Gabriel esperaron que ella hubiera cerrado la puerta de su habitación, que comunicaba con la de su padre.

—¿Crees que escuchó nuestra conversación? —preguntó él.

—Es probable. Está siempre al acecho... siempre espiando. Su padre la preparó como a *Bergère* —agregó con odio.

—Una encantadora mujer para Andrés, ¿en, Mathilde?

—¡La mujer que necesita precisamente!

—Es verdad —respondió él con voz suave—, es verdad que lo adorará; que estará loca por él.

Mathilde le arrojó un seco «Buenas noches» y entró en su cuarto. Gradère escuchó el ruido del

cerrojo que ella echaba. Él reía aún al entrar en su habitación, que había sido la de Adila.

La fotografía de la muerta adornaba la chimenea; el marco estaba apoyado en un florero cuyas rosas renovaba Mathilde siempre. Gabriel no reía ya. Se sentó sobre la cama y observó las paredes: malos retratos al pastel hechos por el abuelo Du Buch, dos acuarelas que representaban a San Bertrand de Comintz y el lago de Oro, y luego toda una capilla: el *Sacré Coeur*, la Virgen, San José, un gran Cristo de bronce de donde colgaba aquel rosario de huesos de aceituna, bendecido por Pío IX y al que Adila tenía gran afecto. De nuevo Gabriel se sintió apaciguado. Nunca había sentido en la habitación de Adila ese calor de una presencia invisible que lo aterrizzaba en París, jamás había sentido la respiración de un ser en acecho. De pronto se levantó, abrió el armario, cuya puerta gimió, tomó del último estante una vieja esclavina de franela roja, la aproximó no a su boca, sino a su nariz: olía siempre todo como un perro. Y de nuevo se sentó en la cama, teniendo en sus rodillas la esclavina roja de Adila, aferrado con las dos manos al despojo. La luna declinaba, la neblina cubría la campiña. Salvo Gabriel Gradère, ¿qué ser viviente, en Liogeats, no estaba adormecido?

IV

Alguien más velaba en la leprosa casa del cura, aun cuando sus ojos estuviesen cerrados. Alrededor de la cama de hierro plegable, a través de las persianas, la luna iluminaba el desorden de una habitación vasta y desnuda. Sobre la mesa, brillaba la nieve de los papeles esparcidos. ¿Y aquellos dos animales inmóviles en el suelo? Dos viejos zapatos embarrados. Sobre una de las sillas estaba tirada una camisa de franela y la sotana. En las paredes, la humedad describía en el claro de luna continentes e islas. El padre Forcas escuchaba arriba sordas corridas de ratas, gruñidos, pequeños gritos agudos. Él no pensaba en las ratas, sino en las ramas acumuladas allí afuera. ¿Por qué no levantarlas? Aun estaba a tiempo.

La noche anterior, mientras leía en su breviario, había percibido bajo sus ventanas risas ahogadas; se había aproximado con paso de lobo... Había visto, había comprendido... Sintióse loco de rabia, como puede estarlo un muchacho de veintiséis años, lleno de vida. Seguramente debía de ser el gran Mouleyre, o Pardieu, el hijo del carrero, los que habían preparado el golpe... ¿Empujado por las muchachas tal Tez? Eran tres o cuatro las que lo odiaban a él, joven solitario alrededor del cual habían girado en vano.

Bajó de cuatro en cuatro los escalones, puso la mano sobre el cerrojo, pero se detuvo, volvió a su habitación y se puso de rodillas, como si hubiese sido una tentación el deseo de barrer las ramas. ¿Su deber no era, por el contrario, prevenir el escándalo que estallaría muy temprano?... «Yo no tuve miedo del escándalo cuando fui despojado de mis vestimentas, atado desnudo a una columna, clavado desnudo... Tú no tienes por qué comprenderme, sino imitarme...» Alain Forcas se dijo: «Me hablo a mí mismo... » y en seguida la voz calló.

Se desnudó con movimientos furiosos, arrojó lejos la sotana, la recogió luego con respeto y apoyó en ella los labios; era un muchacho, de pronto, igual a todos los muchachos. Parecía más pequeño de lo que realmente era a causa de su busto demasiado largo y de sus cortas piernas. El rostro, un poco hosco, con la punta de la nariz sembrada de pecas, con la frente baja de pequeño búfalo, no tenía ningún rasgo de suavidad, más bien de rudeza.

Estaba acostado, vuelto hacia la pared, y entre sus manos un rosario. Si el sueño no acudía en seguida, ¡tanto peor! Se levantaría e iría a barrer las ramas. ¿Por qué soportar siempre? Hubiera debido resistirse al señor deán, rechazar la exigencia de despedir a su hermana. ¿Con qué derecho se le prohibía tener a su lado una hermana abandonada, desgraciada? Ella volvió a París, casi sin recursos, condenada, ¡y qué vida!

«Perdida, Dios mío, ¿me escuchas? ¡Perdida!», gemía ella a media voz. Él pensaba en el deán: «Un santo, sí, pero sin entrañas; de la especie sin entrañas...» Sus labios mascullaban, un corto nombre de mujer volvía a intervalos regulares: *María, María, yo te saludo, María...*

Volvía a ser niño, ocultaba su rostro contra un hombro cerraba los ojos porque su madre lo apretaba entre sus brazos... Sólo eso le importaba: ser detenido, no ceder al deseo de descender, de abrir la puerta, de hacer desaparecer las ramas. Simple deseo al cual todo hombre hubiera tenido el deber de ceder, —todo hombre distinto a él—. Pero él conocía su misión: no volver la cara jamás, no rechazar nunca nada.

Para todo lo demás había fracasado: ni por parte de los jóvenes, ni por parte de los viejos había encontrado la menor acogida: no se trataba como en otras partes de indiferencia o de ignorancia. No, un odio positivo, virulento en algunos; un desprecio arraigado desde que hacía diez

años dos curas tibios se habían sucedido en la parroquia. Su juvenil inexperiencia había sido explotada, cada falta de habilidad comentada con fruición, todos sus movimientos de corazón hacia éste o aquél convertidos en burla o atribuidos a motivos innobles, hasta la llegada de su hermana, que desencadenó la persecución. «Fracasas en todo, no eres capaz de nada salvo de soportar... Soporta.»

Hubiera tenido a los niños, los pocos niños de Liogeats, pero se los quitaban la tarde misma de la primera comunión. No había podido retener ninguno. ¿Quién hubiera osado dirigirle la palabra ante un testigo? «No te lamentes: muchos curas no encuentran siquiera uno solo para ayudar la misa, y tú tienes al pequeño Lassus.» Un niño de padre desconocido, cuya madre estaba colcada en Bazas y al que una tía había recogido. Dentro de unos momentos, sería él quien tocara el ángelus; y cuando el cura entrara en la iglesia, percibiría primero un par de botas bajo el pórtico, y allí, muy cerca del altar, el pequeño cráneo rapado entre dos orejas despegadas.

Antes de ir a la iglesia sería necesario dispersar las ramas ignominiosas, atravesar la plaza bajo las miradas malvadas. Y él, solo, a los veintiséis años; solo de día, de tarde, solo de noche. Una confesión cada quince días... y no se debía dar ningún traspiés en el intervalo... ni siquiera en la misa cotidiana... Misa sin testigos, misa en el desierto. «No, sin testigos no: está ese niño, que te contesta, y a veces la vieja Lassus.»

¿Qué hacía Tota en aquel momento? ¿Dormía acaso? ¿Andaba todavía por París? Las ramas... Se levantaría más temprano que de costumbre, no habría ni un alma en la plaza para asistir a su vergüenza. Después de la misa, durante su acción de gracias, el pequeño Lassus iría a barrer la entrada del viejo cuarto. Alain respiraba suavemente. El sueño vino al fin. Nadie lo observaba nunca dormir. Era un muchacho como todos los otros, con el rostro precozmente trabajado, de boca fresca, un pobre niño; pero sus manos consagradas, clavadas en cruz sobre el pecho, fiaban toda la luz de la noche.

El ángelus. ¡Y él, que hubiera querido levantarse antes del alba! Ya era de día. Lo verían, espiarían su salida. Corrió hacia la ventana, empujó las persianas. Dios era bueno: una niebla espesa atravesada por los cantos de los gallos ocultaba el mundo. Una carreta se tambaleaba a la distancia de una pedrada, y sin embargo no se la veía. La niebla lo cubría como el ala de Dios. *Scapulis suis obumbrabit tibi; et sub pennis ejus sperabit...* No se afeitaba hasta después de su misa (aun cuando no era de esos curas que osan aproximarse al altar sin haber hecho sus abluciones). Pero era necesario apresurarse antes que el sol disipara la bruma, antes que Dios replegase su ala.

Sin embargo, la niebla se levantaba ya cuando abrió la puerta. Y vio en seguida la desnudez de los viejos escalones, húmedos todavía de rocío. Osando apenas tocarlos con sus suelas, los contemplaba. Alrededor, ni siquiera una hojita, ni la más pequeña brizna de laurel. Sin embargo ¡sí! Quedaba una sola entre la escalinata y la pared, como para asegurar al cura que no había soñado... La recogió, la deshizo entre los dedos. ¡Caramba! Era el pequeño Lassus. Alain Forcas llegó a la iglesia sin ver a nadie, musitó una corta plegaria a la entrada de la nave. Al ruido de sus pasos, el niño se levantó inmediatamente y lo precedió hasta la sacristía. Habitualmente, el cura no le dirigía la palabra antes de la misa. Aquella mañana colocó la mano sobre el rapado cráneo y sonrió a aquel rostro flaco de niño mal nutrido.

—¿No has tenido tiempo para lavarte esta mañana, Jacques?

Enrojeció el pequeño y dijo que había tenido temor de llegar con retraso.

—Yo sé qué te ha hecho llegar tarde.

El niño respondió que era por el reloj de su tía, que funcionaba mal.

—Pero, sobre todo, has tenido tu buen trabajo, ¿eh, frente a mi casa?

¿Qué trabajo? Él no sabía de qué le hablaba el señor cura. No, él no había pasado frente a su casa. Había acertado por el jardín de los Douence, como hacía siempre que llevaba prisa.

¡No fue entonces el niño! Existía en Liogeats otra alma capaz de piedad. Alguna de sus ovejas había tenido piedad de él... ¿Quién sabe si no se dará a conocer!», pensó. En todo caso, la misa de aquella mañana sería por ella. Con ese pensamiento se aproximó al altar del Dios que, más allá de todas sus tribulaciones, alegraba su juventud.

Volvió sin precipitarse porque a su lado las botas del pequeño Lassus golpeaban, y él medía sus pasos por los del niño. El niño hablaba hasta perder el aliento, pero hubiera tenido que inclinarse para escucharlo: y el sacerdote no podía todavía salir de la paz que había en él, de su silencio. El día comenzaba y era necesario llenarlo. Intentaría visitar a los enfermos. Recibido como un perro, él se esperaba eso. Pero se sentía lleno de fuerza para soportar el desprecio al cual iba a ofrecerse. Sólo le daban miedo los golpes anónimos. Pero sabía por experiencia que su alegría después de su misa era anunciadora, y que una red estaba tendida en alguna parte. Debió confesárselo: había decidido visitar a los enfermos, no por gusto al sacrificio, sino para prevenir el golpe.

Ya el silencio interior refluía, se retiraba, y la vida entraba en él por todas partes. Estaba preparado, atento a lo que habría de venir no sabía de dónde. No por nada le habían puesto aquellas ramas... El insulto debía de estar relacionado con algún acontecimiento particular del cual el cura no tenía conocimiento: atravesó de prisa la plaza. El maestro de escuela estaba parado en los escalones del Ayuntamiento y conversaba con Dupart, el adjunto. El cura saludó. Sólo el maestro se llevó la mano a la boina. Dupart le habló al oído riendo. Al ver la casa parroquial, el sacerdote experimentó lo que puede sentir un zorro acorralado en la cercanía de su madriguera. En aquel momento escucha al pequeño Lassus hablar de la señora Revaux: era el nombre de la hermana cuya presencia le había valido tantas miserias.

—En cuanto a estar en el hotel, en Lyon, es posible: son por lo menos tres o cuatro los que la han visto, el día de mercado... pero otros dicen que usted acaba de verla, que lo han visto con traje seglar.

—¿Otra vez con historias? —suspiró el sacerdote sacando la llave de la puertas—. Mi hermana está en París.

Pero al decir esto recordó que ella no le había escrito más que una sola vez desde su partida, y que no tenía ninguna prueba de que estuviese en París. Sí, ¿qué haría ella sola en Lyon?

—Han echado una carta debajo de la puerta —dijo el pequeño Lassus.

Su inocente mano alargó al cura un sobre amarillo. Alain sabía de qué se trataba, hubiera podido romperlo sin tener que leerlo. Pero lo guardó en su bolsillo, mientras el niño se cuidaba del café. Esperó a estar solo para abrir el sobre: «Todo Lyon te vio, Tartufo, puerco, el viernes a las siete de la tarde. El viajante de la casa Tual ocupaba la habitación de al lado. Puede que no os viera, pero escuchó...» El joven sacerdote se detenía a veces, sofocado por la bajeza. Luego tomaba aliento y comenzaba a leerla otra vez.

V

Aquella noche Mathilde no pudo dormir. La preocupación dominante que habitualmente la tenía despierta: el casamiento de Andrés y la venta de Cernes y de Balizaou, la había obsesionado hasta el alba; pero también otras inquietudes. Pues la angustia nocturna no es nunca simple: está orquestada como una sinfonía donde los motivos se entrecruzan. ¿Había escuchado Catherine la conversación de su madre y de Gabriel? ¿En qué momento la muchacha se había puesto al acecho en el corredor? Mathilde trataba de recordar lo que había dicho a propósito de la pequeña: «¿Estaba ella ya allí cuando grité (pues lo grité casi), que la encuentro fea, cerrada, malhumorada?... ¿Escuchó esto? Sería horrible que lo hubiera escuchado».

Pero no era lo peor: Mathilde había podido disimular el malestar despertado en ella por las palabras insidiosas de Gabriel. Ella le había mentido: no, Andrés no era ya eso que se llama un muchacho muy simple. Lo había sido durante largo tiempo, sin duda; y con ella simulaba serlo todavía: un papel, ella se daba cuenta, un papel que él representaba cuando se encontraban juntos. Continuaba llamándola «Tamatí», como en el tiempo en que no podía pronunciar «tía Mathilde». El tono mismo que utilizaba, sus maneras de niño mimado estaban de acuerdo con el nombre pueril. Ella continuaba siendo para él «Tamatí»... ¡Pero cuántas cosas en su vida que Tamatí no podía conocer!

Claro, todo se sabe en sitios así... todo cuanto pasa... Sólo que con el pretexto de talas que vigilar o de negocios a la vista, Andrés partía con el Critroën varias veces por semana; sus ausencias duraban a veces cuarenta y ocho horas. A pesar de su tacañería, Symphorien Desbats se mostraba muy dadivoso para la gasolina: como si no le desagradara que Andrés estuviese siempre en ruta. «¿Qué interés tiene en eso? », se preguntaba Mathilde.

Nada probaba, por otra parte, que Andrés hiciese otra cosa que ocuparse con las propiedades, visitar a los colonos, por quienes era muy querido (sus únicos amigos, al fin...), y tal vez beberse una copa o dos en alguna ocasión con sus camaradas del regimiento... «Si, pero ¿por qué hace seis meses, él, que llevaba la negligencia hasta la suciedad, que yo le reprobaba, cambió de pronto?» En la habitación donde dormía y cuya densa atmósfera respiró Gabriel con dificultad, no era la primera vez que Mathilde aspiraba este olor a loción, ese tufo a fijador. En su padre admiraba sobre todo una elegancia cuyo carácter dudoso no discernía. Andrés, el muchacho grande y fuerte, estaba deslumbrado por el viejo vividor agotado. Era su hijo, sin embargo, pensó, y el hijo de Adila: «¿Cómo iba a ser un muchacho simple él, hijo de *ellos*?» ¿Qué razones tenía para pensar que Andrés era juicioso? Siempre se había hecho, de acuerdo con su padre, cierta idea de la mujer que lo hacía implacable para las muchachas de Liogeats. No había ninguna que encontrara gracia ante sus ojos. Durante mucho tiempo Mathilde se alegró de ese desprecio: «Le gustarán muy pronto...», pensaba ella. No, no le gustarían nunca. «Y, sin embargo, alguna debe de existir en su vida...» ¿Quién, exactamente? No hubiera podido decirlo; pero no pasaba nada en él sin que ella lo presintiera; y presentía, en aquel minuto mismo, una oscura pasión triunfante. Eso no impide que se case con Catherine, que a sus ojos sea asunto concluido.»

Cuando hacía un momento Gabriel la había interrogado a propósito de las relaciones de Catherine con Andrés, Mathilde no supo qué responderle, porque se había formado el propósito de no pensar en eso nunca... ¿Cómo se comportaba con Catherine? La trataba como a una hermana que no le inspiraba una ternura particular... O más bien parecía que no la veía. Ella formaba parte de la casa, del mobiliario; él la tomaba con las propiedades. Andrés había crecido, se le había educado con esa esperanza, su voluntad sobre ese punto no había vacilado nunca. Pasara lo que pasase en su vida, no había nada que pudiera desviarlo de aquel matrimonio.

Mathilde oyó sonar las dos. Era necesario dormir, no quería reflexionar más a fondo. Sentía netamente que permanecía en la superficie de sí misma; pero tal como había arrojado de sí la tentación del escrúpulo, se prohibía proseguir ese examen de conciencia respecto de su hija. Sin embargo, no había una sola de las preguntas insidiosas formuladas por Gabriel que no estuviese secretamente presente, pero las había eludido siempre. Se confesaba una vez al mes (un poco menos a menudo desde que se había visto obligada a dirigirse al señor deán, a causa de los rumores que corrían sobre el padre Forcas). Lo que no era materia de confesión, no era malo. ¿Por qué buscarle cinco pies al gato? Catherine sería más feliz con Andrés que con cualquier otro: de todos modos, no se casaría con ella más que por su dinero... Evidentemente, los casamientos consanguíneos... Pero Mathilde no lograba imaginarse que Andrés tuviese niños. Tal vez no tuvieran hijos...

Mathilde se despertó hacia las ocho; se arregló con rapidez. Reconoció los pasos de Andrés sobre la escalinata y abrió la ventana:

—Espérame —le gritó—; estaré contigo en seguida.

No corría ni la más ligera brisa. El sol de noviembre era cálido aún. El rocío y los charcos brillaban. Andrés aseguró que el buen tiempo no duraría. No separaba los ojos de la ventana de Symphorien: el viejo estaba encerrado con Gradère desde hacía más de una hora.

—Me asombra que el debate se eternice —dijo Mathilde con agitación—. Hace ya mucho que discuten: no puede ser sobre el precio de la propiedad, puesto que tú estás de acuerdo... Tu padre está negociando una comisión...

—No, Tamatí; eres injusta con papá. Por otra parte, no tiene importancia. Tranquilízate: mi matrimonio es asunto hecho.

—¿Lo crees?

Ella le tomó del brazo y lo llevó hacia la avenida que bordeaba las praderas. Se sentía feliz.

—Todas nuestras propiedades, todas las de Desbats reunidas en tus manos... ¡Cuando pienso en lo que es tu padre, puede decirse que éste es un resultado inesperado!

—No quiero que hables mal de papá.

Se habían detenido al borde de la alameda y ella lo observaba: Andrés llevaba un traje deportivo que había hecho llegar de la *Belle Jardinière*, y polainas. Era muy moreno, un poco grueso y bajo, un rostro abierto y riante, pero que a la más mínima palabra se ensombrecía, pues era desconfiado y creía siempre que se burlaban de él. Mathilde observó que acababa de afeitarse y que había alisado sus ondulados cabellos. Ella rió:

—¿Te has puesto tan buen mozo en honor de tu padre? ¿Quieres rivalizar?...

—¡Oh, a su lado yo siempre tendré el aspecto de un campesino!

Mathilde se rebeló:

—¡El campesino, sin embargo, es él!

—¡Pero no es él a quien me parezco!

—¡Tonto! De los dos eres tú quien posee la verdadera elegancia.

—¡Pobre Tamatí!

—Tú tienes el aspecto, los modales de un muchacho de tu posición. Él, con sus trajes claros, tiene una elegancia falsa... Para decirlo de una vez: no tiene distinción...

—No, basta. Hablemos de otra cosa...

La precedía hacia la casa empujando una pifia con el pie. Estaba molesto. «Fue un error de mi parte —pensaba Mathilde—. Es su padre... Pero no sabe nada de él. Mientras que yo... Por otra parte, ¿qué me importa que se forje ilusiones sobre Gabriel?» Continuó:

—No pretendo nada contra él. Lo esencial es que no os parecéis en nada.

Él se volvió con tono de maldad:

—¡Me parezco a él más de lo que te imaginas!

—No —dijo ella riendo—, sobre ese punto estoy bien tranquila.

Él rugió:

—Mi estupidez, mi ignorancia te engañan: nunca salí de mi agujero; me crees entonces hecho únicamente para vigilar la tala de los pinos y llevar las cuentas con los arrendatarios... Lo suficientemente bueno para casarme con Catherine...

Mathilde se detuvo, sorprendida:

—¿No vendrás ahora con historias? Precisamente en el momento en que llegábamos al fin ...

Él tenía las manos metidas en los bolsillos, los hombros encogidos:

—¡Bah —gruñó—, puedes estar tranquila! Hace tanto tiempo que esto se arrastra, que es necesario terminar de una vez.

Ella dejó escapar un suspiro de satisfacción y lo tomó del brazo:

—Querido, quisiera decirte... Sé perfectamente que Catherine y tú sois buenos amigos... Deberías, sin embargo, ser más amable con ella. No la consideras con la debida atención. Es tu novia, después de todo...

—¡No! ¿Qué quieres de nosotros? ¿Por qué tendremos que fingir, Catherine y yo, sentimientos que no son ni de ella ni míos? El matrimonio no cambiará nada en nuestras vidas. Simplemente los asuntos económicos se arreglarán como quedó convenido con tío. Symphorien. Es una formalidad...

Mathilde se ofuscaba ante el cinismo que Andrés nunca había mostrado hasta entonces. No era él quien hablaba, sino su padre, cuya influencia se dejaba sentir.

—Pero, querido —insistió—, es necesario, pensar un poco en Catherine. La pobrecita tiene también su corazón. Yo pensaba sin ninguna duda que serías para ella un marido atento y cariñoso. No se trata de una pasión estoy de acuerdo. Pero no olvides al fin cuánto le debes. El matrimonio es un sacramento...

—¡Ah, no, por favor! Que Catherine no espere encontrar en mí más que un buen administrador. Continuaré con mi profesión. Sólo que...

Desconcertada, Mathilde observaba a Andrés.

—... Sólo que no he de olvidar que hace años que el viejo me explota, que me agoto a su servicio por nada, por casi nada... Sí, tendré derecho a algunas compensaciones, ¿no es así, Tamatí?

Sí, ¡se parecía a su padre! ¡Era su padre, de pronto! Mathilde reconocía una vez más el tono infantil bajo el cual el pequeño Gradère ocultaba una exigencia tenaz, feroz... Tal prodigio le era familiar: en el robusto muchacho aparecía de pronto el niño rubio y menudo. Cierto, no era ya su Andrés.

Se daba cuenta de que no se expresaba al azar, que no le decía nada, en aquel momento, que

no fuera premeditado, y que Gradère le había inyectado su lección.

—Compréndelo: los asuntos estarán arreglados, no tendré necesidad de estar siempre aquí para vigilar la cosecha, para que el viejo quede satisfecho. Espero ir a ver a mi padre a París de vez en cuando. Está solo, abandonado. También a él lo explotan. Será para mí un deber protegerlo...

—Pero, Andrés, tío Symphorien no puede quedarse sin su hija... Catherine le es indispensable...

—¡No se la disputaré! —dijo Andrés riéndose.

—Querido, ¿no esperas hacer más que pequeños viajes a París? Por otra parte, ¡tú detestas a París! Fuera de Liogeats no puedes ni respirar siquiera.

—Fuiste tú quien lo decidió. Siempre has decidido todos mis gustos. Por otra parte, no me marcharé de Liogeats. Iré, volveré. Eso dependerá...

—¿De qué? ¿De quién?

Él no respondía nada. Su sonrisa descubría unos dientes sanos, pero mal alineados como los de Adila. Mathilde discernía sobre aquel rostro que había amado tanto desde la infancia, con una codicia victoriosa. Preguntó a media voz:

—¿Y yo, Andrés, qué ha de ser de mí en todo esto?

Respondió burlonamente:

—Tú, Tamatí, te has aprovechado de mí hasta ahora, me parece... Después de todo, te fabricaré muy pronto un nieto, y si es preciso dos... y tampoco a ellos te los disputaré. En fin —agregó con intención maliciosa—, tendrás a tu hija...

Esto tampoco era de él. Gradère se expresaba por medio de aquella boca inocente.

El sol estaba ya alto, tan tibio como a fines de septiembre. Las vacas entraban una a una en la pradera y, tras ellas, el niño del arrendatario cerraba la talanquera brillante de rocío. Mathilde fijaba su atención en los animales. No quería saber lo que sentía en aquel minuto; no quería ver lo que se descubría ante sus ojos; todo el poder de su voluntad se tendía para que la conversación no fuese en nada diferente a las frases que tenía la costumbre de cambiar con Andrés. Iba a ser rico; su padre acabaría de echar sobre él las garras, sin duda iba a pervertirlo... abandonarían el lugar. ¿Había algo más simple?

Pero de pronto, tan brusca, tan espontánea como flujo de sangre, se le escapó un grito antes de que hubiese tenido tiempo de darse cuenta:

—¡Tú no me quieres, no me has querido nunca!

Él la observó con sorpresa. A Mathilde misma le chocó lo que acababa de decir. Quiso cambiar de tono, pero su voz temblaba todavía cuando agregó:

—¿Qué más hubiera hecho por ti, querido, si hubieses sido mi hijo?

—¿Qué hubieras hecho, Tamatí? ¿Quieres que te lo diga? Hubieras pensado primeramente en mi porvenir: me hubieras alejado de esta casa donde adquiría costumbres de campesino; las lecciones del maestro no te hubieran parecido suficientes; me hubieras internado en algún colegio de Burdeos. ¡Pero se trataba de esto! Te aburrías aquí, al lado del viejo. Tu hija Catherine... ¡más vale no hablar! Yo era tu distracción, tu placer. Más tarde aceptaste que tu marido hiciese de mí una especie de administrador benévolo. Con tal que me quedara en Liogeats, no pedías nada más. En lo que se refiere a las distracciones, el fútbol. Proporcionasteis el terreno de juego. Evidentemente, soy el as del pueblo... Seguramente, si no te hubiese tenido a ti... Pero no intentes hacerme creer que me has

tratado como a un hijo. ¡Eso, no!

Era verdad. Lo que decía era verdad, de una verdad tal que se sentía deslumbrada. Pero ¿quién le había abierto los ojos? Ella conocía al muchacho después de todo... Suponiendo que hubiese tenido el sentimiento confuso de haber sido sacrificado, era necesario que alguien le hubiese hecho despabilado. Las frases mis— mas de las cuales se servía le habían sido sugeridas... ¿Por su padre tal vez? Y de golpe la verdad le saltó a la vista: «Una mujer le descubrió todo cuanto le falta...» Pero ella intentaba justificarse:

—Eres injusto, querido. Me esforcé por hacerte estudiar, pero los libros no te gustaban. Me decías que para lo que luego tendrías que hacer, no tenías necesidad de saber tanto... No te gustaban más que la pelota, la caza y los caballos.

—Todos los niños dicen eso, pero los padres no les creen ni una palabra. El gusto por la lectura lo hubiera adquirido. No soy más tonto que los otros... No porque yo haya organizado aquí un equipo de fútbol... Habías terminado por persuadirme de mi estupidez. Es cierto, no soy un águila de listo, pero de todos modos...

Creyó que ella no había escuchado lo que acababa de pronunciar para él solo: «puedo gustar...» Pero ella adivinó. Volvió él un poco la cabeza; comprendió que ella lloraba y quiso tomarla entre los brazos, pues la quería mucho; Mathilde se apartó sin violencia.

—Déjame... vete a ver si tu padre está encerrado todavía con «Tontón» Symphorien. Me llamarás cuando salgan.

Lo observó alejarse y paseó alrededor una mirada atenta. Casi nada había cambiado desde su infancia: los pinos estaban más espaciados porque algunos habían muerto. Los cortados habían crecido. Pero el olor de la niebla y los ruidos amortiguados de aquella mañana de las postrimerías del otoño subían desde lo más profundo de su existencia. Perdía el sentimiento de la duración. Creía ser todavía la niña que corría por entre los árboles, hasta perder el aliento, y Gabriel la perseguía; sentía sobre sus hombros, levantado por el viento de la carrera, su sombrero de sol sostenido por un elástico... Gabriel... Había vivido con la decisión de pensar lo menos posible en las cosas pasadas. No pensar en ellas, no hablar de ellas, vivir en lo inmediato, inquietarse por lo que se ve, por lo que se toca... No hubiera podido lograrlo sin el pequeño Andrés. Tenía razón: se había servido de él, alimentado de él; era su animalito familiar, el hijo del hombre que había amado; no hubiera podido vivir en Liogeats entre Symphorien Desbats y Catherine: tampoco había sido generosa con él. No, no lo había educado; no había querido educarlo, Había procurado mantener en él la pasión de la tierra: la tierra lo atraía tanto, creía, que nunca se alejaría de Liogeats...

Percibió con nitidez el ruido de los pasos de Andrés sobre la escalinata. Observó los árboles alrededor, como si estuviesen muertos. Los setas, la pradera, la talanquera: todo tenía el aspecto de un espejismo, la irrealidad de los recuerdos. «No estar unida a nada». ¡Qué sentido alcanzaban tan simples palabras a ciertas horas y para ciertos seres! Se han abierto las manos, se ha dejado caer la rama, no se está unido a nada.

No se movía, sorprendida por esta idea: desde hacía veinte años, vivía, sin saberlo, en la desesperación. La desesperación puede volverse un estado del que ni se da uno cuenta. Se apoyó en una encina estúpidamente atenta al crujido de un carro que se alejaba. Permaneció así durante un largo momento.

VI

Andrés la llamaba desde la escalinata; agitaba un papel, y Mathilde comprendió que los asuntos estaban arreglados. No podía ser más que a costa de Catherine. Nuevamente tuvo que luchar con un oscuro remordimiento... Pero después de todo, la pequeña no estaba sola: su padre la quería tanto como le era posible amar a una criatura humana (lo cual no quería decir mucho). Él hubiera debido vigilar para que Catherine no fuese sacrificada.

Un resto de curiosidad le hizo apresurar el paso.

Andrés corrió hacia ella:

—Todo está arreglado —le gritó—. Le firmé la promesa de venta: un documento privado. Ahora vamos a tratar del casamiento. Aquí está el proyecto de contrato: me parece razonable. No esperamos más que tu aprobación.

Respiraba rápidamente, estaba rojo, excitado, contento. Mathilde recorrió el proyecto con la mirada: se aseguraban dos mil francos de renta mensual a Catherine, y para Andrés un porcentaje sobre la resina y la venta de los bosques. Además, se estipulaba que a los recién casados se les costeaba todo y no pagarían ninguna pensión. Andrés aportaría lo que le quedaba: la mitad de la casa y del jardín (siempre indiviso desde la muerte de Adila).

—Tío quiere beber champaña en honor del compromiso. Pero su asma le molesta...

Aun antes de haber abierto la puerta, sintieron una respiración sibilante y olor a eucalipto. Era la habitación más pequeña del castillo, siempre neblinosa por las fumigaciones. El hombre estaba agazapado en el fondo de su sillón. Fijó sobre Mathilde y sobre Andrés sus brillantes ojos y balbuceó:

—Es la emoción, que me ha provocado una crisis.

Estaba vestido con un chaleco tejido que se había puesto encima de su camión. Un edredón cubría sus rodillas. Se decía que Catherine era el retrato de su padre: en verdad Symphorien Desbats no tenía la misma expresión animal, pero era como ella sumido, oscuro de piel, todo en ángulos agudos, por su nariz, por la forma de su cráneo por sus rodillas y sus codos, por sus hombros huesudos. Él jadeaba:

—¿Has leído el proyecto de contrato, Mathilde? En cuanto a la venta, el documento está firmado: Cernes y Balizaou serán más... Balizaou y Cernés... Pero los he pagado. Bien necesario le era al pequeño algún dinero líquido para el anillo de bodas y todo lo demás... Sé perfectamente que no tendrán casi que gastar... Gercinthe está en la bodega... por la botella de Roederer, aquella que yo guardaba... siempre lo había dicho... para el compromiso de Catherine...

Gradère estaba de pie, un poco colorado, y observaba al enfermo. Hizo una señal a Andrés y le habló al oído. Gercinthe entró llevando sobre una bandeja la botella de champaña y las copas. Se escuchó de pronto la voz de Gabriel:

—Nadie falta, salvo la heroína de la fiesta.

Symphorien, observó en derredor.

—¡Caramba!... es verdad.. Gercinthe, ve a buscar a Catherine... Debe de estar cerca.

Un acceso de tos lo sacudió. No dejaba de mirar hacia la puerta de comunicación.

—¡Aquí está! Mi pequeña, no nos habíamos olvidado más que de ti.

La sorpresa simulada por Catherine al preguntar de qué se trataba, su espanto, luego su grito: «Pero ¡si yo no soy la novia de nadie!», nada había que no perteneciese al teatro más mediocre. Symphorien, al contrario, cumplía su papel a las mil maravillas. Estupefacto, se volvió hacia Andrés:

—Pero dime, muchacho, ¿no estabais de acuerdo los dos? ¡Yo creía que todo estaba arreglado! Me lo habías jurado... y tú, Catherine, ¿por qué me dejaste en el error?

Andrés, pálido, con los labios temblorosos, observaba por turno a su padre, a Catherine, a Mathilde. Se escuchó otra vez la voz seca, indiferente, de la jovencita:

—Nunca me preguntaste mi opinión. No soy la novia de nadie. Nunca me casaré con Andrés.

El viejo Desbats no se tomaba siquiera la molestia de fingir, y a pesar del asma que lo torturaba, todo su semblante expresaba un goce profundo, mezclado de temor.

—Querida mía, nadie te obligará jamás... Tú eres libre y...

Gabriel le cortó la palabra:

—Vamos, no se esfuerce usted. Basta de comedia.

—Pero, querido, no es ninguna comedia... Soy el primer sorprendido... el más consternado... Me había hecho a esta idea... Espero, por otra parte que ella lo pensará (y como Catherine lo interrumpía: «¡Está todo pensado!»); en todo caso.. —agregó él precipitadamente—, no retiro ninguna de las ventajas consentidas a Andrés...

El joven, que no había dicho nada todavía y parecía aniquilado, balbuceó:

—Si crees que me quedaré un día más... desde el tiempo que hace que reviento...

Su padre lo interrumpió:

—Nada de eso, pequeño: te quedarás en esta casa, que es la tuya. Se han apoderado de todo, te han desvalijado... Pero el castillo queda indiviso. Estás en tu casa, y puesto que consientes en recibirme en ella, me quedaré yo también todo el tiempo que sea necesario.

El miraba al enfermo, que bajaba la cabeza y lo observaba de reojo:

—¿El tiempo que sea necesario para qué?

—Para que lo devuelvan todo.

—Vamos, vamos, buen hombre... ¿Quién debe devolver aquí? Usted tiene un tupé increíble. No vaya a forzarme a poner los puntos sobre las íes... pues yo estoy dispuesto a romper la promesa de venta si Andrés devuelve el dinero... Pero ¿ha dispuesto usted de antemano del dinero de su hijo?

Estas últimas palabras no fueron oídas más que por Gradère y Andrés. El joven tomó la mano de su padre, que había palidecido, y respondió secamente:

—Lo firmado, firmado está.

Hubo un silencio. La voz de Mathilde se elevó, seca, sin timbre:

—Yo también, mi pequeña, como hace tantos años que se habla de este matrimonio, te creía de acuerdo con Andrés. Tú misma, tiempo atrás, nos hablabas a menudo de ello. Pero no haré ninguna presión...

La jovencita replicó con insolencia que su madre hacía bien ahorrándose esa pena. Mathilde se encogió de hombros y sin responder salió seguida de Gabriel y de Andrés.

El enfermo y Catherine quedaron un instante al acecho. Él le pidió que fuera a ver si los otros

se habían quedado en el corredor. Entreabrió la puerta: no, habían partido.

—¿Ves, pequeña, lo que yo te había dicho? De nada sirve excitar a la gente. Querías ver la cara que pondrían. Te has dado el gusto... Y yo también, lo confieso... Pero ahora... ¿has oído a Gabriel? ¡No se irá de aquí!

—¿Y después? —preguntó Catherine, arreglando las almohadas del enfermo, que gimió:

—¿No sabes que es capaz de todo?

Y como la jovencita exclamara: «¿Qué puede contra nosotros?», él aconsejó:

—Habla más bajo. No conoces a ese hombre... Tengo informes de él. No te he confiado ni la mitad de lo que sé. No tienes edad para saber, para comprender...

Temblaba. Una sonrisa de ternura aclaró el ingrato rostro de Catherine, que puso una mano sobre la frente de su padre:

—No nos comerá, por canalla que sea... ¡Somos nosotros quienes lo hemos agarrado, me parece! —continuó ella con alegría salvaje.

—Yo estoy enfermo, Catherine, no a punto de morirme, como ellos creen, como ellos esperan... Pero el asma no me da tregua. Seguramente podré vivir durante años tal como estoy. Clairac me lo prometió... Ayer me lo decía... Pero lo cierto es que estoy indefenso.

Se interrumpió para respirar.

—Ponte en guardia, mi pequeña; no sé qué estarán tramando... Mientras que Gradère esté aquí, pongamos atención. Es seguro que terminará por irse: hay alguien en París que lo llamará... Él ni sospecha que estoy en correspondencia con su Aline. Por suerte, ella lo tiene muy agarrado. De cualquier manera, no respiraré con tranquilidad mientras esté aquí...

—¿Has observado a mamá? —preguntó bruscamente Catherine—. ¡Ésa sí que es fuerte! Ni se movió siquiera... Yo no la perdía de vista...

No, él no había podido observarla porque estaba detrás de su sillón.

—Después de todo —señaló la joven— tal vez esté contenta porque no quiera casarme con Andrés...

Miraba fijamente hacia el vacío.

—¡Oh, no es por tu madre por quien hay que inquietarse!... sino por el otro, por el bandido... No me gusta nada cuando toma esos modos suaves. Pon atención a todo, pequeña: abre el ojo, primero a la cocina... Ten cuidado con el fuego. No salgas una vez entrada la noche.

Se interrumpió para toser.

—Será necesario que metas las narices en las cuentas de Andrés: es nieto de campesino, y en el fondo está siempre de parte de ellos contra mí. Dicen que ama la tierra... , pero no es querer la tierra hacerles el juego a los que nos arruinan. Por otra parte, basta con ver cómo acepta que su padre le robe. Ha dejado de cobrar, poco a poco, todas las rentas... Es débil. Otra cosa hubiera sido sí se hubiese hecho dueño de la situación. En fin, no lo pierdas de vista.

—Tranquilízate: los vigilaré a todos.

VII

—¿Se ha calmado Andrés?

—Sí, se ha acostado, ha cerrado los ojos. Le puse una toalla mojada sobre la frente.

Una hora apenas había pasado desde que el viejo Desbats había mostrado su juego. Mathilde cerró suavemente la puerta de la habitación que para ella era siempre «la habitación de Adila», aun cuando estuviese ocupada por Gabriel.

—Sabía que Andrés era capaz de encolerizarse —prosiguió—, lo he visto furioso a menudo, aun desde su adolescencia, hasta perder la razón. Pero nunca como hace un rato... Evidentemente, el golpe es duro...

Se sentó sobre la cama, mientras Gradère fumaba, con las manos en el fondo de sus bolsillos y los labios apretados.

—Lo que más me extraña —agregó Mathilde—, es su dolor. Yo hablaba de cólera, pero en realidad sufre. Decididamente, quiere la tierra como querría a alguien: podría jurarse que acaba de perder a alguien.

—Tú no crees que eso sea muy exacto.

Ella lo interrogó con los ojos. Él levantó la cabeza:

—¡Tú, que te jactas de conocerlo, mi pobre Mathilde! Sé mucho más que tú. Y, sin embargo, soy un recién llegado.

Esas palabras la ofendieron, no por lo que pudieran significar de temible en lo que concernía a la vida de Andrés, sino porque testimoniaban que Gabriel tenía la confianza del muchacho. Aquella mañana, mientras ella dormía, él había contado a su padre todo cuanto ella ignoraba. Ella respondió con indiferencia:

—¡Oh, me imagino muchas cosas!

Mentía: no sabía de qué deseaba hablarle aquel individuo. Él percibía su sufrimiento, y aquel dolor despertaba el suyo, sin que la simpatía tuviese nada que ver. En la habitación de Adila, veinte años antes, había tenido que desenmascarse delante de Mathilde, ésta había descubierto al fin qué clase de hombre era. Recordó el sordo ruido de su cuerpo cuando se desvaneció tras de la puerta. Ahora ella se atormentaba por Andrés. No, no estaba celoso de Andrés; simplemente hubiera querido juntar a Mathilde en el recuerdo amargo de lo que había sido. Pero todo estaba muerto en ella, hasta la amargura, y la evidencia de esa inexistencia era lo que lo irritaba, lo que lo volvía cruel. La veía sufrir y cedía a la curiosidad que le inspiraba siempre el sufrimiento de los demás, a la necesidad de atizarlo. Con aire inocente, dijo:

—¡Seguramente! Tú eres demasiado fina para no percibir que hay una mujer en la vida de Andrés.

Mathilde respondió:

—Lo sabía...

Y sus ojos, muy abiertos, quedaron fijos en los labios de Gabriel.

—Y no te sorprendería si te aseguro que nosotros no tenemos importancia ante sus ojos, ni

los unos ni los otros. Es mi hijo: ha heredado de mí esa voluntad invencible para alcanzar lo que desea. Instintivo, como lo era su madre...

Mathilde le cortó la palabra:

—¿Cómo osas hablar así de Adila? ¿Cómo osas pronunciar su nombre?

Utilizaba ese pretexto: defendía a Adila para dar libre curso a sus celos y a su dolor. Pero Gradère insistía:

—Nada puedes cambiar: Andrés es un hijo del amor..

—No —protestó ella—, no del amor: del odio, pues tú odiabas a Adila, y ella odiaba esa posesión, ese hechizo de que era víctima. ¡Pobre Andrés! ¿Hijo del amor? ¡Vamos! Di mejor hijo del odio y del remordimiento...

—¡Oh! ¡Oh, Mathilde, creía que en Liogeats despreciaban las grandes palabras! Me parece que no soy yo «quien habla mucho para no decir nada»...

¿Lo había escuchado ella? Estaba sentada, recto el busto, las manos cruzadas sobre su vestido oscuro, sin adornos. ¡Cuánta nobleza en la frente, en la línea de las cejas y en la nariz! Pero era aquella boca grande y sus labios blancos, era aquel cuello destruido los que expresaban ardor y tormento. Tras un silencio confesó:

—Yo no sé nada de esa mujer a la que Andrés ama. No sé quién es. ¡No hay nadie en Liogeats!...

—Ella no es de Liogeats; vivió algunas semanas en la casa del cura...

—No querrás referirte a esa criatura...

—La conoció por casualidad, en el tren, un jueves, cuando volvía de un partido de «rugby» en Saint Clair. Fue ella la que lo buscó. Este otoño se citaban en los parques perdidos, en los labrantíos desiertos. Ahora ella habita en Lyon, en ese hotel nuevo de la plaza Malbec.

Él no dejaba de observarla, admirando la inmovilidad de la mujer (apenas se le movía un músculo en la comisura de los labios) y el aire de indiferencia que tuvo para preguntar:

—¿Qué relación hay entre esa historia de Andrés, que al fin no me interesa, y su frustrado matrimonio?

—Tota Revaux (es su nombre) parte en estos días hacia París. Su presencia en Lyon es conocida y aunque se instaló allí ignorándolo su hermano, se cuenta que es él quien la alojó y que ni siquiera son parientes... Tú conoces mejor que yo los chismes de Liogeats... Ella adora a su hermano al parecer, y por eso, creyendo que le perjudica, quiere partir a pesar de Andrés... El pequeño se resignaba porque contaba con que, una vez casado, y aun antes, se juntaría con ella en París... y él la mantendría... Pero ahora está despojado de todo... Aunque él afirma lo contrario, yo no creo que esa mujer sea desinteresada...

Mathilde, en ese momento, le interrumpió para señalarle que Andrés acababa de cobrar un cheque importante por la venta de Cernes y de Balizaou... Gradère giró la cabeza sin responder. Ella se le aproximó...

—Ese dinero, se lo has quitado tú, ¿eh? ¡Confíesalo!

Él protestó débilmente:

—¡No! Lo ha colocado... Yo le doy el cinco por ciento de esa suma, de la cual ya no puedo disponer. Le he ofrecido todo cuanto me queda: lo rechazó; eso no lo hubiera ayudado mucho... Por

otra parte tengo algo mejor que ofrecerle... cuando esté en condiciones de escucharme. Desde ahora me ha prometido que no partirá antes que hayamos ganado nuestra parte.

Mathilde se estremeció: odiaba aquella voz suave, aquel acento cuyo horror escapaba al análisis. Le tocó el hombro y retiró rápidamente su mano.

—Lo mejor que puedes hacer es partir; ¡tú también, Gabriel! —le suplicó con ardor repentino—. Parte, déjame. Toma el tren de las tres...

—Pero, querida, tengo mucho que hacer aquí.

Ella insistió:

—Tú no puedes hacer nada más que daño. Pase lo que pase, no cuentes conmigo.

Ella se había aproximado a la puerta y él quedó cerca de la ventana, a contraluz: Mathilde no veía más que el dibujo de su rostro.

—Tú sabes, querida, que tendré necesidad de ti... Ya verás... ¡me lo agradecerás!

—No —protestó ella—, ¡no!

—Antes de decir no, espera hasta saber qué es lo que medito... ¿Qué pasa?

Ella había puesto un dedo sobre la boca y escuchaba:

—Siento el auto —dijo.

—Va a buscarla. Puede que sea la última entrevista.

Este grito se le escapó a Mathilde:

—¡Con tal que no la traiga aquí!

Gradère se aproximó a ella, que permanecía inmóvil, con la mano sobre el picaporte, y la asió por los hombros.

—No, tranquilízate: me obedecerá... Yo también —continuó con un aire falsamente jovial—, yo también quiero al pequeño... ¿y tú querrías que lo abandonara en plena crisis?

Con voz áspera y baja, agregó:

—Será el dueño aquí, y pronto. Te lo juro.

Como ella permanecía callada, él habló en voz baja, apretándola un poco contra sí (y ella sentía su aliento):

—Él será el dueño, porque tú serás la dueña.

Ella se separó con violencia:

—Yo no soy nada aquí; bien lo sabes: Desbats reina solo.

—¡Sí —dijo él—, claro!..., pero, querida, el asma no es nada inofensivo... de todos modos, termina por hacer daño al corazón.

—Nos enterrará a todos; es la opinión del doctor Clairac.

—¡Oh el diagnóstico de Clairac! Tengo más confianza en el mío.

Él reía. Y ella tenía tal horror a su risa, que tuvo la fuerza de vencer el encanto, de abandonar la habitación. Bajó la escalera, atravesó el vestíbulo, se puso un abrigo, se introdujo en la bruma que el sol de mediodía iluminaba pero no podía atravesar. El ángelus sanaba: era el pequeño Lassus, que tiraba de la cuerda. Las desgarradoras sirenas abrían las puertas a los obreros de las fábricas. Mathilde

se sentía ligera, liberada. No sufría ya. El mundo se iluminaba. La vida tenía un gusto delicioso, un sabor olvidado... Ella contaba no sabía con qué; esperaba el día siguiente. Aquel hombre le había inculcado la esperanza.

VIII

Al declinar aquel mismo día, aun cuando la noche hubiese sobrevenido ya, las persianas no estaban cerradas. Un farol de la calle de Malbec, en Lyon, iluminaba la cama donde Tota, tendida bajo un sudario, fumaba. Su mirada se dirigía a los movimientos de Andrés que, listo para partir, no era más que un muchacho mal vestido, un jugador de *rugby*, con una cabeza crespa y brutal. Él seguía desde la sombra los movimientos del hermoso brazo, cuando ella lo tendía hacia el cenicero o cuando aproximaba el cigarrillo a los labios.

—¡No! —le ordenó ella—. No utilices mi cepillo.

Él obedeció rápidamente, pues veneraba aquel precioso objeto de marfil, aquellos frascos de cristal con tapones de oro. Ella pensaba, viendo la humillada frente cubierta de cabellos ensortijados y aquella mirada fija: «Tendré inconvenientes...» Pero ¡qué! Volver al redil como quería Alain, ir a habitar la casa de La Benaugue donde su madre murió el año anterior, y donde habría de vivir miserablemente (había en la bodega tres cosechas sin vender; las viñas estaban arrendadas a un tipo sin escrúpulos que las podaba a muerte)... ¡antes reventar! Y en París, ¿cómo hacer para vivir con una pensión de doce mil francos? Es cierto, ella hubiera podido encontrar alguien... sólo por Alain no quería rodar, no quería perderse. Quedaba por escuchar el otro anhelo de Alain: la reconciliación con su marido..., un toxicómano, un loco que la apaleaba... un escritor fracasado e impotente... No. ¡Jamás! ¡Jamás! Sería un suero que Andrés fuera a París de vez en cuando y la ayudara a alcanzar ambos fines... Después de todo le gustaba algo... ¡Era necesario decidirlo!

—Debo pensar en mi partida... A causa de mi hermano: le perjudico...

—¿Con quién te vas a ver? Dilo.

El cuello de su camisa estaba entreabierto. Ella veía, de arriba abajo, la unión poderosa del cuello, el mentón negro que se adelantaba.

—No veré a nadie. Mientras la miseria no me obligue a ello... Por otra parte, ¿qué te impide partir conmigo? Sí, ya sé, estás en relaciones... Pero inventas un pretexto...

Él se inclinó un poco. Una mano tocó sus labios. Se dejó caer, abatido como un árbol.

—¿Estás loco?

Se levantó; ella le escuchaba respirar.

—Tota, no puedo partir...

No, no podía partir: tenía presente la orden que aquella misma mañana le había dado su padre, en el corredor, al salir de hablar con el viejo Desbats: «Quédate, aguanta algunas semanas y serás el amo aquí. Tendrás esa mujer sin la cual dices que no puedes vivir. Sólo de ti depende que no la pierdas para siempre...»

Aun durante la crisis que lo había arrojado minutos después a su cama, llorando y gritando, aquellas palabras habían quedado en él hasta que lo calmaron poco a poco. Algunas promesas de su padre tenían un carácter de solemnidad misteriosa. ¿Quién hubiera resistido a ese poder de afirmación? No, Andrés no seguiría a Tota. Lo que era necesario obtener a todo precio era que retardara su partida. Se sentó de nuevo sobre la cama:

—Esperarás algunos días: me lo has prometido no hace siquiera una hora.

Ella lo observaba con una repugnancia secreta: él no le gustaba más que en las tinieblas, cuando se tornaba una criatura sin rostro, ajena a toda expresión estúpida o baja, un cuerpo decapitado en las sombras.

—Sabes que no tengo a nadie, dudo si partir... Puedo irme, quedarme... Nadie me espera. Y si no fuera por Alain...

Andrés repitió: «¿No quieres a nadie?»

Ella dijo:

—Quiero a uno que está en otra vida.

—¿Muerto?

—Peor que muerto: prisionero.

Andrés preguntó, como un niño que lo toma todo al pie de la letra:

—¿Está en la cárcel?

Ella suspiró:

—Si estuviese en la cárcel, podría escribirle. Sabría que piensa en mí como yo en él. Pero no es bastante decir que las paredes de la casa rectoral, que su sotana lo tienen encerrado, lo aíslan... Se trata de un alejamiento infinito...

—¡Ah, comprendo! ¡Hablas de tu hermano!

Estalló en una risa alegre y rodeó con su brazo izquierdo los hombros de la joven.

—Me habías asustado, ¿sabes?

La inmóvil blancura del rostro lo atraía. Aproximó el suyo lentamente. Un auto atravesó la plaza Malbec. Los perros ladraban. Un caballo iba al paso. El carro se detuvo delante de la puerta. Palabras en *patois* resonaron en la noche. Tota no se sentía todavía bastante lejos de su hermano. Se hundiría de nuevo en esas tinieblas en las cuales se creía fuera de alcance y al abrigo de todo cuanto un ser como Alain puede inventar para influir una criatura, para envolverla en una enorme red de plegaria y sufrimiento. Pero Andrés tenía que volver: su padre no debía ni suponer que había huido... Ella le preguntó qué razón tenía su familia para tener más sospechas esa noche. Él le dio una respuesta evasiva; y con voz exigente:

—Dime: ¿no te irás?

Ella le acariciaba la mano sin responderle.

—Puede ser —dijo al fin— basta con que me aleje un poco... Podría instalarme en Burdeos... Pero necesitaré que me ayudes... No soy rica...

Pareció contrariado: un pequeño campesino tacaño de sus monedas, pensó Tota. Pero él se acordaba de la promesa paterna: «Aguanta algunas semanas y habrás ganado la partida»... Insistió para que permaneciera en Lyon. Ella no lo rechazaba; le pertenecía todavía y se mostraba sumisa.

En vano repetía él: «Me voy, es necesario que me vaya...», pero se quedaba parado al borde de la cama; y como ella estaba tendida, le parecía muy grande, aunque no lo fuese mucho. Nuevamente levantó ella un brazo que no parecía formar parte de su cuerpo: un reptil que dudaba: la mano hubiera sido la cabeza. Apoyó la palma sobre los labios del muchacho, recibió sin gritar un ligero mordisco. Reinaba en el hotel un silencio apenas turbado por el ruido del cuchillo de picar, en la cocina.

—Esta vez —dijo él—, adiós.

Sus cabezas se aproximaron todavía en la oscuridad. Ella escuchó el ruido decreciente de los pasos de Andrés. Jugaba siempre a seguirlos con el oído atento, y también el ronquido del motor, el mayor tiempo posible. Sabía reconocer según el sonido de la bocina, más o menos alejado, si doblaba el ángulo del cementerio o llegaba a la carretera de Saint—Clair... Esa noche estuvo, pues, atenta al paso un poco pesado amortiguado por la alfombra del corredor... y de pronto escuchó el ruido sordo de una caída, el golpear de un cuerpo, un juramento gritado por la voz de Andrés, risas contenidas.

Tota saltó de la cama, tomó tanteando un peinador y salió al corredor oscurecido a medias, mal iluminado por el resplandor que venía de la escalera. Sobre el suelo se agitaba un grupo confuso. No podía ser más que una broma; alguien era mantenido en tierra por dos muchachos alegres que lo habían recubierto con una sábana.

La joven apenas vestida no osaba salir de la sombra; las fuertes risas la tranquilizaban. Pero el hombre que se debatía se desprendió del sudario en el cual lo habían envuelto; y Tota vio surgir la cabeza ensangrentada y furiosa de Andrés. Los dos muchachos que lo habían mantenido sobre la alfombra parecían estupefactos.

—Señor Andrés, ¡mire!

Embadurnado de sangre, gruñó: «¿Mouleyre? ¿Pardieu? ¡Puercos! ¡Brutos!» Tota se había precipitado y, de rodillas, le sostenía la cabeza: sangraba por la nariz simplemente; su labio superior estaba un poco hinchado.

—¡Pronto! —ordenó ella, en voz baja—, ayúdenlo a caminar hasta mi habitación.

Estaban afligidos porque a Andrés lo querían bastante; no tenía nada de orgulloso y era un as en el fútbol, el mejor «delantero» que había en la región. El equipo de Liogeats no hubiera existido sin él.

Felizmente, el hotel estaba casi vacío en aquella época del año. Nadie vivía en el piso. Mouleyre machacaba con su horrible acento:

—No es nada... Si hubiéramos sabido que era él... ¡Qué desgracia! Queríamos darle una broma al cura... ¡Cuestión de reír un poco!

Andrés, tendido en la cama, se irguió un poco y dijo: «Estoy mejor...» Y como los muchachos repetían: «Si hubiéramos sabido... créab...», les gritó:

—Váyanse de aquí y ni una palabra, ¿eh? Si no, presento una denuncia.

Mouleyre ofreció quedarse para conducir el auto en el caso de que Andrés se sintiera fatigado. Pardieu regresaría por su lado con la camioneta. Pero Andrés gruñó: «¡Que se vayan los dos!» Tota, que no había abierto la boca desde que curaba a Andrés, dijo entonces sin levantar los ojos hacia los muchachos:

—Sin embargo, ustedes podrían testimoniar que el señor Cura...

Le lanzaron una mirada taimada. y fue Pardieu quien, para responder, esperó hasta llegar al corredor:

—¡Y bien! ¿Qué? ¿Qué prueba esto? Esto prueba...

Y levantó sus gruesos índices a cada lado de la boina que moldeaba su cráneo estrecho.

Andrés quiso precipitarse, pero Tota lo retuvo:

—¡Deja! ¡Deja!

Esperaron que el ruido de la camioneta se hubiera extinguido. Y ahora era el joven quien permanecía tendido y Tota la que se vestía con prisa. La electricidad iluminaba cruelmente la habitación. Andrés suplicaba:

—¿Por qué te vistes? Puesto que volverás a acostarte...

Ella no respondió. Abrió el armario y sacó vestido, ropa blanca. Andrés se irguió otra vez:

—¿Estás loca? No hay trenes a esta hora.

Respondió que tomaría el de la mañana siguiente: salía a las cinco y cuarenta. Esperaría sobre la cama, vestida completamente. Y como él le preguntara adónde iba, no pudo obtener otra respuesta que; «lo más lejos posible». Pero le escribiría cuando estuviera establecida en algún sitio para que fuese a vería. Él se daba cuenta de que le hubiera prometido cualquier cosa con tal que la dejara tranquila: todas sus súplicas iban a morir contra aquella criatura sorda, ausente.

IX

—Creo que oigo el auto.

Gradère fue a abrir la puerta y prestó atención. La niebla tamizaba el claro de luna. No había ningún otro ruido en el mundo más que el correr del Balion, crecido por las últimas lluvias. Mathilde no había abandonado la silla cerca del fuego. De haber sido Andrés, lo hubiera sabido; no se habría equivocado. Murmuró: «No lo veremos nunca más...» Gradère se encogió de hombros:

—Se ha retrasado... ¡Ponte en su lugar! Pero es razonable.

Mathilde se levantó de pronto:

—Esta vez es él.

Gabriel dijo que no escuchaba nada; pero ya un ruido de motor nacía del silencio y se aproximaba.

— Oigo el cambio de velocidad: está doblando la avenida.

Andrés entró, se quitó su vieja piel de cabra y no pareció sorprendido al verlos de pie en la mitad de la noche.

—¡Querido —dijo Mathilde—, te has hecho daño! Tienes el labio hinchado. ¿Y ese chichón en la frente!

Explicó que se había golpeado en un garaje, y que era nada, y se aproximó al fuego sin responder a las preguntas que se le hacían. Advirtió solamente que tenía hambre. Mathilde, que había hecho guardar sopa caliente, puso los cubiertos. Se sentó a la mesa y comenzó a comer con gran ruido, como en la fonda. Gabriel turnaba, sentado un poco lejos de la mesa, y no quitaba los ojos de su hijo. Mathilde, por el contrario, le servía sin mirarlo. No hubiera querido besarlo, pensó: le daba horror.

—Ahora, querido, es necesario dormir.

Él vació de golpe su vaso de vino, aproximó la silla al fuego. Estaba un poco congestionado, los ojos turbios, la boca de expresión maligna, y sus heridas le daban un aspecto de un mal muchacho que se hubiera peleado.

—No tengo sueño —dijo—. Y además no tenemos tiempo que perder: es necesario avisar... a no ser que estéis muy fatigados...

—¡Oh!, yo —interrumpió Gabriel— no sé ya qué significa «dormir»; desde el momento en que conocí la noche... Pero tú, Mathilde, vete a dormir. Te duermes de pie.

Y como ella decía que no, él la observó con una intención en los ojos que significaba: «déjanos solos»

No hubiera querido dejarlos solos. No sabía qué era lo que aquel hombre iba a decirle a Andrés; pero estaba segura de que el muchacho tendría necesidad de ser defendido. Al mismo tiempo se hacía cargo de la voluntad de Gradère, se sentía en connivencia con él. Todo iba a arreglarse. ¿A qué precio? Pero ¿qué tenía que temer ella! No, no tenía nada que temer. Sin embargo, vacilaba. Entonces Gabriel se aproximó y empujándola suavemente hacia la puerta, le dijo en voz baja:

—Imposible hablarle delante de ti...

—¿De qué?

—¡Tú sabes bien lo que quiero decir!

Ella hizo señal como que no comprendía. Él señaló hacia Andrés quien, con las piernas estiradas hacia el fuego, le daba la espalda.

Ella agitó imperceptiblemente la cabeza. Él abrió la puerta y se apartó para dejarla pasar. Ella se volvió por última vez:

—No, Gabriel —aseguró con voz firme—, no comprendo .

Él se dirigió hacia su hijo, que habla puesto sus dos gruesas manos sobre la cara: «para protegerse del fuego», pensó al principio Gabriel. Pero se dio cuenta de que el muchacho lloraba.

—Vamos —dijo—, no te inquietes. Hablaremos después...

El joven se sonó ruidosamente. Los sollozos lo sacudían como después de sus rabiets de niño. *Bergère* apoyaba el hocico en sus rodillas y lo observaba. «¡Que se calme! », pensó Gabriel. Esperaba que el pequeño estuviese en estado de escucharle. Nada los apremiaba: toda la noche frente a ellos. Y aunque no sabía por dónde iría a comenzar, se sentía seguro de la victoria, experimentando el sentimiento de ser dirigido, sostenido.

—¿Qué? — preguntó apretando la mano de Andrés.

—¡Ella partió!

—¡Tanto mejor! Sí, tanto meter: nos deja el campo libre para reorganizarlo todo aquí.

—No sé dónde está...

—En París, querido: es en París donde esa presa permanece... ¡Vamos! No te enojés: te la encontraremos. Antes de ocho días puedes contar con una carta.

—Sí, ella me la prometió.

Gradère exclamó: «¡Entonces! ¿Por qué lloras?» El muchacho sonrió; se sentía nuevamente lleno de esperanzas e interrogaba a su padre: «¿Qué hay de nuevo en el castillo?» Gradère aproximó su silla. puso una rama en el fuego, observó cómo la llama saltaba de ramita en ramita:

—No, hasta el momento nada nuevo. Es necesario considerar el porvenir, un porvenir más o menos próximo.

Era fácil decir que el viejo estaba en las últimas y su corazón no resistiría largo tiempo...

—¡Si cuentas con eso! —interrumpió Andrés desilusionado—. ¿Y después? ¿Crees tú que Catherine cambiará de idea? La conozco... Por otra parte yo no querría ya... por nada del mundo.

Andrés se había levantado, caminaba al azar por la cocina, repitiendo con tono quejumbroso:

—Si es todo cuanto se te ocurre...

—No se trata de Catherine —interrumpió Gradère—. Es cierto, hubiéramos podido tratar de hacerla, llegado el momento... pero comprendo que no se lo perdones... y menos cuando hay algo mejor... —y con voz más baja—. Ellos están casados con el régimen de la comunidad reducida a los bienes gananciales... Sí, el viejo y Tamatí... Ella tendrá, pues, cuando sea viuda, todo lo que le corresponde por parte de Du Buch, más la mitad de los bienes gananciales: todo lo que el viejo me ha comprado.

Andrés lo escuchaba con la boca entreabierta y el ceño fruncido. Murmuraba:

—Todo eso no me ayuda mucho...

Gradère continuaba hablando con voz indiferente, como si estuviese haciendo

consideraciones de alcance general:

—En las familias, para salvar el patrimonio, a menudo se obliga uno a realizar las uniones más extrañas... Después de todo, apenas si sois parientes Tamatí y tú: ella no era más que la prima de tu madre... Por supuesto, se trataría de un casamiento blanco... ¡ni que decir tiene! Una vez arreglados los asuntos, todo sería como antes...

—Pero ¡estás loco, papá!

Andrés, inclinado hacia su padre, le sacudía los hombros:

—¡Estás completamente loco!

—¡No será más que un formulismo! Es cierto, no podrías casarte mientras Tamatí viviera... Pero ¡vaya desgracia! Desde el momento en que tú seas libre...

— Primeramente, ¿la ves prestándose a tal comedia?

No importa que sea por pura fórmula... La conozco; me considera como su hijo, y le parecería monstruoso.

Gradère sacudía la cabeza repitiendo: «¡No, no!», con una pequeña risa de entendimiento...

—Consentiré, te lo aseguro. Por otra parte, tenemos tiempo para prepararla...

—Y después, ¿te das cuenta del efecto en Liogeats! ¿Te imaginas los comentarios de la gente!

Imperturbable, Gabriel volvió al ataque:

—El casamiento podrá permanecer secreto. ¿Será posible con Catherine en la casa! Habrá que estudiarlo. En verdad, comprende bien que cuando se trata de arreglo de intereses, la gente de aquí comprende todo.

—¡Pero, papá, te escucho..., te escucho!... ¿Adónde nos lleva todo esto? «Tontón» Symphorien está bien vivo...

— ¿Vivo! Sí... Bien vivo, no.

—En todo caso, esto puede durar años.

—Sueñas, criatura...

—En todo caso un largo tiempo todavía... y yo no puedo esperar... ¡No! Rechazo vivir en esta incertidumbre.

Andrés daba vueltas por la cocina. Su padre, que lo seguía con la mirada, dijo de pronto.

—Tú no estarás mucho tiempo en la incertidumbre. Ten confianza en mí.

Andrés se detuvo para observar al hombre que acababa de hablar y cuya voz no reconocía. Gradère, sentado sobre su silla baja, los codos sobre las rodillas, ocultaba el rostro; Andrés no veía más que una nuca casi grácil, unos hombros delgados bajo un espeso tejido inglés. Le oía respirar con rapidez. El joven dio algunos pasos, abrió la puerta que daba al jardín: la noche estaba pura y fría; el agua del Hallan, el viento débil confundían su cuchicheo. Andrés se pasó la mano por la frente y volvió hacia su padre:

—Entonces, ¿eres profeta? — preguntó riendo—. ¿Sabes qué es lo que va a suceder!

Reía para vencer el encanto, para entrar en la simple atmósfera cotidiana. El otro, inclinado siempre hacia el fuego, respondió:

—El porvenir lo hacemos nosotros.

Tras estas palabras levantó los ojos hacia el joven y quedó sorprendido por la expresión de turbación y de inquietud:

—¡Andrés! ¿Por qué me miras así? ¿Qué tengo de extraordinario?

—Nada...

El muchacho sacudía la cabeza como para alejar un pensamiento absurdo, horrible. Y de pronto el recuerdo de Tota le volvió. Durante tres o cuatro minutos ella no había estado presente en su espíritu; pero surgía nuevamente, o más bien la sentía ardiente y toda mezclada a su ser secreto, confundida en él. Sin embargo, Gradère se callaba, ya dicho lo que tenía que decir. Era necesario esperar.

El picaporte de la puerta de la escalera se movió suavemente y Mathilde entró vestida con su bata y trenzados sus cabellos para la noche. Como sus pies estaban calzados con pantuflas, no la habían sentido.

—Volví a bajar... —dijo—. Estaba inquieta... ¿Sabéis qué hora es?

Andrés la observó, el espacio de unos segundos, pero con una intensidad de mirada extraordinaria. Ella preguntó:

—¿De qué habéis hablado!

—A decir verdad, ni sé siquiera... ¿De qué hemos hablado, Andrés?

El joven hizo un gesto vago y salió con paso rápido. Mathilde y Gradère lo siguieron.

Subieron los tres en la casa silenciosa. La escalera de madera, crujía bajo sus pasos. Cuando llegaron a las habitaciones, una puerta se entreabrió y vieron una sombra vacilante caminar a lo largo de la pared. Symphorien. Desbats estaba en camión, horrible en su delgadez.

—¿Qué tramas a esta hora? Dentro de poco va a ser de día.

Mathilde explicó que se habían inquietado porque Andrés no volvía. Que lamentaba haberlo despertado... Pero el viejo chilló:

—Mientes: he escuchado el auto... Hace mucho tiempo que Andrés volvió... Quiero saber lo que habéis hecho...

Gradère lo interrumpió alzando el tono:

—¿No tenemos derecho a hablar! Si hay un ladrón en la casa, no está entre nosotros...

Desbats, apoyado en la pared, balbuceaba, no encontraba las palabras; Catherine apareció, en camión también, y se aproximó a su padre. Mientras Mathilde volvía a explicarle que habían esperado el regreso de Andrés, que Symphorien había tenido miedo, la jovencita, sin prestar la menor atención a las explicaciones de su madre tomó al enfermo por los hombros y lo llevó consigo.

Los otros tres esperaron a que rechinase la llave en la cerradura. Gradère hizo señas a Mathilde y a Andrés para que se detuviesen un instante y contuviesen la respiración: a través del tabique que separaba las habitaciones del corredor reconocieron la voz de Catherine:

—Te habrá perjudicado... ¡Y no has ganado nada! Bien sabes que no dejo de vigilar para evitarte...

—La prueba de que no ejerces bastante vigilancia...

—Tengo necesidad de dormir.

El viejo rezongó algunas palabras cuyo sentido ellos no comprendieron. Desde su cama, donde

ella estaba ya acostada, Catherine le gritó:

—Eso no, papá, exageras... Lo creo capaz de muchas cosas... ¡pero de ésa no!

Mathilde y Gradère no intercambiaron siquiera una mirada. Ella hizo ademán de besar a Andrés, pero él volvió la cara.

Hubo un ruido de picaportes y de cerrojos. Era una casa de campo dormida en la niebla, poco antes de cantar los gallos.

X

Al día siguiente, temprano, en cuanto acabó de arreglarse, Mathilde fue a llamar a su marido para escuchar sus indicaciones antes de ordenar las comidas. Pero él no le gritó que entrara, como era habitual. Fue Catherine la que entreabrió la puerta.

—Ha pasado una noche atroz después del temor que tuvo... Está descansando ahora.

—Bueno, dejémoslo dormir..

—Se ahogaba esta noche, mamá... Creía que se iba.

—¿Por qué no fuiste a buscarme?

Catherine observó a su madre:

—¡Vamos, mamá! ¡No hubieras querido! Nada más que verte le hubiera causado otra crisis...

—Nunca he sido un espantajo para tu padre, mí pequeña Catherine. Siempre tuvo confianza en mí... ¿Qué es lo que dices?

Catherine respondió burlándose: «Nada...» y le cerró la puerta en las narices. Mathilde quedó un momento frente a la puerta. No experimentaba ninguna cólera. Lo que sentía, era más bien una suerte de euforia, que le traía una noticia oscuramente esperada y cuya confirmación se recibe de pronto. No se lo confesaba a sí misma ni trataba de saber cuál era el motivo de su alegría. «Catherine debe de exagerar; ella creyó que se iba... Pero siempre parece que se va cuando tiene sus accesos y sus sofocaciones...»

Había posado sus bellas manos sobre la brillante baranda. Arriba, la lluvia hacía resonar los vidrios que iluminaban la escalera. Una lluvia lenta, uniforme, una lluvia instalada... «Esta vez es el invierno, pensó Mathilde; las praderas de Frontenac van a convertirse en lagunas.»

Había alguien a quien ella debía ver inmediatamente para comunicarle una noticia que le interesaría, aun cuando se la hubiera podido juzgar en principio sin importancia. Dio algunos pasos por el corredor y llamó a la puerta de Gabriel Gradère. Le gritó que entrara, pero cuando vio a Mathilde pareció confuso y se excusó:

—No sabía que eras tú... No me hubiera permitido... Estaba acostado todavía y fumaba leyendo un libro.

— Si crees que te miro... —dijo Mathilde riendo. Abotonó su pijama; pero ella se había sorprendido ante el pecho del quincuagenario, ante aquel busto de niño, siempre el mismo desde la época en que, sobre la compuerta del molino, observaba al pequeño Gradère, que no se atrevía a zambullirse... (El sol hacía brillar las gotas de agua sobre sus delgados hombros.)

—Escucha, Gabriel, quisiera advertirte: no debemos volver al juego de anoche.

—¿Qué juego?

Fijaba sobre ella sus claros ojos, y se sentía molesta.

—¡Tú me comprendes! Mi marido ha estado muy enfermo esta noche... Y aun Catherine, que dramatiza todo a su gusto para hacerme odiosa, asegura que casi se nos iba.

Gradère aplastó su cigarrillo en el cenicero, y ella reconoció aquel brazo desnudo, sin músculos, aquella mano sombreada de vello rubio. Él dijo con el tono más tranquilo:

— Eso no tendría nada de raro: sé por Clairac que una emoción algo fuerte...

—No —interrumpió Mathilde violentamente—, ¡no!

—¿Por qué dices que no?

Ella se quedó silenciosa y fue a apoyar su frente en los vidrios, que chorreaban. El mundo estaba ahogado. Durante semanas, tal vez, esa lluvia encerraría la casa, el parque, los separaría de los otros hombres. Y ellos vivirían todos en aquella arca, en aquella nave. De pronto, Gradère preguntó:

—¿Quieres a tu marido, Mathilde?

—¡Qué pregunta! ¡Claro!

Él sonrió y encendió un cigarrillo.

—¿Cómo explicártelo! —dijo ella—. No tenemos la costumbre de proponernos semejantes problemas. En el fondo, Symphorien ha continuado siendo para mí lo que era antes de casarnos. ¿Recuerdas? Administraba mis propiedades desde la muerte de mi padre. Y ha continuado... Nunca han mediado entre nosotros sentimientos apasionados... Le estoy reconocida por haber llevado bien nuestra barca...

—Sí, querida mía. Pero hubo, sin embargo, un período en el cual fue algo más que un administrador... Catherine no te ha caído del cielo...

—¡Oh! —dijo ella riendo—, está eso tan lejos, duró tan poco tiempo. Apenas dos o tres meses... Comprendió en seguida que no debía insistir, que no era asunto para él. Te juro que verdaderamente ni me acuerdo casi, que no puedo representarme ya lo que fueron nuestras relaciones maritales...

—En el fondo, Mathilde, tú eres todavía una niña...

Ella sintió arder sus mejillas y volvió hacia la ventana.

—Una niña, Mathilde... Aceptas que todo haya terminado para ti antes de haber comenzado... Pero sucede a veces que la vida es menos cruel con nosotros que nosotros mismos... Sí, no se contenta con la suerte que nos pareció tan simple aceptar, nos colma al fin con aquello que nos parecía más alejado, menos asequible ...

Ella murmuró:

— No te comprendo...

Pero él continuaba como si no hubiera dudado de que ella compartiera su intención profunda.

—Me acuerdo de la pequeña Mathilde... ¡Oh, muy inocente, muy pura!... Pero así y todo... ¿te acuerdas de nuestro *jouquet*?

Ella le dijo con vivacidad:

—¡No, cállate!

Él parecía soñar, tendido en la cama, sus blancos cabellos revueltos sobre la frente. Pasó bastante tiempo, y de pronto:

—¿Has visto a Andrés esta mañana?

—No, todavía no. No tengo nada que decirle a Andrés...

—¿Sabes que su amiguita voló? Sí, partió... Se trata de retenerlo aquí sin que se ponga rabioso. En el fondo deseo que le escriba para que se arme de paciencia. Entonces, querida mía, ve con Andrés. Para mí será menos alegre: necesito ir a tomar un *pernod* con Clairac... Sí, el doctor y yo nos adoramos. Le regalé una botella de *Kostis*, del verdadero, ¿sabes?; del que en los bares de Citota y de

Cassis esconden debajo del mostrador... Ahora se levantará de noche para beber...

Mathilde salió con tal precipitación, que sintió vergüenza. «¿Qué me pasa?» Tenía derecho de ir a ver a Andrés. ¡Qué absurdo privarse de hacerla! Era necesario vigilarlo. Lo conocía: él no soportaba el sufrimiento. Sentíase acalanturada, llena de aprensión y de esperanza. Entró como siempre: sin llamar. Estaba él frente al espejo, con los brazos desnudos, afeitándose. Volvióse furioso:

—¡No es un molino esto! ¿Qué? ¿Será necesario echar siempre el cerrojo!

Ella se quedó en el umbral, confusa.

—Pero, Andrés; pero, querido... Es verdad que siempre te trato como a un muchachito...

Eran las palabras que mejor podían apaciguarlo. Fue hacia ella y la abrazó.

—Y tú eres mi vieja Tamatí...

Él la besó de nuevo, pero ella sin devolverle el beso, salió de la habitación. Él la siguió por el corredor:

—¿El cartero no ha pasado todavía?

—¡No, querido; siempre llega entre las once y el mediodía; ya lo sabes!

«Vivirá solo a la espera del cartero de hoy en adelante», pensó. No se puede pensar más que en un ser a la vez, No hay nunca más que un ser que exista para nosotros; y hacemos como si creyéramos en la existencia de todos los demás... «Su vieja Tamatí. Ella sacudió la cabeza como si hubiera espantado a una avispa y fue a la cocina para dar las órdenes a Gercinthe. Cuando subía, dio con Catherine:

—Te buscaba, mama. Sí, padre desea verte... ¡Oh —agregó la joven con voz aguda—, no vale la pena correr!...

Mathilde estaba un poco agitada cuando entró en la habitación de su mando, agazapado como siempre en su sillón. ¿Cuánto hacía que no lo veía acostado? No se había afeitado, no se había lavado siquiera. Ella se sintió penetrada por la mirada con que la envolvía; escuchaba su respiración sibilante. Fumaba un cigarrillo contra el asma.

—Siéntate más cerca de mí, para que no tenga que hacer mucho esfuerzo... Mi estado general es malo, pero la agitación es la que aumenta. Mi crisis de otoño es siempre la peor, la que dura más tiempo... Quería hablarte, hacerte unas preguntas... Escúchame, Mathilde a pesar de lo ocurrido la pasada noche, tengo confianza en ti. Quisiera que me aseguraras que no estás con los otros contra mí, que no estás complicada. Sí me lo prometes, creeré en tu palabra. ¡Tengo tanta necesidad! Catherine es una niña, no es posible contárselo todo. Además, es demasiado apasionada.

¡Era verdad! No haría tal vez más que una criatura en el mundo de la que Symphorien Desbats no hubiera nunca desconfiado, y era su pronta mujer. Ella le sabía como conocía también el prestigio de que gozaba ante sus ojos Pero también ignoraba la razón profunda. Aquel período de su vida conyugal, aquellos dos o tres meses que ella había evocado hacía un rato con Gradère, y que pretendía casi no recordar, él, Symphorien, no los había olvidado: el viejo marido tenía siempre presente la humillación de sus fracasos o de sus miserables logros. Le estaba agradecido a Mathilde por haber sido indulgente, por haber sido atenta con él y buena consejera. Salvo cuando se trataba de los intereses del pequeño Andrés.

Sin embargo ella respondió, pensando cuidadosamente cada palabra:

—No hay ningún complot. Si existiese uno y yo lo conociese te lo hubiera advertido. Pero no me agradezcas todavía, pues yo creo aún en aquel que tramaste tú mismo contra Andrés...

—No, querida, no... Te lo juro... Es cierto, yo sabía que Catherine estaba contra él... Pero hasta el fin creí que se resignaría a casarse porque, tú lo sabes tan bien como yo, está loca por él.

Y como Mathilde se mostrara sorprendida, insistió con vehemencia:

—¡Claro! De no ser así, ella no se hubiera sentido tan herida por su indiferencia. Me ha repetido a menudo: «Si al menos tratara de engañarme, si fingiera quererme...» Estaba al corriente antes que todos vosotros de la conducta de Andrés... Compréndelo: yo podía creer que tal vez ella terminara por acceder a ser su esposa, aun cuando me aseguraba lo contrario... y confieso que me lo temía... Vamos, querida, aun cuando tú lo quieres, piensa en lo que es Andrés. ¡Un yerno como Andrés! No es mal muchacho, pero es el hijo...

El enfermo miró con angustia hacia el lado de la puerta y bajó la voz:

—Tú no sabes todavía lo que yo sé. Tú no sabes de qué es capaz Gradère y lo que puede estallar de un día a otro. Sí, yo tengo mi policía. Y ese día tú me bendecirás por haber impedido que ese miserable resulte el suegro de tu hija. Tendremos bastante vergüenza ese día — insistió, agitado y con una suerte de excitación que le daba miedo a Mathilde—. Si vienen a detenerlo aquí... Después de todo, no es más que nuestro primo político... Pero Andrés forma parte de la familia de cualquier manera... Yo no puedo decirte nada, no tengo más que a Catherine...

Mathilde, con cariñosa solicitud, había aproximado su silla:

—Puedes tener confianza —le dijo—. Tú sabes que soy una tumba. Por otra parte, no deseo que Andrés se case con Catherine...

Era la primera vez que ella aseguraba no estar interesada por aquel matrimonio, aun cuando siempre había actuado como si la felicidad de Andrés dependiera de él. El enfermo estrechó la mano de su mujer con una expresión de confianza y de alegría. Podía entonces decirse todo.

—La prueba de que ella tiene interés por él, es que rechaza un partido extraordinario: al hijo de Berbiney... sí, mi socio en la fábrica... Tú sabes que lo que representan sus posesiones, a pesar de la baja de las propiedades, es enorme, de todos modos ... y además verás cómo se levantan las propiedades el día que se desvalorice el franco... Porque al fin llegará eso... ¡Ay, mi pobre Mathilde, ha sido necesario que hayamos estado separados desde hace dos o tres años para que yo no haya osado hablarte de ese proyecto!

—¡Claro! —interrumpió ella violentamente—. No podías al mismo tiempo hacerme partícipe de ese proyecto de Berbiney y hacerme creer que querías dar Catherine a Andrés... Ahora que te has adueñado de Cernes y de Balizaou ...

— ¡ Pero, piensa! De todas maneras su padre se las hubiera hecho vender. Sabes bien que tiene a Andrés en el bolsillo. Era necesario que Carnes y Balizaou no salieran de la familia. ¿Estás de acuerdo conmigo en eso? ¡Vamos, es la evidencia misma! Eso hubiera hecho una dependencia, hubiera impedido a nuestras propiedades formar una unidad. He actuado de acuerdo con mi deber — agregó con una convicción que desarmaba—. No he mentado, porque hasta el último minuto temí que la pequeña cayese en brazos de Andrés. En cuanto a ese desgraciado, aun antes de recibir su dinero, ha sido despojado por el crápula de su padre. ¡Pues bien! Le resarciré: mientras yo viva todo le será costado; recibirá más que la renta de Cernes y Balizaou, las cuales era necesario no dejar salir de la familia... y después que yo... si me sobrevives, pues al fin no se sabe ni quién vive ni Quién muere, después que muera, le darás lo que Quieras... en dinero ... ni es necesario decirlo... pero ni una pulgada de terreno. ¿ Me lo juras? Por otra parte. ¿dónde estará Andrés en ese momento? Lo siento por él, no es mal muchacho... pero es así: los hijos pagan por los padres: es la ley.

Mathilde le escuchaba con profunda atención. Había recobrado su sangre fría. Se trataba de saber qué era lo que amenazaba a Gabriel a fin de ponerlo en guardia. Ella no aceptaba la ley: no

quería que la injusta ley fuese aplicada a Andrés. Pero Gradère era más fuerte que todo el mundo, se decía. Una vez advertido, sabría prevenir el golpe que querían lanzar sobre él.

—Escucha, Symphorien, estoy contenta de que hayamos tenido esta explicación. Estimo que con Andrés no te has portado correctamente, pero no dudo de tu total buena fe.

Él asió la mano de su mujer y la apretó.

—Sólo que —agregó— debes devolverme tu confianza. Tú sabes cuánto quiero a Andrés... ¡Pues bien! Es necesario que sepa qué es lo que amenaza a su padre... para prevenir al muchacho, para encontrar un medio... de hacerla partir bastante antes... Por ejemplo, podríamos enviarlo a Noruega... Visitaría las fábricas de papel...

—Escucha, ven más cerca.

El viejo había bajado la voz. Desde hacia tiempo sabía por el mismo Gradère que una mujer lo extorsionaba. No era difícil adivinarlo: para que un tipo de su calaña se dejara desplumar años y años, era necesario que la otra tuviese armas terribles.

—Busqué la dirección de esta Aline; me bastó vigilar las cartas de Gradère durante su última estadía... Es muy fuerte, no abandonará la casa... quiere vencerme... Y yo, Mathilde, yo me siento débil frente a él... a causa de mi salud... Clairac encuentra que no estoy tan bien, nunca me lo había dicho, no te lo confieso más que a ti: mi estado es alarmante... En el fondo, no le creo, porque yo siento que no estoy tan mal como dice... Pero es necesario que el crápula se largue... ¿No piensas lo mismo? Cueste lo que cueste... Entonces escribí a esa Aline: me respondió esta mañana que se encargaría de deshacerme de él. Vendrá aquí en el momento que menos lo espera... Va a costarme mucho todavía esa historia, pero no pagaré hasta que ella haya limpiado el lugar. Está resuelta, por otra parte, a perderlo esta vez, sabiendo que sus recursos se han acabado. Y le han ofrecido a esa mujer una, pequeña fortuna para acabar su tarea. Si, ya sabes, el marqués de Dorth... Yo te había contado esa historia: esas cartas de la marquesa que Gradère había mostrado por todas partes y terminó por vender en cien mil francos al marido. La señorita Dorth era novia de un tipo que no quiso saber nada más de ella... Se dice que ella está ahora loca... En fin, todo eso no es asunto nuestro. Lo que nos interesa es que el marqués de Dorth quiere su pellejo, que le ha puesto su precio, y que la tal Aline ha ultimado el negocio. Si Gradère ha de ser detenido, o, solamente molestado, es mejor que todo pase fuera de aquí, ¿eh? Aun de lejos seremos salpicados.

Mathilde quiso gritar: «No debemos hacerlo... por Andrés...» Pero se contuvo: nada cambiaría la resolución de su marido. Perseveraría en lo que había decidido: simular componerse con los intereses del viejo, informarse a fondo de todo y advertir a Gabriel. A causa de Andrés ella estaba de parte del bandido... Sí, un bandido... pero que hacía un rato, con una sola palabra, la había hecho estremecerse cuando había pronunciado la palabra: *jouquet*... Treinta años antes había apoyado casta mente su cabeza en aquellos hombros delgados, había cerrado los ojos: recordando una lluvia tormentosa que crepitaba alrededor de ellos... No había tenido más que eso en su vida... Toda su parte en este mundo cabía en aquel *jouquet*. No había tenido nada más que eso, no tendría nada más que eso... Abstraída por pensamientos tan confusos, no por eso dejaba de estar atenta a lo que el viejo le contaba.

—Te imaginarás que le he escrito cartas impersonales y sin firma. ¡Oh! Si se trata de ser prudente, lo soy. Cartas sin indicación de origen. Y por temor a que guarde los sobres, se las confío siempre a Berbiney, cuando va a Burdeos. No expido ya nada desde Liogeats, no tengo confianza en la mujer del correo. Aline llegará el lunes por la noche, dentro de tres días. Catherine debe ir a buscarla a la estación. Apenas llegada, la meteremos en la habitación de Gradère, que será sorprendido en pleno sueño. Ella me escribió: «Le aseguro que partirá conmigo el martes por la mañana en el primer tren...» Esto va a estallar, como dice Andrés... Sí, esto va a estallar. Pero (y observaba a Mathilde con

inquietud) le hago un favor al pequeño: una vez realizado el golpe, lo olvidará pronto y nosotros haremos que se quede aquí. ¿Para qué viajar, gastar dinero? Continuará ocupándose en las propiedades como si le pertenecieran y Catherine se casará con el hijo de Berbiney... No pensarás irte...

—No —dijo Mathilde, que se había levantado—. Sólo que encuentro que hablas demasiado, que te agitas.

Ella le puso sobre la frente una mano que él tomó antes que se posara y la apoyó sobre su seca boca.

—Catherine se pondría furiosa si supiera que me he confiado a ti... Te juzga mal; son los celos... Pero yo no lo lamento... Por el contrario, me siento más seguro... Tú siempre has tenido horror a ese hombre... Tienes tus razones para odiarlo, aun cuando sólo fuese a causa de Adila...

Ella respondió con franqueza:

—No sé si lo odio, pero sí sé que me causa horror y miedo también... ¡Ciertamente, sí!

El enfermo, reconfortado, frotó sus manos con júbilo e hizo sonar sus dedos:

—¡Oh, estoy tranquilo! Tú no tienes, por lo demás, más que encargarte de Andrés para distraer su atención. Y una vez dado el golpe sabrás pintarle las cosas por su lado más conveniente; confío para eso en ti.

Ella apenas tuvo tiempo de retirar la mano que él apretaba entre las suyas; Catherine acababa de entrar y los envolvía con una mirada suspicaz. Mathilde estaba invadida por esa alegría de la noticia que se ha de anunciar y que hace correr a los niños, por esa excitación de la catástrofe. Pero hubiera sido imprudente ir seguidamente a la habitación de Gradère, pues sin duda Catherine vigilaría de cerca... y de pronto recordó que él había ido a ver al doctor Clairac. Comprendía por qué el doctor alarmaba a su enfermo. Gabriel era fuerte, era el más fuerte, detendría el golpe.

La lluvia aumentaba. Mathilde permaneció en su habitación al acecho, con la cortina un poco levantada para hacerle señas a Gradère cuando regresara. No la aburría la espera. Le hubiera sido imposible hacer otra cosa. Iba hacia su finalidad también: su felicidad, esa felicidad inmensa y vaga hacia la cual ella tendía desde el regreso de Gabriel. Llegaría gracias a él; él era lo bastante poderoso para abrirle las puertas... ¿Qué hacía de malo? ¿Por qué inquietarse? Si hubiese tenido que confesarse en aquel mismo instante, ¿de qué crimen se hubiera acusado? ¿No era su deber advertir a Gradère? En ello iba su vida: Gradère, el marido de Adila, el padre de Andrés... «Pero tú sabes (decía en ella una voz secreta), que te importa poco Gradère... Tú sabes qué es lo que esperas de él...»

—Yo no espero nada —pronunció en voz alta.

Estaba ya en la mesa con Andrés y Catherine cuando Gabriel entró. Las comidas transcurrían, desde los últimos acontecimientos, en silencio. Catherine se levantaba antes del postre para reunirse con su padre. Mathilde aprovechó el momento en que oyó los pasos de la muchacha sobre su cabeza, cuando estaba segura de no ser espiada, y dijo a Gradère que tenía necesidad de hablarle urgentemente, en un lugar seguro. Pero durante el día ningún sitio era seguro pues la lluvia mantenía a todos en la casa

—Ve esta noche a mi habitación —dijo Gradère—. Es la más alejada de la del viejo.

—Pero si me sorprendieran allí, ¿qué pensarían?

—Para comenzar, no te sorprenderán. Y además, nosotros tenemos otras cosas en la cabeza, tú y yo, ¿eh? Pues es grave lo que quieres confiarme... Lo veo venir... ¿Se trata de Aline?

Ella hizo un signo de asentimiento. Él levantó sus dos puños y los dejó caer.

—¡Ah! ¡Ésa!

Su rostro expresaba tanto odio, que Mathilde desvió la mirada.

XI

Al principio de aquella misma tarde, Andrés, en su cama, fumaba el último cigarrillo del paquete que había empezado por la mañana. Había extendido un diario para que sus zapatos no ensuciaran la colcha. Gercinthe, a través de la puerta, le advirtió que el señor cura deseaba hablar con él.

—Sí, me ha preguntado por usted, señorito Andrés... Está en el salón.

Fueron necesarios algunos segundos para que Andrés estableciera una relación entre el «cura» y el «hermano de Tota». Y de pronto se levantó: era la respuesta tan esperada, la respuesta de Tota bajo su peor forma. Si el curita se había mezclado, no había ninguna esperanza. Andrés descendió sin pensar en peinarse. Entró erizado, huraño con el cuello desabrochado, en la vasta pieza siniestra, donde hacía frío a pesar de los radiadores. Entre las grandes consolas de falso estilo, los sillones cubiertos de fundas estaban alineados contra la pared, bajo los retratos, bastante buenos, de la familia Du Buch, debidos al pintor bordelés de la Restauración, a Gallard. La araña, envuelta en muselina, se reflejaba en una sólida mesa imperio cubierta de álbumes de fotografías, de juegos de damas, de estereoscopias. Y, entre todos esos objetos, estaba también el sombrero del cura, extraño, abollado, semejante a un murciélago muerto. Andrés observó de soslayo al pequeño cura rechoncho como él (no era extraño que Mouleyre y Pardieu los hubieran confundido). Pero en aquel joven rostro ceñudo, marcado ya por las arrugas, no leyó ni la angustia ni la vergüenza. Un cura no representaba para Andrés más que un conjunto de naciones en las cuales su espíritu jamás se detenía. Había sido uno de esos innumerables niños que hacen «su comunión» porque así es costumbre, y que no piensan en ella nunca más. Si se le hubiese apretado un poco, se hubiera podido advertir que él veía en ello un asunto sin trascendencia, del cual convendría volver a hablar en el momento de la muerte. El muchacho experimentaba además, frente a aquel joven casto y solo, una vaga y profunda aversión, una aversión física.

—Señor —comenzó el joven cura—, ¿usted adivina en nombre de quién vengo a verlo?

Y como Andrés permaneciera inmóvil, la frente baja, mostrando la nuca como en espera del golpe, el cura continuó:

—Conozco sus sentimientos por una persona que me toca de cerca... Es necesario que tenga usted coraje... Sí; ella ha hecho lo que yo no esperaba ya y lo que debe alegrarle a usted también — pues usted la ama verdaderamente, ¿no es así?—. Ha regresado junto a su marido. Lo he sabido por una carta que me llegó esta mañana...

—¡Ah! —interrumpió Andrés con acento de odio—. Usted consiguió de todos lo que quería...

Y como el sacerdote balbuceara que la decisión le había asombrado a él mismo, que no contaba con ella, que lo había confundido, el muchacho agregó:

—Usted es extraordinario... Tienen razón en decirlo: ustedes saben hacerlo...

—No, señor; no, no soy extraordinario.

A pesar de lo poco acostumbrado que estuviera Andrés a observar a los demás, se sintió conmovido por aquel tono y levantó los ojos hacia el hermano de Tota. Lo examinó con la idea de que se trataba del hermano de Tota. Ningún parecido en los rasgos; y sin embargo, en aquel rostro encontraba la inflexión de la boca, la juntura de la nariz, y también la mirada... Todo lo que había perdido. Y estalló de golpe:

—Usted no puede saber... Yo lo excuso, señor cura: usted no puede saber.

El sacerdote le tomó tímidamente una mano, que Andrés no pensó retirar.

—Ustedes —repetía el joven—, ustedes no comprenden esas cosas; ustedes no saben qué es amar.

Se asombró de escuchar una pequeña risa pronto interrumpida y levantó los ojos hacia el cura; el cual preguntó simplemente:

—¿Usted cree?

Una vez más la pequeña risa breve. Y de pronto, con el tono neutro de un confesor a su penitente, el sacerdote continuó:

—Usted ama mucho; es necesario amar más aún: renunciar a ella...

Andrés, nuevamente furioso, se encorajinó:

—¡Todo eso son historias! ¡Como si su felicidad consistiera en que yo renuncie a ella! ¡Usted también me toma por un idiota! ¡Pero ya verá usted si sabré encontrarla! ¡Ya verá!

—Eso le será fácil, señor. Una pobre cierva acosada... Pero yo vengo a pedirle —continuó con una voz de pronto alterada (y las lágrimas estaban próximas)—, a usted, que es bueno, que está siempre de lado de los pobres, yo vengo a pedirle que tenga piedad. No tengo la osadía de hablarle de mí. Usted no sabe... Usted es joven... pero justamente porque usted es joven usted puede comprender lo que es mi vida... ¿Tota le ha hablado de ello tal vez? No tengo más que veintiséis años. Todo el mundo me odia o me desprecia. Mis superiores mismos me creen culpable, al menos de imprudencia. Por ella lo soporto... No se lo he dicho a nadie hasta ahora... usted es el primero... Yo le imploro en nombre de Dios, que será un día el más fuerte, más fuerte que ese encarnizamiento que nosotros ponemos en perdernos...

La vida ofrece a menudo esa extraordinaria desproporción entre el alma que se confía y la que recoge la confidencia. Es que no podemos elegir: en ciertas horas, nuestro dolor sale de nosotros, se arranca de nuestras entrañas, y cualquier brazo se tiende para recibir ese hijo sombrío. Pero Andrés, joven y simple, si no comprendió qué significaban aquellas palabras, sintió hasta dónde llegaba el sufrimiento. Dijo:

—No me olvido que debo una paliza a Mouleyre y a Pardieu; la tendrán. Y ahora lo dejarán tranquilo, señor cura; se lo aseguro.

Más tarde Alain se acordó de aquel minuto y tuvo de pronto la certidumbre interior de que el muchacho, de apariencia tan poderosa, era ya arrastrado como una paja en un torbellino. Y al mismo tiempo experimentó que su propia presencia en aquel sitio no se debía a una casualidad. No pensaba ya en Tota. No tenía nada que ver con la angustia que le oprimía el corazón. Repetía en sí mismo: «Señor: ¡ten piedad de los habitantes de esta casa!»

Andrés, viendo sus ojos llenos de lágrimas, se sintió trastornado y, en un movimiento de generosidad, como tienen todos los seres muy jóvenes le tomó la mano.

—Yo no le prometo nada —balbuceó—, la deseo demasiado. Lucharé tanto como me sea posible...

El sacerdote inclinó la cabeza y, sin poder pronunciar una palabra, lo miró largamente.

Andrés abrió la puerta. En el ensombrecido vestíbulo, un hombre fumaba, joven todavía a pesar de sus cabellos plateados, vestido con un traje de caza. Un pañuelo del mismo color que la camisa salía de su bolsillo. El olor del cigarrillo que fumaba recordaba al cura el perfume de la habitación de

Tota. Andrés dijo:

—¿Conoce a mi padre, señor cura?

Gradère se levantó. Aun cuando el lluvioso crepúsculo no le permitió ver más que rostros contusos, el sacerdote se sentía penetrado por la mirada de aquel hombre del cual se decía tanto de malo y que se había inclinado profundamente. El cura pasó rápidamente, cerró la puerta tras de sí con mucha prisa, desapareció en la sombra y en la lluvia. Apenas había dado algunos pasos, luchando contra el viento mojado que inflaba su sotana, cuando oyó correr a alguien. Se volvió: era aquel hombre, el padre de Andrés, con la cabeza descubierta, los cabellos revueltos.

— Padre, quería decirle...

Alain, más pequeño de estatura, tuvo que levantar la cabeza para escucharle. Era vergonzoso sentir hacia un ser cuyos rasgos apenas discernía, esa antipatía, esa repulsión. ¡Cómo odiaba su voz dulce, casi melosa!

—Yo le he escrito una carta, señor cura. ¿Debo decir una carta? No, ¡un volumen! ¡Toda mi vida, toda mi terrible vida! Y después me interrumpí... No osé continuarla... Y ahora me digo que es necesario... que es necesario que usted la lea... ¿Puedo depositar en su casa ese cuaderno? Sí, se trata de un cuaderno escolar. Usted me contestará o no me contestará...

Alain hizo un signo de asentimiento.

—Pertenezco a las almas —respondió con tono un poco afectado. Y no le tendió la mano.

Gradère volvió a entrar, tiritando, sin que Andrés hubiera advertido su ausencia.

—Papá, vino a pedirme... por su hermana...

No podía continuar, el dolor lo ahogaba:

—Tú me dirás que no tendré más que quererlo... Bastará empujarla un poco...

Su padre, cuyo rostro no veía, le interrumpió.

—No, hijo mío, no te diré eso.

Andrés pensó: «Tiene miedo de que le pida dinero para juntarme con ella en París...» Pero Gradère insistía con un sentimiento muy distinto:

—En ese curita puedes confiar, créeme; yo lo sé...

El joven pareció sorprendido:

—Pero entonces, papá, todo me resulta igual ahora... —continuó con voz cansada y desesperada—. Mi frustrado matrimonio, lo cual no me importa. En cuanto a Cernés y Balizaou, tú tienes el dinero, y me río del resto... Entonces ¿para qué seguir aquí? Sí, ¿para qué? —dudaba, y hablaba más bajo... Nuestra conversación de anoche no me gustó... Es tonto tal vez... En fin, ¿para qué todas esas tretas? Tú no tienes nada que hacer en Liogeats.

Reinaba ya la noche. Andrés hubiera podido creer que su padre había desaparecido; tampoco lo oía respirar. Pero de pronto su voz se levantó, en un tono un poco agudo que no le era habitual:

—Sí, hijo mío, tengo todavía algo que hacer aquí... y cuando mi tarea esté cumplida partiré, te lo prometo. Partiré, y no me verás más.

Andrés no supo qué contestarle. No tenía la costumbre de leer en sí, no se observaba, pertenecía a la raza innumerable de esos niños que dicen: «Estoy triste...» y esa palabra recubre las mil fuentes ocultas de sufrimiento y desesperanza. Y de pronto, en el silencio, escuchó el ruido de la

puerta cerrada suavemente; y comprendió que su padre ya no estaba allí.

XII

—Voy a esperar todavía antes de dejar tu habitación —dijo Gradère en voz baja—. Catherine debe de encontrarse intranquila por tu conversación con el viejo, está alerta. Si me viera salir de aquí...

Mathilde respondió:

—Quédate un poco más.

Escuchaban afuera un inmenso y lento correr de aguas y destacaba el ruido de las gotas que, desde el tejado, golpeaban el balcón a intervalos irregulares. La lámpara de la cabecera no bastaba para iluminar la habitación... Mathilde percibía el bulto de un hombre, sentado en el sillón, con los codos sobre las rodillas y mordiéndose las uñas.

Él lo sabía todo: se lo había dicho, y lo deploraba ahora amargamente, aterrorizada por la fuerza que acababa de desencadenar. No había manifestado ninguna sorpresa, ninguna cólera; no había lanzado el menor grito. Pero Mathilde hubiera preferido que diese libre curso a su rabia. Esa atención concentrada, las preguntas formuladas con calma, con minucia, la impresionaban más que ningún estallido. Pero él volvía nuevamente sobre los mismos puntos;

—¿Estás segura de que es Catherine quien debe ir a buscarla a la estación?... ¿Desbats te ha dicho efectivamente que sus cartas estaban escritas a máquina, sin indicación de origen, y que las hacía depositar en Burdeos? Esto es muy importante...

Mathilde preguntó:

—¿Por qué es importante?

Él hizo un gesto evasivo y volvió a sus pensamientos. Ella lo observaba desde lejos: sus manos estaban juntas y apretadas y las apoyaba contra la mejilla. Mathilde había puesto en movimiento aquel poder invencible, como un niño despreocupado que arroja un fósforo, y de súbito el bosque se inflama, las campanas tocan a rebato de campanario en campanario, los caminos se cubren de autos y de coches... Había suplicado vanamente a Gradère que huyese, que se pusiera a salvo. Pero él quería hacer frente... No, ella no hubiera debido hablar: Aline hubiera llegado, se hubiera llevado a Gradère... Hubiera habido un escándalo, un poco de remolino... y luego todo hubiera sido cubierto por el silencio... Andrés hubiera sido enviado a los países escandinavos... Ella se había opuesto siempre a ese viaje, pero ahora se hubiera sentido demasiado feliz. ¿Para qué pensar en esas cosas? Las cartas estaban echadas... A menos que... si, le quedaba todavía el ponerse de rodillas ante Symphorien, confesarle que lo había traicionado. Un telegrama a Aline para que demorase su viaje, y la desgracia sería alejada... Así pensaba Mathilde yendo y viniendo por su habitación, y era Gradère quien la seguía con la mirada y la observaba.

Tenia conciencia del peligro. Había tenido siempre esas intuiciones inmediatas que le descubrían el pensamiento secreto del adversario. Sentía nacer la traición antes que hubiera tomado forma en el espíritu del adversario. Preguntó:

—¿Estás segura de que Catherine no tomará el auto para no llamar la atención, y que vendrán a pie desde la estación?

—Puesto que lo sabes, ¿para qué hacérmelo repetir?

—¡Bien! Hablemos de otra cosa. Yo también tengo que darte una noticia: el padre Forcas vino a ver a. Andrés esta tarde. ¿Adivinas para qué? La dama se reconcilió con su marido, parece. El curita

se impuso a nuestro Andrés, quien, por el momento al menos, renuncia a perseguir su conquista...

Mathilde dijo: «¡Ah! », e interrumpió sus idas y venidas.

—Es muy importante para nosotros... para ti... Se trata de que cuides de él, de vigilarlo sin que lo parezca, de rodearlo... Pero no lo trates como niño, cambia de maneras. Tiene necesidad de una presencia de mujer, de una ternura de mujer. Ten confianza en mí: ahora todo irá rápido, sí, muy rápido. Pero, sobre todo, no te inquietes: estoy en situación de legítima defensa. Pase lo que pase, debes convencerte de que yo tenía derecho a salvar mi pellejo.

Se aproximó a ella.

—Serás libre pronto, Mathilde.

—Pero —interrumpió ella violentamente—, ¡no necesito estar libre! No aspiro a nada, a nada...

Gradère le hizo señas para que hablara más bajo, y se encaminó a la puerta:

—Creo que puedo volver a mi habitación... Queda aclarado, mi pequeña, tu no deseas nada más que lo que ya tienes. Pero ¿y si te sucedieran... esas cosas con las cuales no cuentas, en las que nunca piensas? Ya verás... Por otra parte estoy tranquilo: desde que la partida ha comenzado, no has cometido una sola falta. Y el favor que me has hecho esta noche, no lo olvidaré. Y tú tampoco olvidarás que yo hice tu felicidad, en esos tiempos ahora tan próximos en los cuales ni aun la noche te separará ya de Andrés.

Ella ahogó un grito:

—¡Cállate! ¡Eres innoble!

Pero él ya no estaba allí. Ella no atinaba a desnudarse y se quedó parada en medio de la habitación; no pensaba en nada, y su placer consistía justamente en esa ausencia de todo pensamiento. Se le ocurrió tomar un soporífero para que el sueño le llegara más rápido.

El botiquín estaba en el baño, cuyos vidrios opacos y sin persianas daban a un claro. Mejor sería no encender. Mathilde buscó palpando entre los tubos y los frascos. *Bergère* ladró, se calmó, luego. ¿De dónde procedía aquel chirrido? Lo reconoció era el portillo de madera del depósito donde se hallaban los útiles. Mathilde se subió en un taburete, entreabrió la ventana, No llovía ya, pero todo el bosque goteaba y cuando el viento se levantara, parecería que llovía de nuevo. No hacía frío. Mathilde aspiró con delicia el olor de la tierra saturada de agua. No, no se había engañado: alguien salía del depósito con una pala al hombro. No tomaba precauciones casi: sabía que ninguna habitación daba al patio. Era alguien de la casa... ¿No reconoció acaso al hombre que estaba sentado allí un cuarto de hora antes?... ¿Un loco tal vez? Si, un loco. Pues no había nada que hacer fuera, ni para bien ni para mal, a semejante hora. Sus ojos eran los de un loco, sus intenciones las de un loco, pensó Mathilde mientras entraba en su habitación y tomaba dos comprimidos. Le agradaba creerlo y persuadirse de ello. En todo caso, el acto que acababa de sorprender no amenazaba a nadie. Symphorien dormía a algunos metros. Aline estaba todavía en París. El lunes sería ocasión de inquietarse. El sueño no venía tan pronto como lo esperaba, pero una gran languidez se esparció por sus miembros. Recordó de pronto los rezos que había olvidado. Sería necesario levantarse, ponerse de rodillas. No tenía fuerzas y pronunció con rapidez las fórmulas, sin comprender el sentido. Sus hermosos brazos se cerraron sobre una forma ausente. Sentía pesar sobre su cuerpo un ser inmenso y ligero.

XIII

El lunes por la mañana, Gercinthe gritó a través de la puerta, según su costumbre:

—Llaman a la señorita Catherine por teléfono y como la joven parecía sorprendida, su padre le dijo:

—Debe de ser de la fábrica...

La aprensión de lo que iba a suceder aumentó su sofocación. Aquella noche llegaría la mujer; él la introduciría en la habitación de Gradère. ¿Quedaría concluido todo? Gradère era muy fuerte... Sí, pero no contra Aline. Hacía ya veinte años que ella lo tenía agarrado. ¿No lo habría traicionado Mathilde? No, el viejo se calmó: Catherine, que tenía buen ojo, le parecía que ella no había tenido la más mínima conversación con Gradère... a menos que le hubiera enviado unas líneas. Catherine lo hubiera captado. Pero ya volvía Catherine.

—Era de París, papá; esa mujer, sí... Aline. Se ve obligada a demorar su llegada hasta el jueves. Tiene gripe, pero nada grave; podemos contar con ella para el jueves .

—¿Era ella la que habló?

—¡Oh, sí! ¡Qué voz! ¡Cascada, gruesa... Nunca había escuchado nada semejante!

— Bueno. Esperemos hasta el jueves. Pero lo lamento... En empresas como ésta conviene actuar con rapidez.

Catherine reflexionaba:

—Son dos días de espera... Tal vez llueva menos. El trayecto de la estación será menos penoso: ¿me ves chapoteando con ese monstruo por el camino inundado? ¿Te has dado cuenta de que hay veinte minutos de marcha?

—Debo decirte que es la parte del programa que le hace menos gracia... Pero no está sorprendida de las precauciones que tomo, pues considera a ese tipo como muy peligroso; ¡y ella sabe lo que dice!

—Papá, he descubierto... pero no te agites, no tiene importancia, y lo principal es estar advertido... Desde hace algunos días Clairac toma todos los días el aperitivo en Lacote con...

—¿No será con Gradère?

Catherine inclinó la cabeza.

—¿Estás segura?

—Pero, papito, ¿tan grave es? Despídelo y llamaremos al doctor Pétiot, que vale tanto como él...

—Sí, pero no conoce mi temperamento —gimió el enfermo—. Y, además, es revelador: ¿te das cuenta hasta dónde ha devanado su tela, eh? Es espantoso, pequeña. Tengo miedo también por ti... Va a procurar alejarte... Encontrará el medio... ¡Qué sé yo! Tal vez el veneno...

Catherine murmuró:

—¡Que me mate!

Sin escucharla, el viejo exclamó:

—Por eso Clairac trataba de meterme miedo todos estos días... ¡Ajá! Es el otro quien lo empujó, para reducir mi moral... Prefiero saberlo, a pesar de todo... Todavía estoy fuerte... Pero lo cierto es que estamos demasiado solos... ¡Ah! si tú quisieras, pequeña —continuó suplicante—, si quisieras consentir... el hijo de Berbiney...

—¡No! —interrumpió ella, agresiva—. Olvidas nuestros acuerdos: ni una palabra de eso hasta el primero de abril.

—Sí, pero yo no sabía entonces lo que nos amenazaba. Piensa un poco: un hombre más en la casa, un muchacho grande y fuerte de treinta años que estará a nuestro lado y que agarrará del cuello a ese puerco y lo arrojará por la ventana...

—Pero, papá. Gradère está aquí con su hijo... que es lo mismo que en su casa... ¿y si nos mudásemos? La casa Desbats, en la plaza, está siempre vacía...

—¿Abandonar el castillo? ¡Jamás!

Él había soñado toda su vida con ser el dueño único del castillo de Liogeats. Pero durante la minoría de edad de Andrés no había podido librarlo del condominio, y desde hacía un año el joven, aconsejado por su padre y por Mathilde, había rechazado todas las ofertas de compra.

—¡Cuando pienso que soy copropietario con el hijo de ese crápula!... y de él mismo, de tu Andrés, no soporto su pequeña quijada de bruto...

—Se puede decir de él cualquier cosa —protestó Catherine—, salvo que tenga la cara fea.

—Lo encuentras hermoso porque nunca viste a otros.

No, ella jamás había visto a otros, aun cuando a veces había asistido a bodas e ido para algunas diligencias a Bazas o a Lyón. Los jóvenes abundan allí. Pero ¿cómo hubiera ella podido mirarlos? No existía más que uno en el mundo, y hubiera podido ser su mujer si lo hubiese querido, su mujer desdeñada, detestada tal vez, pero de todos modos su mujer. Y hubiera sido necesario que él la amara alguna vez, para tener hijos. Lo que ella imaginaba en ciertos momentos, o mejor, lo que ella se prohibía imaginar (era el único tema de sus confesiones), hubiera resultado un deber... ¿Qué importa, entonces, no ser querida?

—Pequeña, ¿en qué piensas!

—Escuchaba la lluvia, y estaba muy contenta de no tener que ir esta noche en busca de la mujer.

Hacia las cuatro, del mismo día, Catherine escuchó el motor. Se aproximó a la ventana y vio a Gradère entrar en la casa, de la que salió casi en seguida.

—¡Vaya! —dijo—. Gradère sale... No veo bien qué es lo que lleva... ¿Dónde se puede ir tan tarde? No es todavía la hora del correo...

—¡Pronto, hija mía, síguelo!... Hoy, sobre todo, no descuidemos nada.

Catherine descolgó su impermeable y abrió la puerta, como sólo ella sabía hacer, sin el menor ruido. Symphorien la escuchó correr por la galería. Para no impacientarse en la espera, tomó uno de los libros de cuentas acumulados sobre la mesita que estaba al alcance de su mano, y verificó las sumas de abajo arriba. Catherine volvió más pronto de lo que esperaba.

—¿Qué pasó?

—¡No lo adivinarás! Fue a depositar un gran sobre en casa del cura... Como nadie abría, lo deslizó bajo la puerta y se volvió. ¿Sabías que conocía al padre Forcas?

Symphorien reflexionaba:

—No veo nada entre ellos... salvo la relación de Andrés con la hermana...

—¡Claro! —dijo con rabia Catherine—. La carta debe de referirse a esa porquería.

XIV

El sacerdote hizo aquel lunes, en bicicleta, la visita a los campesinos (en los cuales no encontró la hostilidad del pueblo). Volvió hacia las seis, cansado pero dichoso de haber sido recibido en cuatro o cinco casas. La gente le había ofrecido de beber, él había distribuido estampas entre los niños y varios muchachitos se habían inscrito para el Catecismo. Cuando atravesaba el pueblo, la señora Larose, la mercera, le había preguntado a qué hora diría su misa el primer viernes de diciembre. Y un grupo de obreros de la fábrica Desbats—Berbiney habían respondido a su saludo. No se necesitaba más para devolverle la confianza. Todo le sonreía desde que Tota había vuelto con su marido. El sobre de Gradère, que recogió al entrar y cuyo origen conocía, lo ensombreció de nuevo; tuvo la tentación de arrojarlo a un cajón. Pero después de una rápida merienda, subió a su habitación, se puso sus pantuflas... y comenzó la lectura del pequeño cuaderno.

La lámpara de petróleo del cura estaba sobre la mesilla de noche, a la cabecera de su cama, bajo el crucifijo, que iluminaba de abajo arriba. Leía una página, respiraba, levantaba los ojos hacia Cristo como para encontrar fuerza, se zambullía nuevamente en el río de barro, no con asombro, sino con horror. Su gran tentación, el misterio ante el cual el hermano de Tota había desfalecido tan a menudo, el misterio del mal, lo tenía totalmente entre sus manos, bajo las tapas azules de un pequeño cuaderno rayado. Leyó de golpe hasta el pasaje en el que Gradère, obsesionado por el demonio, citaba la frase del viejo sacerdote: «Hay almas que le son dadas».

—¡No! —dijo en voz alta—. ¡No, Dios mío! No. Alain no creía que ningún alma le fuera dada... o entonces le serían dadas todas, desde la Caída, pues la herencia de los ascendientes basta a cada generación para que se pierda: esa locura que, desde el fondo de la raza, viene a precipitarse en el último viviente, los vicios ahogados por unos o triunfantes en otros, que se expanden en los descendientes... Y he aquí que un ser invisible ha recibido el poder de remover esta horrible materia —un arcángel (y la mayor parte de los hombres hasta ignoran que existe...) No remueve solamente todo lo inmundo de esos pobres corazones, utiliza también sus deseos de ternura, su pasión por darse...

—Señor —pensó Alain—, yo sé lo que es la soledad contigo; y tú la conoces, pues la sufriste hasta la muerte, en la noche del jueves al viernes; lo que es la soledad humana sin el Padre... No tolere que tu enemigo se aproveche de ella para perder a tus criaturas, él, el poder de las tinieblas, el príncipe de ese mundo... Pero ¿de dónde le llegó ese poder? ¿A quién debe ese principado?

Del pequeño cuaderno escolar de inocentes tapas azules salía un indefinido tropel de prostitutas, de proxenetas, de rufianes, de homosexuales, de toxicómanos y de asesinos. Los burdeles, los presidios, las penitenciarías, todas esas instituciones de Estado dibujaban frente a su espíritu una vida subterránea, una cripta invisible en la medida de la ciudad visible. En un camino de África, un batallón de disciplina aullaba un refrán inmundo... Alain tenía conciencia de haber caído en la tentación, era su propia tentación: no de todos los reinos de la tierra, bajo su mirada, sino de todas las vergüenzas de la tierra. Se puso de rodillas, con las manos juntas, sobre el cuaderno abierto. Sus manos, hechas para consagrar y absolver, tocaban aquella página, entre cuyos renglones, corría el rasgo ligero que había grabado la uña de Gradère. El sacerdote rezaba sobre la escritura criminal. En un esfuerzo de obediencia traía a su espíritu la enseñanza del seminario. Nadie tiene de sí mismo más que la mentira y el pecado; es un don de Dios poder amar a Dios, y su amor nos recompensa de lo que su amor nos ha dado. Pero si es Él quien comienza por el bien, somos nosotros quienes comenzamos por el mal. Cada vez que hacemos el bien, Dios obra en nosotros y con nosotros; cada mala acción, en cambio, no pertenece más que a nosotros. Para el mal, somos en cierta manera dioses...

—Este hombre, este Gradère escogió ser un dios... Pero todas las verdades que Alain recordaba catan sobre su angustia como la nieve sobre el fuego. ¡La nieve! ¡La nieve! Recordó que una santa había visto las almas precipitadas en las tinieblas, innumerables copos de una tormenta de nieve. El chorrear de la lluvia sobre las tejas de la casa, sobre los caminos inundados, no conseguía recubrir el silencio substancial de esa nieve viva, de esas capas sucesivas de almas caídas que se acumulaban unas sobre otras, en una caída sin fin.

Se puso en tensión en un esfuerzo violento para ahogar, apenas nacido, aquel deseo criminal de ser un copo entre los copos; la tensión, que le inspiraba horror, de no apartarse del gran número de perdidos. Hizo el vacío en sí mismo, quedó con el espíritu en suspenso. Desde el fondo de los tiempos le llegaba con claridad esta respuesta de Cristo al apóstol que le había preguntado:

»—Señor, ¿nadie se salvará?»

«—Nada es posible para el hombre, todo es posible para Dios».

Todo es posible para el amor; el amor se burla de la lógica de los doctores. El desgraciado que había derramado en aquel cuaderno de niño la abominación de su vida, ¿sabía de cuánto hubiera sido capaz en el bien? Aquellos que parecían consagrados al mal, tal vez estaban escogidos antes que todos los demás, y la profundidad de su caída daba la medida de una vocación traicionada. No existirían bienaventurados si no hubieran poseído el poder de condenarse; tal vez sólo se pierdan aquellos que hubieran podido llegar a ser santos.

Así meditaba Alain de rodillas, las manos juntas sobre el pequeño cuaderno de escolar. La lluvia caía con más fuerza. Se dijo que, también chorreaba sobre el tejado del castillo de Liogeats y que la pobre alma que había cubierto aquellas páginas con su escritura dislocada dormía en el fondo de una de sus habitaciones. y era el padre de Andrés, que Tota había amado... Alain, en aquel minuto, tuvo la sensación casi física de ese parentesco de las almas entre ellas, de esas alianzas misteriosas en las cuales estamos todos comprometidos por los pecados y por la gracia. Lloraba de amor por los pecadores. Un silbido de locomotora atravesó la noche. Las ruedas del tren rechinaban sobre los rieles. El vapor se escapaba ruidosamente. Alain pensó: «El tren de las nueve entra en la estación». ¿Qué le importa la llegada del tren? De pronto, una tristeza aplastante pesó sobre él, al punto que tuvo que apoyar la cabeza en la mesilla y que su frente llegó a tocar el pequeño cuaderno azul.

El tren avanzaba en medio de la espesa lluvia. Nadie en el andén, aparte del jefe de estación con su capa, el guardavías que agitaba una luz y Gradère, cuyo paraguas le ocultaba el rostro. Marchó rápidamente hacia una dama corpulenta que descendía con esfuerzo de un compartimiento de segunda, donde se encontraba sola. De la tercera clase llegaba un cacareo de jaulas de gallinas. La partida se iba a jugar en aquel momento. No había sido más que un juego imitar la voz de Aline por teléfono... Pero aquél era el momento difícil. Era necesario que Aline escuchase sus explicaciones. Tal vez se negara a escucharle. Si hubiera podido prepararla con un telegrama para el encuentro... Pero desde la oficina de Liogeats hubiera sido una locura, y un viaje a Burdeos hubiera parecido sospechoso. Su telegrama hubiera servido como pista en la investigación... Era demasiado ya haber tenido que llamarla desde Lyon, aquella misma mañana, imitando la voz de Aline... (no había ningún otro medio de impedir que Catherine fuese a la estación...) No todo era mejor así. Lo esencial era la entonación: sí, se trataba de encontrar el tono.

—Sí, yo soy. ¿Te dejo cortada? No te inquietes... Te contaré: Catherine está enferma, treinta y nueve de fiebre. Y el viejo tuvo que descubrir el juego...

Aline, petrificada, lo escuchaba sin encontrar una palabra.

—Vamos, no te quedes bajo la lluvia. ¿Qué? Ya lo sé todo: ese complot para que me case contigo y deje limpio el terreno... Grandísima tonta: ¡yo estaba resuelto a casarme contigo! Sólo que, permíteme que te lo diga: ha sido un error mezclar al viejo Desbats en nuestros asuntos.

Aline recobró su espíritu. Le asió del brazo para abrigarse bajo el mismo paraguas:

«Le han hecho tragar esa píldora —pensó ella—. Han encontrado que esto es más simple... No es mala idea...»

Ella dijo:

—¡Oh!, ya sabes que a mí el casamiento... no me preocupa ya. Quiero pensarlo.

Gradère dejó escapar un profundo suspiro. Estaba salvado, ella perdida. Como lo había hecho la noche de su llegada, dio el billete de Aline al empleado y dio vuelta alrededor de la estación.

— Pero, dime —preguntó Aline a quemarropa—, ya que estás al tanto de todo, ¿por qué no viniste con el auto? No había razón...

—Andrés salió en el auto y no había vuelto todavía. Por suerte le vino al espíritu la explicación más simple.

Aline gruñó: «¡Qué se le va hacer!», se aferró a su brazo, torciendo sus gruesos pies en los charcos. Él respondió:

—Diez minutos de marcha apenas; iremos por el atajo para acortar...

Siguieron el camino de serrín y de cortezas entre las pilas de maderas, que terminaba en la extremidad del pueblo. En lugar de doblar por el camino, Gradère tomó un sendero que iba a lo largo de las primeras casas de Liogeats y se introducía entre los árboles. Observó imprudentemente:

—Es el atajo...

Hubiera podido no decir nada, pues la mujer no miraba más que sus pies para evitar los charcos y los agujeros. Fue un error llamar su atención; ella lo obligó a levantar el paraguas y se inquietó al encontrarse ya en pleno bosque, alejada de toda casa.

—Vamos a salir a la avenida del castillo —dijo Gabriel—. ¿Te das cuenta de lo agradable que son estas tierras arenosas con semejante tiempo? Beben toda el agua. ¡Date cuenta de lo que debe de ser el camino! Un río de barro... Aquí no te mojas los pies...

—¡Sí! —protestó Aline—. Estos benditos helechos echan la lluvia en los zapatos como con cuchara. ¿Es que comienza a llover?

—No, es el viento, que hace caer el agua como si lloviera.

Sin embargo, eran verdad golpes de agua que las ráfagas les echaban contra la cara.

—¡Caramba! —gimió Aline—. Estoy reventada. Tengo la falda pegada a los muslos. ¿Estás seguro del camino? ¿Estamos aproximándonos!

Sin duda él no escuchó, porque tampoco respondió.

Se esforzaban en un camino de arena invisible. Era imposible evitar las raíces contra las cuales chocaban.

—¡Qué oscuro está, Gabriel! ¿No te habrás perdido? ¿Por qué no me respondes?

Ella trató de separar el brazo que apretaba el suyo como lo hubiera hecho con una mujer querida. No, no se había perdido; caminaba rápido, como un hombre que sabe adónde va y ella trotaba a su lado, viejo animal asmático.

De pronto ella se detuvo, con los tacones torcidos metidos en la arena. Su brazo izquierdo apretaba un tronco.

—¡No —dijo ella—, yo no avanzo más!

Perdida en el gemir del viento y el estrépito de la lluvia, su horrible voz cascada gritó:

—¡Socorro!

A cincuenta metros, ningún oído humano hubiera podido escucharla.

—Estás loca, ¡pobrecita! —dijo Gabriel con el tono más tranquilo—. Hemos llegado: ¿no ves allí los últimos pinos? ¿No ves ese espacio de cielo? Aquello blanco que aparece, allí está la casa.

Ella recobraba el aliento, agarrada a su árbol, abriendo desmesuradamente los ojos: ¡pero sí, era verdad! El bosque parecía terminar. Los pinos se detenían allí donde debía de comenzar el jardín... Claro: un murallón blanco se levantaba. Era un murallón... Ella tragó aire.

—¿Te das cuenta de cómo me das miedo, puerco? —murmuró casi tiernamente—. Ya sabía que no habías olvidado la habitación de la calle de Lambert, en Meriadeck. ¿Te acuerdas de que te curaba como a un hijo? ¡Cuánto he gastado por ti! Todo mi dinero se me iba en ello... Nos queríamos entonces, ¿eh, Gabriel?

Caminaba ya con confianza y precedía a Gabriel. Se apresuraba hacia el fin de la pesadilla, pero de pronto se detuvo.

—No es una pared —gimió—. No distingo ni el tejado ni las ventanas. ¿Dónde me llevas, querido? ¿Dónde estamos?

—Es la entrada del parque. Nosotros llamábamos este sitio «la roca» en nuestra infancia. ¡Cuántas veces hemos rodado por aquí las pequeñas Du Buch y yo! —¿Rodado, Gabriel? ¿Por qué rodado?

—Mira, observa: no tengas miedo.

Se encontraban al borde de un acantilado que dominaba un mundo confuso: a pesar de la noche, a causa de la blancura de la arena, Aline percibía un caos en miniatura, montañas minúsculas, cráteres.

—Es un arenal abandonado —explicó tranquilamente Gabriel—. Hemos llegado.

—¿Llegado? —balbució ella.

Él se había desasido. ¿Dónde hubiera podido huir! Estaba tranquilo. Separó sus pies y dejó correr su presa, un poco, a la distancia de un salto.

—Si, querida, nos quisimos mucho en la calle de Lambert; y desde entonces... también me has desplumado bien... No es un reproche: pluma a pluma. Y una vez arrancada la última, después de veinticinco años, ¿qué has querido hacer de tu viejo pollo, hermosa mía?

Ella se volvió y se puso a correr bajo los árboles, pesadamente. Él no la perseguía. Penetró en las malezas negras hasta que se abatió con un grito bruscamente interrumpido. Se hizo la muerta. Así permaneció un largo minuto. Ningún otro ruido más que aquel inmenso chorrear, aquel rumor de cimas atormentada M, y sus dientes que castañeteaban. Tal vez él hubiera perdido su rastro. Tal vez errara en las tinieblas. Pero de pronto un viro rayo rasgó las tinieblas, cayó sobre ella, y se apagó luego. Algunas ramas se quebraron. La voz aterradora se elevó muy cerca de ella:

—Son cómodas las linternas de bolsillo, ¿eh?

Con sus dos manos la asió de los tobillos la enganchó a su cuerpo. Estaba entre sus piernas como entre las varas y la arrastraba y ella se aferraba a las raíces, a los troncos, a las espinas. Un gemido se escapaba de su boca: no podía gritar más. Al fin se detuvo:

—¡Arriba, chiquita!

Y como ella no se movía, dio al azar puntapiés en la masa de aquel cuerpo obeso que de pronto se levantó. Habían llegado al borde del arenal. Entonces la tomó del talle, la apretó contra sí como para bailar, y con el tono más natural dijo:

—Aline, en este sitio, cuando éramos chicos, tomaba de la mano a cada una de las Du Buch; yo les decía: «¡Apriétame muy fuerte!» y luego bajábamos, a toda velocidad... ¡mira: así!

Y la empujó hacia la pendiente, por donde cayó aullando. Pero él, con una brusca rabia, la empujaba con los pies y las manos como hubiera hecho con un barril. Estaba ya sofocada, semidesvanecida, cuando llegó al término de la pendiente. Él se echó sobre ella, cómodamente, aplastándola con todo su peso, y el acto de apretarle el cuello, tan a menudo cumplido en la imaginación, lo acabó al fin sin dificultad. Una fuerza prodigiosa animaba sus dedos, que hubiera podido aflojar mucho antes de lo que lo hizo. Sin la lluvia que lo helaba, todavía estaría allí. No se cansaba de estrangular.

Recobró el aliento antes de acabar su trabajo. Estaba completamente mojado: lluvia y sudor. Comprobó que nadie, desde la noche anterior, había separado las tablas que ocultaban la gruta en la cual antes se abrigan los obreros. Penetró en ella, alumbró con su linterna de bolsillo: la bendita lluvia se había filtrado no sabía por dónde, y se había acumulado en la fosa que había abierto la noche última: «Va a tomar su último baño...» ¡Qué fatiga de pronto! Entró nuevamente entre las varas, se unció a las piernas, más livianas todavía. Lo que arrastraba no se agitaría más. Ella perdió uno de sus zapatos. Era necesario volver atrás con la linterna de bolsillo. No seguir adelante sin haberlo encontrado... Allí estaba con su tacón torcido.

El esfuerzo exigido no contaba ya frente al trabajo que se había tomado la noche última. Cubrir no era nada... Cavar: ése era el asunto. Pero así y todo le faltaba el aliento, tenía los brazos rotos, las corvas doloridas. Acumuló otra vez, en el lugar de la fosa, la paja podrida que había allí, los viejos helechos... Nadie entraba nunca en aquel reducto. ¿Y la pala? Retiró el mango y lo enterró. Y por lo referente al instrumento mismo, él conocía un pozo, en el Balion, donde nadie iría a buscarlo. ¡Cuánto trabajo para volver a subir la pendiente! Llovía aún. Gradère utilizó sus últimas fuerzas... como si alguien lo hubiera llevado hasta allí... En adelante no tendría necesidad de nadie. Caminó en tinieblas, apretando contra sí el hierro de la pala, que le cortaba los dedos, entró en el camino que siguiera en un hermoso claro de luna la noche de su llegada. El mundo de las apariencias no se manifestaba aquella noche más que por el barro viscoso, por las aguas eternas que lo recubrían. El puente del Balion: era necesario descender todavía, hundirse hasta los tobillos en la pradera de la cual arrancó sus pies con un ruido de ventosa. Arrojó la pala al arroyo, volvió al camino; ya tenía el aspecto físico del criminal. Había vaciado su odio. El odio acumulado en él, gota a gota, desde hacía un cuarto de siglo, había huido de golpe. ¡Cómo dormía, a los veinte años, en la habitación de la calle de Lambert! Volvía a ver, sobre el papel despegado, las manchas de sangre oxidada de los mosquitos y de las chinches. Y espiaba la partida del cliente de Aline para ir a calentarse en su habitación... y después ¿qué? Él había matado para que no lo matasen. ¿A qué buscar excusas?

Pero la potencia del crimen no lo sostenía. Un miedo horrible dominaba poco a poco los movimientos confusos de su pensamiento. Una impresión de soledad, tal como nunca la había experimentado, lo aplastaba. ¡Solo! ¿Qué se había hecho de la presencia ardiente en él? ¿Dónde estaban aquel guía oscuro, aquella voz insidiosa, aquel consejo siempre presente? Hasta entonces había sido como un ciego: apretaba con fuerza la trailla y el perro tiraba. Pero el perro había roto la cuerda, los ojos del ciego se habían abierto y lo veían todo a pesar de las tinieblas.

Quedaba por esperar la jauría. Iban a buscar, a olfatear, a encontrar huellas; los ladridos se aproximarían. Aparecería el primer signo, unas líneas en el diario, alusiones a un testigo sospechoso. Se hablaría de comisión interrogadora. Se le interrogaría: una hora, dos horas, toda la noche. Los verdugos se relevarían. Darían cuenta de él por agotamiento. Y toda su vida aparecería de pronto, toda

su vida atroz... ¡y Andrés se enteraría de todo! Pero si Aline hubiese tenido éxito en su golpe, su hijo lo hubiera de todas maneras sabido...

Se hubiera acostado en medio del camino, de no caer aquella eterna lluvia. La casa del cura. ¡Ah, si osara llamar a su puerta! Se inclinó sobre el umbral mojado y sus manos lo acariciaron. Lo tocó como si fuese un rostro, sintió las arrugas bajo sus dedos.

XV

La casa estaba dormida. Llevaba sus zapatos en la mano: dos bloques de barro. Bajo la puerta, una línea de luz. ¿Habría dejado la luz encendida? Abrió. Alguien estaba de rodillas ante la capilla de Adila. Mathilde se levantó, lo miró sin decir una sola palabra. Le agradó que ella estuviese allí. Tiritaba.

—Tengo frío, deja que me meta en la cama.

Hablaba con tono implorante. Como un pobre. Arrancó de su cuerpo las empapadas ropas. Ella volvió la cabeza, sintió aquel olor a lana mojada, a sudor. Él se subió el edredón hasta la cara. Mathilde no distinguía más que un bulto tembloroso, mechones blancos. Él dijo:

— Llévate mis zapatos y quítales el barro. Esconde mi traje.

Ella pudo hablar al fin: ¿Qué había hecho? ¿De dónde venía? Él contestó:

—De la Roca... ¿Te acuerdas? Os tomaba a cada una de la mano, a Adila y a ti... —y de pronto, en voz baja—.Defendí mi pellejo... tenía derecho, ¿eh?

Hizo la pregunta con tono suplicante. Su cara surgió de las sábanas, una cabeza de viejo. Mathilde preguntó:

—¿Soy tu cómplice entonces? ¿Soy tu cómplice? —repitió con extravío—. Claro, puesto que yo sabía...

—Nadie nos ha visto... Ella vivía en una habitación amueblada... Estaba peleada con la dueña y nunca decía adónde iba. Las cartas de Symphorien que encontrarán, no llevan ninguna indicación. Y no será él quien quiera mezclarse en el asunto si estallara. En todo caso, lo disuadirías. Aline estaba sola, bien sola. Buscarán, me interrogarán sin duda... Pero ¿qué? Yo estaba aquí...

—¿Y el marqués de Dorth? —preguntó de pronto Mathilde—. Él lo tramó todo, debe de estar al tanto del viaje, del billete? Siempre lo ven a uno. Hay siempre alguien que te ve y como te odia ...

Gabriel contuvo un grito, se enderezó sobre la cama: ¡era increíble, no había pensado en el marqués!...

— Pero no tienen pruebas. Yo negaré...

Mathilde, insistió:

—¡Vamos! ¿Crees tú que no encontrarán rastros del viaje, del billete? Siempre lo ven a una. Hay siempre alguien que ve.

Él balbució:

—No me moveré ... Esperaré aquí, al abrigo ...

Mathilde se sentó en la cama, y sin mirarlo, le preguntó:

—¿Qué has hecho de esa mujer?

—Discutimos. Venía para perderme, ¿no es verdad? No tenía yo la intención... Pero cuando la vi tan cínica, la cólera se apoderó de mí...

Mentía ya, litigaba ya, pensaba en las circunstancias atenuantes:

—La prueba es que no llevaba conmigo arma alguna.

—Sí, pero ¿por qué saliste la noche última con una pala?

Levantó hacia Mathilde los ojos, llenos de terror y de odio:

—¿Qué? ¿Me espías tu también? Entonces ¿qué? ¿Me vas a entregar? Pon atención, pequeña...

Ella puso un dedo sobre su boca. Escuchó en el corredor el ruido de un estornudo reprimido. Entreabrió la puerta:

—¿Eres tú, Catherine? Sí, Gabriel me llamó. No se sentía bien, tiene la fiebre de un caballo. Quisiera ponerle ventosas. Están en la habitación de tu padre, creo. ¿Podrías traerlas sin despertarlo?

Gradère escuchó la voz de Catherine:

—No parecía enfermo antes...

—Se acostó al levantarse de la mesa. Tiene cerca de cuarenta grados.

Catherine dijo que iba a buscar las ventosas. La puerta quedó entreabierta, Gradère dejó escapar un suspiro de alivio, pues Mathilde había entrado en el juego, había comenzado a mentir. Ella colocó la ropa mojada sobre el radiador del cuarto de baño. Catherine volvió con las ventosas. Mathilde le dio las gracias a través de la puerta entreabierta, esperando que la joven se alejara, extendió un diario en el suelo y con una vieja plegadera de metal raspó la tierra de los zapatos. Como Gabriel balbuciera palabras de gratitud, ella gruñó:

—Es por Andrés...

Que fuera por Andrés, ¿qué le importaba? No estaba solo. Por el momento, no quería nada más: era un pingajo. Cuando ella le interrogó a quemarropa:

—¿Qué esperas hacer? En fin, ¿tenías un plan? Claro que tenía un plan: meterle miedo al viejo, sí, hacerlo morir de miedo... ¡Parecía cosa de broma!

—Compréndelo: Aline no hubiera llegado, no hubiera respondido a sus cartas... Él no hubiera tenido ninguna prueba contra mí... Sólo hubiera sentido que yo era el más fuerte, que yo dirigía el juego. No lo hubiera soportado...

Mathilde se encogió de hombros: ¡era infantil! En todo caso las circunstancias eran las que se había buscado. ¿Qué había cambiado!

—No soy el mismo, Mathilde. Esto me ha liquidado... No, no era infantil. Yo sé lo que digo: hubiera dado cuenta de él, y pronto, y sin tener que meter las manos...

—¡Miserable! ¿Crees que te hubiera dejado actuar?

Ella comprendió que la protesta llegaba demasiado tarde. Pero, por otra parte, no tenía importancia: Symphorien estaba a salvo. Y el hombre cuyos dientes castañeteaban no podía hacer daño a nadie más. Sin embargo, él recobraba su confianza, machacaba:

—Entonces me has hecho meterme en cama al levantarnos de la mesa, me has curado, no me has dejado solo. Es una suerte que Catherine no me oyera salir ni tampoco Gercinthe, sorda como es, y que las sirvientas duerman fuera de la casa. No entré en la estación. Estoy seguro de que mi paraguas me ocultaba completamente. El jefe de estación y el guardavías tenían puesto el capuchón y no pensaban más que en resguardarse.

Ella lo escuchaba con oscura decepción. ¿Qué había esperado de aquel cobarde? ¿Qué le faltaba, de pronto, frente a aquella criatura vaciada? Ella se había apoyado en él, tenía un aire de poder; prometía la felicidad; empujaba por un camino fácil, sin falta grave, sin nada que hubiese que confesar. Y, sin embargo, el fin le había parecido hermoso, como ella no hubiera osado imaginarlo.

¿Era su crimen lo que Mathilde no le perdonaba? ¿Su desprecio hubiera sido tan grande si el miserable hubiera regresado glorioso y arrogante por lo que había cometido? ¿Tenía horror del criminal, o del vencido?

—¡Pero, Mathilde! Me acuerdo ahora: ella no estaba en relaciones directas con el marqués de Dorth... Ella misma me dijo que sus relaciones eran muy complicadas: tanto era su temor al escándalo. Todo se llevaba entre ellos mediante intermediarios. Podemos estar tranquilos por ese lado: no se moverá.

—¿Para qué ese epílogo? —interrumpió duramente Mathilde—. No queda más que esperar los acontecimientos. Si no pasa nada... las cosas continuarán como si no te hubiéramos visto en Liogeats... Es curioso: la idea que yo me había hecho de ti... Yo sabía quién eras, pero te atribula, me doy cuenta ahora, no sé qué poder, qué fuerza... ¡Cuán ingenua era! Sea como sea (no quiero saberlo, no te creo una palabra de lo que me has contado y te prohíbo que abras la boca delante de mí sobre este asunto), eres sólo un hombre que no piensa más que en su pellejo, que no aguanta y que pierde su cabeza: un miserable.

Gradère estaba sentado en la cama y la observaba en silencio. No tenía ya frío. Se recobraba. Pensando lo peor, el testimonio de Mathilde lo salvaría. La sangre volvía a sus mejillas. La calma le volvía lentamente. El reptil, resguardado y al calor, estiraba su pequeña cabeza plateada por encima de las ropas de la cama. Reaccionaba violentamente ante el desprecio de Mathilde. No se había engañado. Ella había mordido el anzuelo con una avidez que no había previsto, que le sorprendía a sí mismo. No, no la decepcionaría. Era necesario que no se decepcionara. Él seguiría su camino. Todo lo que Mathilde esperaba de él, lo cumpliría. Por suerte, ella no le había manifestado ternura: hubiera podido acrecentar su terror, debilitarlo... Pero aquella piedad despectiva lo aguijoneaba, lo empujaba hacia adelante, le permitía vencer su agotamiento... La muerte de Aline no tenía ninguna importancia. Él lo sabía. Una borracha inmundada había entrado en la nada. Una culebra se traga a un sapo. ¿La ejecución de aquella noche ocupaba un lugar señalado en el orden universal? Sin duda él había puesto demasiada pasión, ¡pero no se suprime en frío a una mujer!

—Mi pequeña Mathilde —dijo después de un largo silencio—, me juzgas por un desfallecimiento sólo físico. Tranquilízate; ahora iremos hasta el fin.

Ella protestó con violencia: ¿por qué «nosotros»? ¿Qué tenía ella que ver con todo aquello?

—Eres una hipócrita, querida, como todas las mujeres... Pero me da igual: no por eso dejas de haberme devuelto el sentido de la responsabilidad... Sí, ¡hacia ti, hacia Andrés!

Simulaba no escuchar sus protestas y continuó:

—¡Oh!, por otra parte, de momento es necesario esperar: las circunstancias dictarán nuestra conducta. Si nada sube a la superficie, los dominaremos, y pronto... Si me interrogan, me las arreglaré gracias a ti... Estoy protegido...

Mathilde preguntó en voz baja:

—¿No pueden descubrir... en fin, el lugar donde ella está?... ¡No, no me lo digas! Simplemente: ¿estás tranquilo respecto a eso?

Él sonrió en el vacío:

—Nada nos parece más misterioso —dijo—, nada nos parece más oculto que ciertos sitios donde hemos jugado cuando niños. ¿Te acuerdas de nuestro estupor el día que descubrimos una trampa para pájaros en la «isla desierta», en medio del Balión, que nosotros llamábamos *la Bella*? Pues bien, el lugar donde ella está me parece tan inaccesible porque nada pasó allí, creo, desde la época en la cual os llevaba a cada una de la mano, Adila y tú, y os empujaba hacia la pendiente...

—La Roca... —dijo Mathilde en voz baja.

—Sí, la Roca: un cementerio del cual no era digna. Somos nosotros, nosotros tres los que deberíamos reposar allí, en aquella arena suave y caliente para nuestros pies desnudos... En fin, es necesario esperar. Pero no puedo hacerlo todo: vigila a Andrés, me tiene inquieto.

—Es siempre el mismo.

—Es una naturaleza simple, animal (lo digo sin injuria), de aquellas que en amor soportan todo menos la separación, la supresión, de aquellas, sobre todo, que no temen la muerte... porque la muerte no representa nada positivo en su pensamiento fuera de aquello a lo cual aspiran: no sentir una ausencia sin regreso. En fin, vigila.

Mathilde, con una mano en el picaporte, se volvió para decir:

—¡Lo conozco mejor que tú, tal vez! Padece una decepción de orden sensual.. es posible. Pero en cuanto a creerlo apasionado, capaz de sentimientos violentos, permítame que sonrío. Y, además, no se trata de eso. ¿Cómo osas tú, esta noche...?

Cuando ella salió, Gradère se dio cuenta de que, en efecto, acababa de hablar de Andrés como si nada hubiera pasado. Las cosas no tienen casi importancia en sí mismas. Lo esencial era tener ese tono ligero y despegado si la justicia trataba de acosarlo en algún momento. El sueño en el cual se sumergió de súbito, daba la medida de su agotamiento. El cuerpo de Aline, a la misma hora, no podía ser más ciego ni más sordo que aquel hombre molido, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. Las manos, que ni siquiera se había lavado, las tenía cruzadas sobre el pecho.

XVI

Fue el pequeño Lassus quien entregó aquel papel de parte del señor cura.

Gradère escrutaba el rostro de la sirvienta, el primero que afrontaba... Tenía su aire habitual. Se tranquilizó. Pero la carta lo inquietaba: había estado loco confiándose al cura en las circunstancias actuales, sobre todo fuera de la confesión. Sí, pero el secreto de contestón se extiende a todas las confesiones que el sacerdote recibe como tal. No temía que el cura interviniera jamás como testigo a cargo. ¡Qué repugnancia, sin embargo, abrir el sobre! ¿Un simple acuse de recibo tal vez? Se decidió a leer: ¡Frases todas hechas, frases de cura!

«Por recargada que esté una vida, la historia no podría sorprender a un hombre que conoce a los hombres. Y es demasiado decir: un hombre que se conoce a sí mismo, y eso basta. No nos sorprendamos de nada, señor, salvo de esta maravilla: bastaría que usted me dijera de rodillas, con el espíritu penitente y de arrepentimiento, todo cuanto dice el pequeño cuaderno, para que no subsista ni un solo grano de ese bloque que lo aplasta, y para que entre el alma de un niño y la suya no haya más diferencia que la de algunas cicatrices.

»No, usted no es maldito; ningún ser viviente es maldito. Tome conciencia de esa gracia sorprendente con la cual usted se beneficia: piense que la mayor parte de las almas piadosas viven y mueren santamente sin conocer de lo sobrenatural más que aquello que la fe les revela. ¡Pero usted, señor! Si existe ese enemigo de Dios y de los hombres, todo el resto existe también; y ¿cómo no cae usted de rodillas? La historia de su mujer, de esa Adila por quien usted se salvará tal vez, me ha abierto los ojos, a mí, cura indigno a quien la lectura del cuaderno (lo confieso para mi vergüenza), me había turbado primero: es el fin lo que necesitamos ver; nuestra muerte aclara nuestras vidas. Esa pobre alma no se habría elevado tan alto si usted no la hubiera llevado tan bajo. ¿Hubiera dado su medida sin el pecado? ¿Comprende usted (¡pero sí, usted lo ha puesto demasiado bien en evidencia!), que usted ha sido, que usted es eternamente el esposo de una mártir, de una santa?...»

Gradère, a medida que leía, sentía crecer en sí esa rabia que no sofocaba largo tiempo. No pudo leer más allá de las palabras: *santa, mártir*, rompió la carta y arrojó los trozos a la chimenea. Parado frente al espejo, hombre endeble, en pijama, con los cabellos erizados, respiró fuertemente: algunos estertores de bronquitis. El paño era bueno; de nuevo la vida afluyó a él, y más que la vida, una juventud misteriosa fermentaba en sus venas. No había nada para lo cual no se sintiera capaz, ninguna empresa que no tuviese la seguridad de llevar a buen fin. Cuando Mathilde entró, se sorprendió al verlo vestido, listo para la lucha. Golpeó con sus dos puños su pecho y dijo alegremente:

—Un resucitado, ¿eh?

Ella no respondió y le volvió su rostro amargo y desesperado. No había dormido. Sus mejillas estaban veteadas de manchas amarillas.

—Si hubieses estado enfermo, te hubiera cuidado —dijo al fin—. Puesto que te veo curado, debo advertirte que no volveré a poner los pies en esta habitación y que no quiero recibir más confianzas tuyas. Todo lo que puedo es hacer caso omiso de ti, olvidar lo que sé. ¡Que Dios tenga piedad de mí! Pero ahora, no esperes que yo dé un paso más...

—Entonces, ¿qué? ¿En el momento de llegar al fin te desinflas?

Cuando ella llegaba a la puerta, él pronunció a media voz: «Andrés...» Ella se volvió, furibunda:

—Me lo has quitado... lo he perdido, sí, perdido. Era mi hijo, era mi niño querido. Viniste tú, has

turbado lo que era puro, nos has envenenado. Y ahora él huye de mí. No puedo tener dudas: esta mañana quise entrar en su habitación y me echó. Verme le resulta horrible. ¿Qué le has insinuado respecto de mí? Lo adivino: lo que me insinuaste a mí misma una noche; eso que disimulas bajo cada una de tus palabras. Y por ello no osamos mirarnos frente a frente... ¡Y en qué momento! Cuando el muchacho está abandonado por esa criatura; cuando se siente amenazado por todo lo que va a surgir de un momento a otro, pues tu crimen será descubierto, ¡miserable! Siempre se encuentra a los asesinos.

Gradère la cogió de ambos brazos y la sacudió:

—¿No terminas? Te van a oír... ¿No ha sido un caso de legítima defensa? ¡Idiota! ¿Crees que no existen más crímenes que los de los diarios? ¿Conoces la cantidad de muertes impunes? Yo sí la conozco: hay infinitamente más peces en el mar que en las redes de la policía... Tú no conoces, cuando bulle fuera de todo alcance, en las grandes profundidades.

Ella no lo escuchaba, aun cuando permanecía parada junto a la puerta, ciñendo alrededor de su cuerpo, bello y pesado, la vieja bata y con la mirada fija. Movía la cabeza y balbuceaba:

«Yo no quise... yo no quise... No comprendo cómo... y nadie que me ayude... ¡nadie!»

—¿Nadie que te ayude?

Suavizado, él la observaba con triste ironía.

—¿Nadie que te ayude? —repitió—. ¡Ciega!

Ella creyó que él hablaba de sí mismo y le contestó que no quería que hubiese entre ellos la menor connivencia, que rechazaba con repugnancia todas sus sugerencias, que él le producía horror. Tal vez esperara que la golpease. Pero sin desistir de su calma le aseguró que era en otro en quien pensaba:

—Es el caso de recordar las palabras: «Hay en medio de ustedes alguien a quien no conocen...» Se nota que he estado en el seminario, ¿eh? Hay en Liogeats alguien a quien tú no conoces. Vete a verlo; a él te permito que se lo digas todo, todo, ¿has entendido? Aun aquello que se refiere a lo pasado esta noche.

Ella creyó que divagaba. Pero cuando, con voz indiferente, él hubo pronunciado el nombre del padre Forcas, pareció turbada:

—Es muy mal signo —dijo— que hables bien de él.

Él murmuró: « ¡Idiota!» y de pronto estalló furibundo:

—Tienes razón: no vayas. ¿Dónde tenía yo la cabeza? Él está abrumado de ridículo, de vergüenza. Es cobarde: lo cubren de escupitajos, y se calla. Lo llevarían al matadero, y no lanzaría el más mínimo balido. Los otros le cargan todos los actos inmundos que ellos mismos realizan, y él consiente. Resiste al deseo de gritar que no es él: es un pobre desecho humano, un sufrido del que todo el mundo se burla, y no encuentra nada que responder. Totalmente solo en su iglesia, se limita a rezongar sus «oremus», y sus buenos feligreses, como tú misma, huyen de él, y lo desprecian. y hasta sus superiores tienen sospechas de él, pues es un motivo de escándalo... ¿Qué?... —agregó pasando la mano sobre sus ojos con extravío—. ¿Qué? ¿Qué dices?

Se dio cuenta de que Mathilde había abandonado la habitación.

XVII

El jueves por la noche, el tren llegó con mucho retraso. Eran cerca de las diez cuando Desbats escuchó al fin el jadeo que acechaba, los bruscos escapes de vapor. Las ruedas patinaron sobre los rieles. Pasados veinte minutos, Aline subiría la escalera. Una hora después todo habría terminado. ¿Sospechaba algo Gradère? Catherine aseguraba que no se le veía más que en las comidas. Pero no era hombre que se dejara pasar el nudo corredizo sin defenderse. Perdido por perdido, ¿ante qué retrocedería?

El viejo temblaba de miedo. Creemos que, premeditados, los acontecimientos obedecerán a nuestra voluntad, pero al término surgen con un rostro extraño, hostil, y no los reconocemos. Era necesario admitir que Gradère sería sorprendido en pleno sueño... Era no contar para nada con ese instinto de adivinación que la necesidad desarrolla y ejerce en esa especie de seres.

Desbats fue a la ventana, separó la cortina. Pero las persianas exteriores estaban cerradas y retrocedió ante el esfuerzo de abrirlas. Entreabrió la puerta, avanzó por el corredor, alumbrado a medias por la araña del vestíbulo, bajó algunos escalones, se inclinó sobre la baranda. Vio a Andrés sentado frente a la mesa donde estaban acumuladas las revistas; tenía los brazos cruzados sobre un diario abierto y oculta su cara.

El viejo volvió a su sillón: el aliento corto, menos por los movimientos que acababa de realizar que por el terror de lo que se preparaba. Al ruido de pasos sobre la escalinata, temió que su angustia lo matase. De nuevo se puso en pie, apoyado en el respaldo del sillón. Catherine entró, sola.

—No había nadie —dijo.

—¿Has mirado bien por todas partes? Esa ladrona a lo mejor bebió y se ha quedado dormida...

Catherine aseguró que había visitado todos los compartimientos uno por uno. No había, por otra parte, ningún viajero ni en primera ni en segunda. Desbats respiró: el plazo aumentaba, esa noche no pasaría nada. Se tranquilizó:

—Seguirá enferma... Lo que me asombra es que no haya telegrafiado. Tal vez juzgara que sería imprudente. Y además, con una mujer así no se puede contar para nada. ¿No crees que es así, pequeña?

Observaba el rostro, sombrío y pensativo, de Catherine. De pronto dijo:

—¡Tú sabes algo!

Ella hizo un gesto de negación, pero dudando. Él insistió en que hablase.

—¡Te inquietas!; Te agitas! —murmuró ella—. ¿Me prometes ser razonable? ¿Que no se te subirá a la cabeza!

Ella misma no conseguía disimular su tortura.

—¡Pues bien, es esto!... el tren venía con gran retraso, y hablé con muchas personas que esperaban los diarios... en particular con la mujer del correo, la señora Pibeste.

Se interrumpió. Escuchaba la respiración sibilante de su padre. Hubiera sido necesario tener el valor de ocultárselo... Pero lo mejor era acabar pronto.

—Llegué a hablarle de las comunicaciones telefónicas con París. Me dijo que en Liogeats no había muy a menudo ocasión...

Symphorien había adivinado. El golpe había sido recibido ya cuando Catherine pronunció:

—Nadie me llamó desde París el lunes pasado. Estuve en comunicación con la central de Lyon.

El viejo permaneció algunos instantes sin poder responder. Murmuró. «Pero ¿la voz? La voz flemosa...» Catherine se encogió de hombros: ¿no recordaba él acaso que un día Andrés había dicho que su padre las imitaba todas a la perfección?

—Entonces... entonces... tal vez llegara el lunes por la noche. ¡No! ¡Qué tonto soy! Él le habrá telegrafiado desde Lyon, firmando con mi nombre... para impedir que venga.

Catherine respondió: «Sí, es posible...» Pero él comprendió que ella no creía en eso. Entreabrió la puerta: un ligero ruido llegaba desde la planta baja.

—Es Andrés, que fabrica cartuchos —murmuró ella—. A ése también será necesario vigilarlo. Advertí a mamá anoche. ¿Sabes lo que respondió? Que él la rehuía, que bastaba que ella entrara en una habitación para que saliera él.

—Tu madre... —interrumpió Desbats.

—¡Sí, claro! Ella es quien nos traicionó. ¡Esto te enseñará! —continuó Catherine con rabia.

Tras un largo silencio agregó en voz baja:

—En la noche del lunes al martes estaba en la habitación de Gradère, según dijo, para cuidarlo. Estaba enfermo, me afirmó; debo decir que lo vi muy cobrado y parecía, en efecto, tener fiebre, según pude juzgar desde el corredor. Tuve que llevarle las ventosas.

—Y si hubiera salido después de cenar, ¿lo hubieras escuchado?

—No necesariamente... Recuerda: estábamos bastante descuidados esa noche. Estaba tan contenta de no tener que ir a la estación, con aquel tiempo de perros...

—Si esa mujer llegó el lunes por la noche como estaba convenido...

Symphorien Desbats se calló, buscó la mirada de la hija. El silencio de la noche de invierno los envolvía. Catherine quiso ayudar a su padre a meterse en la cama, como cada noche, pero él no consintió. No quería acostarse, dominado por un pánico infantil. Y con voz casi pueril dijo:

—Alguien sube por la escalera.

—¡Qué nervioso estás, pobre papá! —gruñó Catherine.

Había entreabierto la puerta.

—Es mamá que va a acostarse... No, viene hacia aquí.

Symphorien Desbats murmuró: «¡Voy a recibirla!» Se callaron, sorprendidos ante la mujer que entraba: rostro familiar y sin embargo desconocido, con ojos de sonámbula. Manchas biliosas veteaban sus mejillas. Una horquilla salía del rodete medio deshecho.

—Mi pequeña Catherine, es absolutamente necesario que con un pretexto cualquiera, vayas a hacerle compañía a Andrés, le hagas hablar, y si es necesario lo irrites, lo hagas salir de sus casillas. El silencio en el que se hunde, me horroriza.

—¡Bueno! —interrumpió Desbats—. Quédate con él y deja a Catherine tranquila. ¿Te crees que no necesito a nadie yo? ¿No estoy amenazado yo también? Te pagan por saberlo, farsante.

Se había enderezado a medias, con las dos manos en los brazos del guión, y se dejó caer. Mathilde pareció no haberle escuchado. Insistió:

—Te lo suplico, hija mía. Vete con Andrés. Te supliré cerca de tu padre.

—¡Ah, eso no! —gritó el viejo—. Para que me entregues a...

Tartamudeaba de furor y de miedo. Catherine indecisa se había aproximado a la puerta.

—No tendré el espíritu tranquilo —dijo al fin a su madre—, después de lo que has hecho... Cuando pienso que te has puesto de parte de ese hombre...

—Pero, Catherine, es el padre de Andrés, ¡vamos!

—¿Y qué más? ¿De qué se trata? ¿De dejar limpio el lugar? No hubiéramos oído hablar más de ello. Hubiera sido todo beneficio para Andrés...

—No te lo han dicho todo, pequeña —interrumpió Mathilde con vehemencia—. ¡Si no se tratara más que de hacerlo partir! Pero querían su pellejo. Esa mujer iba a entregarlo. Temo la vergüenza para Andrés... Creí que era mi deber, sin comprender que lo exponía a lo peor. Creí que su padre, advertido, partiría para salvarse, que todos nos libraríamos de él y que al mismo tiempo se pondría a buen recaudo... Creí hacer lo mejor que se podía... No podía yo prever...

Vio aquellos dos rostros tendidos ansiosamente hacia ella, aquellas miradas fijas en sus labios, en espera de lo que iba a descubrirles. Se pasó una mano por sus ojos:

—¡No, no sé nada: no más que vosotros, lo juro! Tengo miedo simplemente; tengo mis dudas.

Se dejó caer en una silla, los otros esperaban alguna palabra de más... Pero ella estaba postrada. Apenas podía comprender que Catherine disputara con su padre, en voz baja:

—Me habías jurado que no se trataba más que de hacerla partir...

—Yo no podía saber qué intentaba hacer de él esa mujer. Eso nada tenía que ver conmigo ni me interesaba.

—Todo lo que concierne a Andrés nos interesa.

—Habla por ti, pequeña tonta.

Catherine levantó la voz y dijo volviéndose hacia su madre:

—Bueno, mamá, quédate aquí mientras voy a ver lo que pasa abajo.

Simuló no escuchar a su padre que le gritaba: «Te prohíbo que me dejes solo», y bajó rápidamente la escalera. Encendió la araña del vestíbulo, atravesó el comedor, cuya puerta estaba abierta, y penetró en una pequeña pieza que, para irrisión, los Du Buch habían llamado siempre *el arsenal* porque guardaban allí las armas de caza y las municiones.

En la pared, un armero soportaba todas las especies de fusiles: desde el viejo fusil de pistón, que se cargaba por la boca y con el cual Gradère padre no había errado nunca en la caza, hasta el Lefauchaux de un bisabuelo Du Buch; luego los fusiles de percusión central, los Hammerless, los más recientes modelos... Sobre la mesa de madera blanca, Andrés depositaba la pólvora y el plomo en los cartuchos. Levantó los ojos para mirar quién entraba y no manifestó nada. Su rostro estaba adelgazado, la boca apretada, la mirada ausente: esa expresión de los animales que no quieren comer.

—El viento ha cambiado desde esta mañana —dijo Catherine—. Mañana podremos ir de caza. Si quieres hacerme algunos cartuchos...

Él fue a mirar el armario.

—Quedan más de los que necesitas —respondió con voz cansada.

—Si te molesta que te acompañe...

Él gruñó, encogiéndose de hombros:

—¡No me importa!...

Ella ni pestañeó. Él habla interrumpido su trabajo y manoseaba un cartucho vacío. Preguntó de pronto con mal humor:

—¿Qué te pasa para mirarme así?

Ella se estremeció:

—Soporto muchas cosas, Andrés. No me he mostrado muy gentil contigo... pero yo tengo que soportar muchas cosas...

—Todos nosotros...

—Lo que está más allá de mis fuerzas —continuó— es verte sufrir.

Se echó a llorar. Reconoció él la mueca de cuando ella era una chica endeble a la cual atormentaba. Pero después de tantos años en que le oponía un rostro gruñón o burlón, él había olvidado aquella cara crispada de niña. Buscaba una palabra, y ella se sorprendía de que todavía no la rechazara. Andrés dijo al fin:

—No te pongas así por mi, todo me da igual.

Y por primera vez quizá, desde que vivían en la misma casa, ella le escuchó formular un juicio sobre la vida:

—Todo es demasiado horrible, ¿no lo ves así?

¿Pensaba él solamente en la mujer amada? Su miserable padre también debía de ocupar su pensamiento. Por ese lado, se decía Catherine, ha debido de recibir un golpe en estos días. ¿Qué había pasado entre ellos para que no pudiese soportar la presencia de Tamatí? —Pero —continuó él después de un silencio—, cuando no se puede más... ¿Tienes miedo a la muerte, Catherine!

—No por mi, temo por los otros.

Y de golpe ella fue a sentarse muy cerca de él, pasó un brazo bajo el suyo. Y repetía:

—No. Andrés. no. Prométemelo... júrame...

Él estaba sorprendido por aquel ardor, un poco turbado... No lo rechazaba. Se dio cuenta de que era una mujer, después de todo. Fue ella instintivamente quien separó su brazo y fue a apoyarse en la pared, al otro lado de la mesa. donde Andrés había apoyado los codos sosteniendo su cabeza con las dos manos. Detrás, los cañones de los fusiles relucían débilmente y había en la pieza olor a grasa.

—Quisiera pedirte perdón —dijo al fin la joven—. He sido mala, odiosa... ¡Si! Sólo que es necesario comprenderme: era demasiado dura esa manera de tratarme tanto mamá y tú, como si yo no viviera... Tú no puedes saber... ¡pero todo ha terminado, ya verás! Todo lo que tengo, todo lo que pueda tener será para ti...

Él levantó su rostro. Protestó que le importaba un comino todo cuanto ella tenía, todo cuanto pudiera poseer. Todos creían allí que él pensaba como ellos: en la tierra. Su padre tenía las pruebas de hasta qué punto él se burlaba de eso.

—Claro, estoy apegado a la propiedad, soy el único que la conoce, he señalado todas las lindes y ningún vecino podrá cambiarlas de lugar mientras yo esté aquí. Y conozco a los campesinos, y ellos me conocen. No soy su enemigo. Yo sé también qué es servir. En el fondo no hay ninguna diferencia entre ellos y yo. Pero el placer de decirse: «Esto me pertenece»... si supieras, pobre niña, ¡hasta qué punto me importa un rábano!... Tengo otra cosa en la cabeza...

—¿Otra cosa? —interrumpió Catherine con su voz desagradable—. ¿Quieres decir alguien?

No te lo reprocho —continuó ella vivamente—. No, eso también, yo lo comprendería, si tu quisieras...

Él se encogió de hombros, con aire cansado:

—No se trata de lo que crees. Si pudiera tener el espíritu libre para pensar en... esa persona, no me lamentaría, porque nada estaría perdido para mí si... (dudaba, buscaba las palabras). ¡Cómo explicártelo ¡Hay ciertas penas, cuando alguna desgracia de otro tipo se apodera de mí, que se me aparecen de pronto como un placer. Estuve apenado, no te lo oculto, a causa de ella, una pena terrible. Perdóname por confesártelo...

Ella dijo en voz baja:

—¿Por qué perdón? Es muy simple; por otra parte, no me descubres nada...

Él continuó:

—Pero estoy separado de mi sufrimiento, de ese sufrimiento, por algo...

De golpe se levantó, le tomó los brazos:

—Tú, Catherine, tú que estás mezclada en todas esas historias, dime: ¿qué pasa en esta casa?

Ella se turbó y no respondió nada.

—¿Ves? No protestas siquiera...

E interpellando a Catherine en los mismo términos de que el viejo Desbats se había servido una hora antes, agregó:

—Tú sabes algo. Dime lo que sepas.

Aun cuando él no estaba acostumbrado a interpretar la expresión de un rostro captó sin embargo sobre el que se ocultaba tal compasión que se sintió abrumado.

—¿ No quieres responderme?

Pero no insistió, por terror tal vez. Fue a sentarse frente a la mesa, jugando con los cartuchos vacíos, Catherine seguía, desde lejos, la agitación de sus manos. De pronto, él habló:

—¿Comprendiste lo que era para mí? Vosotros lo odiabais, lo despreciabais, y yo lo quería contra todos. Pensaba en su vida de amor, de felicidad, opuesta a la nuestra. Todo lo que tu padre acumula él lo transformaba en placer. Es casi una locura: pensaba en mi padre como en un hermano menor. Él se ha apoderado de todo, y hubiera querido darle más aún... No es que yo sea bueno: yo le creía cuando él me decía que me lo devolvería todo centuplicado. Contaba con él, con sus lecciones, para ser amado, yo, pobre insecto. Pensaba que me quería... no por egoísmo como Tamatí... Quería mi felicidad... Te digo todas estas cosas, y tal vez me hago comprender mal... Un mal tipo... yo lo sabía... y encontraba eso hermoso. ¿Un mal tipo? Sí, un hombre que pasa su vida en amoríos, en fiestas inimaginables ... Al menos, para un oso como yo...

Catherine contuvo el aliento, temiendo interrumpirlo.

—Había, sin embargo, palabras que yo comprendía, injurias murmuradas por «Tontón» Symphorien, ciertas alusiones... Yo recubría todo eso, prohibía que mi pensamiento se detuviera allí. Pero no ignoraba la opinión que de él tienen en Liogeats... Y de pronto, la otra noche, mientras me hablaba de una cosa que tú no puedes siquiera imaginar, tan extraordinaria que yo no llegaba a comprender... Sí, de pronto, escuché a ese hombre que yo no conocía, en cuya existencia no creía. De golpe se me apareció tal como tú lo ves, como todos lo veis, aquí... ¡Qué revelación! Desde ese momento, todo cuanto me esforzaba por ignorar, por no ver, se aclaró, tomó un significado... Me parezco a un perro que olfatea, pero que tendría miedo de aquello que huele. Y todos estamos

mezclados en esa historia. Sólo que yo soy el único en jugar mi papel en la noche.

Ella se aproximó y habiéndole puesto un brazo alrededor del cuello, le acarició suavemente los cabellos, como hubiera acariciado a un animal. Él no se defendió y, en ese minuto en que él estaba sufriendo al extremo, ella sintió su primera alegría de mujer, un apaciguamiento misterioso y turbador. Osó más aún y apretó contra su hombro aquella gran cabeza ondulada.

—Pueden llegarte de su parte muchas tristezas —dijo ella al fin, en voz baja—. Vendrán y luego pasarán —agregó con ardor, con un extraño entusiasmo—. Te apretarás contra mí, te ocultarás en mis brazos!...

Él se separó de ella sin violencia.

—Yo no te quiero, Catherine —dijo—. No podré quererte nunca como lo deseas.

Ella siguió con la misma posición, los ojos cerrados, el brazo replegado como si todavía rodeara el cuello del muchacho. Esperó a poder responderle con tono apacible:

—Lo sé, eso no es nada, siempre que yo esté a tu lado, que vele por ti.

Él no la escuchaba, miraba en el vado. Y de pronto, la interpeló:

—¿Has pensado alguna vez que él podría estar loco! Sí, mi padre... Actúa a veces de una manera extravagante...

Catherine no se atrevía a preguntar: «¿Qué? ¿Qué hace?» Hubiera querido hablar de otra cosa. Pero ¿cómo encontraba sus palabras Andrés aquella noche!

—Para que comprendas, debo hacerte primero una confesión. Es tonto, me doy cuenta ahora... He querido desaparecer... No, no protestes todavía... Te vas a reír! Para no hacer historias, me vino la idea de ponerme enfermo. Sabes que me pongo malo fácilmente. Tuve una pleuresía como mi padre, y a la misma edad. Clairac quería que hiciera los servicios auxiliares, ¿te acuerdas? Para ser breve, en ese tiempo de perros;... ¡no te rías de mí! —me vino la idea de quedarme en camisa bajo la lluvia el mayor tiempo posible. Lo hice durante dos noches seguidas. Fue horrible: salía y entraba. Resultado: ¡resfriado de cabeza! Es inútil agregar que renuncié a tan estúpida idea: el día que quiera...

—Tú no lo querrás nunca, ¿eh, Andrés? Indiferente a la imploración jugaba él con los cartuchos esparcidos sobre la mesa.

—Me di cuenta de que mi padre salía cada noche... Al menos, salió durante las dos noches que pasé en el balcón, bajo el diluvio: ¿te acuerdas el tiempo que teníamos? El sábado... no, domingo y lunes... Le oí salir por la pequeña puerta del patio...

—Tú no lo viste. No pudiste verlo. No sabes si era él

Ella hablaba con voz indiferente.

Él no notó sus mejillas pálidas ni tampoco que se apoyaba en forma rara contra la pared

—¡No, claro! Pero reconocí sus pasos... ¿Quién podía salir de la casa a semejante hora?... Entonces llamé en su habitación: no había nadie. Luego lo oí entrar, y con aquella lluvia! Y al día siguiente debió de salir en seguida... En todo caso, volvió cerca de medianoche. ¡Qué barullo! Tú misma pasaste dos veces delante de mi puerta...

—Sí, estaba enfermo. En un estado como para no poner la nariz fuera, ¡te lo juro!

—Es que había tenido más suerte que yo y no se había mojado... ¿No crees que es necesario estar loco para salir al campo con semejante tiempo? No hay duda: media alguna hembra en el asunto; no es gran perspicacia suponerlo. Pero hubiera podido encontrarla en otro momento. Sin

duda que en París corretea hasta por la mañana, y luego duerme de día... No puede resistir ni aun en Liogeats... Pero, Catherine, ¿qué tienes?

Ella se había dejado caer sobre una silla. Balbuceaba:

— No es él Andrés. Es preciso que no lo hayas visto; por otra parte, tú no lo viste. No oíste salir a nadie durante esas de; noches. ¿Me lo prometes!

De pronto su pequeño rostro totalmente blanco se inclinó sobre el hombro derecho.

—¡Catherine!... Pero ¿qué tienes?...

La tomo en sus brazos, la tendió sobre un viejo diván roto en el que antes se peleaban. Ella abrió casi en seguida los ojos y los fijo en Andrés, que estaba de rodillas cerca de ella y le tenía asida la mano.

—Lo que has visto, lo que has escuchado, es un secreto entre nosotros dos, ¿eh? ¡Júrame!

En aquel momento se enderezó y prestó atención.

Un tumulto de voces furiosas acababa de estallar en el piso de los dormitorios.

—¡No, no vayas! —le suplicó—. No, Andrés... Pero él la apartó, subió de cuatro en cuatro los escalones. El viejo Desnats pegado a la pared del corredor, trataba de respirar. Gradère, con las manos en los bolsillos, se burlaba, se encogía de hombros, mientras Mathilde, enfurecida le gritaba:

—Te habías deslizado en la habitación de mi marido para atemorizarlo, para enfermarlo de miedo. y cuando digo: enfermarlo... ¡Eres un miserable!

Él trataba de sofocar su voz:

—Vamos, querida, ¿qué significa esa indignación? ¿Qué comedia representas?

—¡Ten cuidado! —gritó Catherine—. Andrés está ahí.

Pero, apretando en torno suyo la vieja bata, Mathilde volvió un rostro tumefacto hacia el joven, que se detuvo un poco atrás, en un escalón, apoyado en la baranda.

—¡Tanto peor! —gimió ella—. Es necesario que lo sepa, que termine de comprender...

Catherine le cortó la palabra:

—¿ Por qué abandonaste a papá? Te había suplicado que no lo dejases solo.

—Fue él quien me echó, Catherine; no quería estar conmigo. Por suerte tuve la idea de levantarme...

El viejo Desbats pudo al fin articular:

—Tú le hubieras abierto la puerta... ¡No nos habías traicionado acaso?... Eres cómplice de lo que pasara la otra noche. Tú estás de suparte, de parte del asesino.

Se escuchó la estridente voz de Catherine:

—Pero ¿no ves que Andrés está ahí?

La disputa se interrumpió. Todas las miradas se volvieron hacia Andrés apoyado en la baranda y que respiraba, inmóvil, como cuando el toro, con la espada en la cruz, vacila y no cae. Sólo Gradère le daba la espalda, Andrés se aproximó a su padre, le tocó en el hombro:

—¡Estás sordo! ¿No has comprendido cómo te ha calificado?

—Una de las gentilezas que le son habituales. Tú deberías conocerlo, pequeño. Si se cree que

yo soy... lo que acaba de decir, que lo pruebe, que me acusa delante de ti.

Cada uno sintió el contraste entre aquellas palabras y el tono con que fueron dichas: sombrío, desesperado. Él también se calló. Eran cinco los que estaban en el pasillo, en la mitad de la noche, todos más o menos próximos a esa verdad que sólo Gradère conocía por completo. El desgraciado permanecía con los ojos fijos, petrificado, sin darse cuenta siquiera de que todos se retiraban furtivamente. No escuchó el ruido de los cerrojos. Y de pronto se sobresaltó: estaba solo con Andrés:

—Vete a dormir, papá. Tienes fiebre.

—Sí —dijo—, he tomado frío. Creía que no era nada. Pero ahora mi temperatura sube todas las noches.

Andrés lo siguió hasta su habitación y a quemarropa le preguntó si podía entrar un instante.

—Estoy enfermo y me caigo de sueño —suplicó Gradère en voz baja—. Ven mañana por la mañana.

—Un instante, padre, y te dejaré dormir.

Entró siguiendo los pasos de Gradère y cerró la puerta. Observó alrededor.

—La habitación de mamá... Nunca la vi en esta habitación... No me acuerdo de ella más que en Bilbao y en París... ¿Dónde estabas tú mientras vivíamos en España?

Respondió que sus asuntos lo retenían en Francia, contento del cariz que tomaba la conversación.

—Tu madre, pequeño... Alguien, un cura, me escribía de ella hace algunos días: «Una santa, una mártir...»

—¿Por qué una mártir!

Desconcertado, respondió con voz maligna que los Curas exageran siempre. Rió, se encogió de hombros y bruscamente agregó;

—¡Vamos!, deja libre el lugar. Estoy rendido.

—No antes de saber qué es lo que «Tontón» Symphorien quería decir..

—¿Qué supones?—respondió con tono desmedido—. Había yo entrado en su habitación para hablarle de Cernes y Balízaou... Es mi derecho, creo. Y él hizo tener una vida edificante ... un mal tipo, sí soy, pero de ¡Son locos, mentirosos!

—Sí, papá, pero el viejo gritó a Tamatí que ella era cómplice de lo que había pasado la otra noche...

Gradère permanecía con la mano en el picaporte:

—Yo no escuché eso —dijo al fin—. Lo has soñado.

Volvió a pasos cortos hacia su hijo, con las manos en los bolsillos.

—En fin, pequeño, ya me conoces. Yo no pretendo tener una vida edificante... un mal tipo, sí soy, pero de ahí a tener la piel de ese viejo pillo... ¿Acaso es posible morir de miedo ? ¡Vamos, es infantil!

Andrés respiró profundamente: tenía frente a sí a un hombre como cualquier otro. Todos en aquella casa debían de tener la imaginación enferma y él mismo no había sabido resistir al contagio.

—Pero también, papá, dices cosas horribles... La otra noche, a propósito de Tamatí...

—¡Ah, si nos ponemos a tomar en serio todas mis ocurrencias! Date cuenta : en Liogeats, no comprendéis la ironía.

Se había sentado en el sillón, en actitud de abandono, y hablaba a Andrés con la cabeza levantada:

—En París decimos cualquier cosa, podemos aventurarnos a los despropósitos más enormes. Todo pasa, la gente sabe poner las cosas en su punto. Aquí es necesario dar cuenta de cada humorada. ¡Es abrumador! ¡Ah, se puede decir que no entendéis las bromas! Por eso que la provincia parece inhabitable por poco que se haya vivido en París...

—Debiste defenderte mejor: ya ves lo que han terminado por creer...

Andrés sonreía. Y Gradère también respiraba: lo tenía otra vez consigo; vigilaría para que no le atolondraran más. Lo difícil era ponerlo en situación de escuchar todo sin creer nada. Era necesario llevar el juego hasta el fin.

—¡ Ese viejo Desbats, después de todo! ¡Lo que la estupidez, el odio y el miedo combinado pueden influir en un cerebro enfermo! ¡Tú no me creerás si te cuento la historia de ladrones que quieren inventar a costa mía! Y lo más gracioso es que el punto de partida es una canallada del viejo, de la cual te haré juez en seguida.

Hablaba mucho, fiándose en su inspiración, y con un aire de indulgente burla que surtía efecto en Andrés:

—No soy un ángel: el viejo terminó por descubrir a una buena mujer con la cual cometí algunas tonterías en mi juventud y que conserva cartas mías... ¡No te digo más que eso! Desde el punto de vista erótico, ¡es su peso en oro! ¿Crearás que para hacerme partir de aquí, acudió a esa vieja... y que el puerco había resuelto pagarle el viaje a Liogeats?

Como Andrés le interrumpió para saber quién le había enterado de ello, dudó un instante antes de nombrar a Tamatí.

—Ella me aprecia mucho, ¡ya lo sabes!

Había olvidado que hacía una hora lo había tratado de miserable delante de Andrés. Pero éste se acordaba. Sin embargo, guardó silencio.

—Pues bien, como la individua no llegó el día en que la esperaban, se les ha metido en la cabeza... sí, que yo la suprimí.

El silencio de Andrés lo intimidó. Se sintió turbado, y al mismo tiempo comprendió que el muchacho percibía su turbación. Quería hacer alarde de audacia y hacía demasiado hincapié, pese a tener conciencia de dar precisiones inútiles, sin tener la presencia de espíritu para refrenarse.

—Sólo que no tienen suerte, ¿comprendes? Según la idea que se hacen, el asunto habría ocurrido el lunes por la noche.

—Pero, justamente, esa noche yo estaba en cama.

Andrés repitió a media voz: «El lunes por la noche.. »

—Tamatí podrá decírtelo: ella me cuidó una parte de la noche ...

Tomaba decididamente un camino falso. La atmósfera entre ellos se había enrarecido nuevamente. En el silencio de la noche ni el hijo ni el padre encontraban palabras. Andrés, con la espalda curvada, se encaminó a la puerta, y entonces Gabriel quiso retenerlo para hablarle de cosas indiferentes: lo llamó en vano; el hijo ni siquiera se volvió.

Andrés no fue a su habitación, descendió, encendió la araña del vestíbulo y dio un pequeño grito:

Catherine estaba allí todavía.

Solamente le dijo:

—¿No te has acostado?

Pero no la rechazó. Lo que llevaba era demasiado pesado. ¿A quién no se hubiera aferrado en aquel momento de su destino? Era Catherine quien se encontraba allí, y se abatió gimiendo contra ella, que apenas vaciló. La muchacha débil sostenía al joven roble fulminado que la recubría con su follaje lleno de lluvia. Ella participaba de su terrible dolor: algo al fin que compartían. Porque habían roto juntos aquel pan negro, todo sería entre ellos común en lo sucesivo. Mezclaron sus lágrimas. Pero mientras él, con toda su fuerza, aspiraba a la muerte, ella, con los ojos cerrados como un niño que mama y el rostro aplastado contra el pecho, bebía por primera vez en aquella fuente ardiente, se saciaba en aquel vencido.

XVIII

Al día siguiente, que era el primer viernes de diciembre, después de la misa, el pequeño Lassus atravesó el coro, entreabrió la puerta y juzgó al primer golpe de vista que la acción de gracias del señor cura sería larga y que no tendría tiempo de hablarle antes de ir a la escuela. Se fue, pues, y Mathilde, que había asistido a la misa, escuchó el golpeteo de las pequeñas botas. Permaneció sola en la iglesia, esperando la salida del padre Forcas.

No rezaba, sensible al vacío, a aquel abandono. Toda voz se perdía, bajo las ojivas salitrosas, frente a aquel altar cargado de vasos desdorados, de flores artificiales... ¿Qué le importaba en el fondo? Había ido a ver a un hombre aquella mañana, a un hombre que tal vez la escuchara, que trataría de comprenderla, que le diría qué debía hacer; y ella no tendría más que obedecer. Un muchacho... pero sacerdote. Y la cuestión de saber si tendría fuerzas para soportar cuanto ella iba a descargar sobre él no tenía sentido. Se podía exigir todo de aquel muchacho, puesto que era sacerdote. No había abominación con la cual no hubiera derecho a ensuciar su espíritu, a entenebrecer su corazón.

¿Qué hacía él? Un reloj batía pesadamente el péndulo. Un gallo cantaba muy lejos. Mathilde escuchó el ruido desgarrador de los aserraderos. Toda la vida estaba en otra parte, y la iglesia parece el corazón muerto de un cuerpo vivo. La vida estaba por todas partes, menos allí. Para pasar el tiempo Mathilde recordaba lo que iba a decir. Presentaría las cosas en su mejor aspecto, por lo concerniente a ella. La confesión de una mujer casi nunca era un acto de acusación. Hacía ya cerca de media hora que Mathilde esperaba. ¿Habría partido el sacerdote sin que ella lo advirtiera? Se extrañaba de no oírle toser ni mover una silla ni cerrar un armario. Se levantó con impaciencia, entró deliberadamente en el coro, esbozó una corta genuflexión, empujó la puerta de la sacristía y se detuvo.

No veía nada extraordinario: después de la misa, un joven cura, de rodillas, se retrasaba un poco. Tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia el hombro derecho, los ojos cerrados, las manos apoyadas en uno de los taburetes destinados a los niños del coro. Alrededor reinaba el desorden, porque el pequeño Lassus no había podido arreglar las vinajeras, ni doblar el alba ni la casulla. No, nada extraordinario. Sin embargo, Mathilde sabía que hubiera debido irse, que violaba un secreto. Los más humildes objetos de la sacristía, la bandeja de metal, las vinajeras, la vieja fuente y la toalla colgada en la pared, resaltaban con una luz intemporal que surgía de aquel hombre petrificado. Como en otro planeta, un perro ladraba y el gemir del aserradero se aproximaba con el viento, se alejaba luego. Mathilde escuchó un suspiro; retrocedió sin cerrar la puerta y volvió a su silla.

Después de salir de la escuela, el pequeño Lassus corrió a la iglesia. Reconoció, por cierto cuchicheo alternado, que el señor cura estaba en el confesonario. Después de examinar los zapatos de la penitente que aparecían bajo la cortina de lustrina, el niño dedujo que era la señora del castillo que había asistido a la misa. Estaría muy contento él. Como no se decidía a marcharse, el pequeño Lassus puso un poco de orden en la sacristía, y volvió luego a la iglesia. La señora seguía allí. ¡Cuánto tendría que contar acerca de sus pecados! Si él se pusiera bien cerca, podría escuchar. El pequeño Lassus se sentó lo más lejos posible, frente al altar de la Virgen, sacó su rosario, que estaba lleno de nudos y que tardó mucho en desenredar. De lejos vigiló los zapatos bajo la cortina: había uno que se agitaba por momentos, vibraba, se calmaba luego. Dieron las once. Su tía estaría inquieta. El pequeño Lassus hizo una genuflexión, sonrió a la Virgen. miró por última vez hacia los zapatos de la señora y dejó la iglesia con gran ruido.

XIX

Al volver Mathilde encontró la casa más silenciosa que, nunca. La escena de la noche precedente, en la que todos los que sufrían bajo aquel techo se habían reencontrado de pronto al borde de la verdad presentida, no tuvo ninguna prolongación. Cada uno retrocedió ante la luz, se resguardaron en el alojamiento, en espera de lo que iba a surgir. No hubo nada más que un cambio entre Catherine y su madre: la jovencita ocupó al lado de Andrés el lugar hasta entonces reservado a Mathilde; y ésta reemplazó a Catherine al lado del viejo Desbats, que alborotaba ante la idea de que era él quien había llamado a Aline, y que podría verse comprometido.

Gradère se sentía excluido de la comunidad familiar, hasta el punto que su presencia corporal en el castillo de Liogeats había perdido toda importancia: podía salir, quedarse; su separación se había cumplido; era como esos pinos golpeados por la enfermedad, a cuyo alrededor se abre un foso para que no propaguen la muerte, para que mueran solos.

Jamás volvería a reencontrar la mirada de Andrés, tan poco hábil para ocultarse. Por sí mismo renunció a las comidas en familia. Un disgusto con Desbats le sirvió de pretexto para ir a comer en otro sitio. Volvía al castillo para dormir, pero se deslizaba a la hora en que cada uno estaba ya en su habitación.

El invierno reinaba. Andrés, que mataba muchas chochas y liebres, cazaba también patos en abundancia, durante las noches propicias, en los pantanos de Teychouere. Aceptaba la compañía de Catherine. ¿Hubiera soportado estar solo? Aun cuando nunca se habló de lo que ocupaba continuamente sus espíritus. Andrés no hubiera podido sufrir la presencia de una mujer que ignorase lo que lo torturaba. Catherine sabía, Catherine esperaba como él: juntos abrían los diarios (nunca se habían leído tantos diarios en Liogeats) y las dos cabezas casi juntas iban en derechura a la sección de sucesos, la recorrían con la mirada y luego la releían desde el comienzo.

La joven no manifestó nada que se asemejara a un movimiento apasionado, preocupada solamente por la comodidad material de Andrés, atenta a rodearlo de una protección constante, pero discreta. Los domingos que no llovía, él se iba lejos de ella, con sus camaradas, a los partidos de la primavera. Cada vez que él salía por un asunto preciso — negocio que discutir, visita a los campesinos—, ella lo dejaba partir solo, y sucedía que era él quien, al volver de noche, gritaba desde el vestíbulo: «¿Estás ahí, Catherine?» Ella aparecía en seguida. Él encontraba natural que ella se arrodillara, como había hecho siempre Tamatí, para quitarle los zapatos de caza. Si su canadiense no lo había protegido suficientemente, ella lo obligaba a cambiarse de ropa, entraba libremente en su habitación. Y Mathilde lo observaba todo sin decir nada.

A medida que el invierno avanzaba, Catherine aflojó su vigilancia. Una tarde, cuando Andrés seguía solo el camino de Balizaou, atravesando el lugar llamado «la Roca» vio un hombre sentado al sol, al borde de un arenal abandonado. Andrés detuvo su montura y reconoció a su padre, que escribía sobre las rodillas... Volviendo en seguida, entró en el camino principal.

El hombre escribía: «¿Para qué contarle otra vez lo sucedido? Mathilde hizo uso del permiso que le di, y usted sabe tanto como ella. De todo cuanto cometí, ha sido el acto menos criminal pues en él iba mi vida... y sin embargo, a mis ojos (cuán extraño resulta), es el único irredimible: el resto importa un ardite ante el precio de esa muerte. Imagino las razones que me daría un hombre de su especie: más inmundada era la víctima y más irreparable aparece el acto que la devolvió a las tinieblas. Conocí un viejo sacerdote en Luchan... (le cité a usted una de sus palabras, ¿lo recuerda?...) que condenaba la pena de muerte. ¿He destruido la última posibilidad de salvación de Aline? ¿La justicia de

vuestro Dios se sirvió de mí? ¡Qué locura, padre! Penetro fácilmente en su imaginación, como usted ve... Pero por suerte no hay nada, nada, salvo una carroña más a dos pasos de mí, pues le estoy escribiendo sobre mis rodillas en este arenal donde nos divertíamos tanto, las pequeñas Du Buch y el pequeño Gradère, hará pronto cuarenta años.

«El sol se ha ocultado, hace frío, y yo sigo tosiendo después de las dos noches que tuve que pasar en este sitio. Se lo confío, pues no puedo sincerarme ante nadie más. No hay atmósfera respirable entre los otros y yo. Busco en vano la mirada de Andrés. Andrés me ha juzgado. Está perdido para mí, lo he perdido tontamente. Yo, tan hábil con los zorros, he sido atrapado por ese inocente... Todo me da igual ahora porque lo he perdido, ya para siempre: queda uno sin poder frente a un muchacho tan simple. Si leyera un poco, si trabajara con ideas, «novelaría» un poco la situación, se crearía un deber para conmigo, tal vez... Pero ¿qué esperar de ese bruto querido? Reacciona como esos que gritan: ¡a muerte! al paso de un asesino.

»Nada ha estallado todavía, al menos en la prensa. ¿Cuándo se decidirán? Yo no puedo esperar más. Si continúan callándose, reuniré un consejo de familia y «me sentaré a la mesa». A menudo he imaginado la escena: en la habitación del viejo Desbats. Les diré que defendí mi pellejo, que no podía elegir los medios, que no fui yo quien llamó a esa mujer a Liogeats, que de todos modos hubiera habido una víctima, y que previene el golpe. Yo sé que hubiera podido huir como quería Mathilde... Pero no: Mathilde simulaba quererlo; en realidad, contaba conmigo, esperaba de mí la felicidad simplemente. ¿Quién me ha detenido, pues, al borde del crimen? ¿Quién intentó un rasgo noble? A usted mismo le vi la víspera... Corría detrás de usted, en medio de la lluvia; usted me miró sin amor, ¡sin amor! Con tono oficial, muy «de cura», usted pronunció: «Pertenezco a las almas». ¡Vamos querido! La mano que yo tendía hacia usted, el crepúsculo le impidió verla. Usted hizo como si no la viera. No, pobre hijo mío, yo no lo acuso. Si la hubiese apretado con efusión, mi mano no hubiera dejado, en la noche del lunes al martes, de volverse criminal... No, nada hubiera cambiado... Pero comprendame: quiero que usted, al menos piense sin demasiado horror en el ser que soy, porque sépalo usted, padre, las ramas frente a su puerta fui yo quien las levantó la noche de mi llegada a Liogeats... (aunque tal vez ignore usted de qué quiero hablarle).

»Le agradezco que me haya escrito. He roto su carta... me vi forzado a romperla. ¡Cuánto lo lamento! Aun cuando era un poco oficial, un poco afectada, la releería ahora, trataría de comprender... Pero ¿cómo cree usted que yo puedo creer en el demonio? ¿Me toma por un niño? Por otra parte, él no querría que yo creyese en él. ¿Y qué significa amar a Dios? Un movimiento afectivo frente a un ente es impensable. Amar es un acto carnal. Usted altera, mi pobre padre, usted transfiere, como dicen hoy en día. Usted... pero ¿a qué insistir? Conozco anticipadamente su respuesta: usted ha puesto los dedos en los agujeros de las llagas de su Dios, en la abertura del costado, su cabeza ha reposado contra su pecho... ¡Qué extraño! Un muchacho bravo y noble como Andrés no tiene ni la más remota idea de ese mundo invisible, de ese océano cuyas mareas nos roen de todas partes. Y un ser tan cubierto de manchas y de sangre como yo, se imagina bastante bien lo que usted hace, cada mañana, en su iglesia vacía, lo que allí se realiza... A tal punto que imagino su silencio, su alegría...»

La noche, insidiosa, se infiltraba en el bosque. Desde hacia un instante Gradère no veía lo que escribía. Escuchaba sobre los pinos el cuchicheo de la lluvia, pero no era la lluvia espesa que había recubierto el crimen y que escuchó caer bastante tiempo antes de sentir las primeras gotas. Sin saberlo, tomaba por su cuenta la idea de Andrés: desabrochar su camisa. El viento del crepúsculo se insinuaba bajo su vestimenta. La lluvia caía sobre aquel delgado pecho que Mathilde había visto brillante de agua, tiempo atrás, durante las largas vacaciones, encima de la compuerta. El cuerpo que se pudría a algunos metros de allí no le daba miedo. Ningún remordimiento lo había atraído a la Roca, pero tal vez sí el horror de su soledad.

Tosía, tenía fiebre y avanzaba con dificultad. Al pasar frente a la casa del cura deslizó el papel

bajo la puerta. Cualquiera podría leerlo... Pero el cura no tenía sirvienta. Se detuvo en el establecimiento de Lacote, bebió un «pernod» y vació, al comer, una botella de vino. En la mesa, tres viajeros de comercio disputaban acerca de las ventajas o los inconvenientes del auto en la práctica de su profesión. Hacían cálculos: «¡Ah, permíteme, usted no tiene en cuenta la amortización!... Considere la gasolina al precio actual. Evidentemente, el desgaste de los neumáticos es cuestión de suerte...» Hablaban todos a la vez, con una pasión extraordinaria. Gradère, un poco ebrio, no perdía palabra, como si su vida dependiera de aquellos hombres. Secóse sus labios y fue a poner su servilleta en un casillero.

Desde el fondo de la avenida vio la luz del castillo, aquel brillo de lámpara en las tinieblas, hacia el cual se apresuraría de ser un hombre como los otros; y algunos rostros se hubieran asomado, y habría separado con una mano los cabellos de Andrés para besarlos en la frente.

Expresamente subió con lentitud la escalinata, haciendo el mayor ruido posible, para dar tiempo a quienes se encontraban tal vez en el vestíbulo de huir antes que él hubiera cruzado el umbral. Escuchó, en efecto, pasos precipitados. Sin embargo, alguien parecía esperarlo: Mathilde, que había logrado, a fuerza de indiferencia y de placidez, a quitar toda significación a los estragos de sus facciones. Aparentó no haberla visto y comenzó a subir la escalera. Pero ella lo llamó:

—¿Has visto?

Tenía en la mano un diario de París: el único que había descuidado leer, desde hacía dos o tres días, y le mostró en la tercera página la información, impresa en caracteres tranquilizadores: «Nada se sabe aún de Aline X... la ex—mujer galante que abandonó el 25 de noviembre la pensión donde se albergaba desde hacía varios meses, en la calle de la Convención. Había advertido a la dueña que estaría de regreso dos días más tarde, y no había llevado consigo ningún equipaje ni dejado dirección alguna. No se ha encontrado en su habitación ningún documento que pudiera aportar la más mínima luz sobre tan extraña desaparición. Pero se asegura que han llegado algunas indicaciones que orientarían la investigación de la justicia por cierto lado. Se comprenderán los motivos que nos obligan por el momento a la mayor reserva. Un pariente de Aline X..., que por otra parte había salido de París algunas semanas antes de la desaparición de esta mujer, es buscado activamente: Se supone que podrá dar a la justicia informes útiles».

—Es extraño —dijo Gradère—, y yo que leo todos los diarios desde... En fin, ya me comprendes. Y éste antes que todos los otros... Y una vez que me descuido...

Mathilde, sin tener el aire de escuchar, se retiraba ya. La llamó con angustia:

—¿Qué debo hacer? Partir: ¿no es cierto? ¿Enviar un telegrama al juez de instrucción? Es necesario que no parezca que me oculto... ¿No bajas otra vez, Mathilde?

Ella respondió, inclinada sobre la baranda:

—Me parece lo mismo... pero es asunto tuyo. Alguien podría ayudarte: el padre Forcas...

Ella subió a los dormitorios, y él quedó solo. Un ruido regular venía del arsenal, donde Andrés hacía los cartuchos. Gradère fue hasta la puerta. No osaba entrar, pero se decidió al fin. Catherine tejía, bajo la lámpara, al lado de Andrés. Unas gafas con aros de metal la transformaban en una viejecita. Los dos interrumpieron el trabajo.

—Parto mañana temprano en el tren de las seis. Pienso estar de regreso a fin de semana.

Ellos se levantaron. Andrés murmuró:

—Entonces, hasta pronto... y tendió una mano blanda.

Gabriel observó en la pared el fusil del viejo Gradère. Andrés siguió la dirección de su mirada.

Nunca adivinaba nada, pero esta vez pareció comprender la idea paterna. Gabriel en todo caso, se dio cuenta de lo que pensaba su hijo, de lo que su hijo deseaba. (Como esas naturalezas rectas que hay en el ejército y que juzgan lo más simple dejar un revólver sobre la mesa del camarada que ha hecho trampas o robado.) ¿O tal vez Gradère se lo imaginaba? Salió sin volver la cabeza. ¡Cuánto se hubiera sorprendido, de haber girado sobre sus pasos, al ver a Andrés abatido de pronto, con la cabeza entre las rodillas de Catherine, y llorando...!

Gradère atravesó tanteando el comedor, el vestíbulo. Habían ya echado el cerrojo a la entrada. La noche no era fría; no nevaba. Pero Gradère había prescindido de su sobretodo. El claro cielo lo guiaba entre las dos negras murallas de pinos. Iba hacia el pueblo, del cual sólo una ventana estaba iluminada: la del cura. «Ha encontrado mi carta, está obligado a pensar en mí.» Si él levantara el llamador... una ventana se abriría en el primer piso, una voz preguntaría: «¿Quién está ahí?» Pero ¿qué responder? ¿Qué pretexto dar al cura de aquella visita nocturna sugerida por Mathilde? ¿Pedirle consejo? ¿Como si Gradère pudiera dudar del consejo que recibiría de un ser de esa especie! «Vaya a entregarse a la justicia, acepte el castigo, póngase usted en manos de Dios...»

Temblando, sentóse en los escalones, cuyas arrugas eran ya familiares a sus manos. Los tocó como si acariciara una mejilla un poco hueca. Tosió, pero sabía que no era posible enfermar a voluntad. En el seminario había cometido imprudencias para que lo mimasen las hermanas de la enfermería, y nunca se ponía malo. En cambio, su pleuresía le vino después de un solo paseo bajo la lluvia... Así se perdía entre los pensamientos más corrientes, acurrucado contra la puerta, en el momento de entrar en escena y jugarse su cabeza. En el fondo él no creía que debiera jugársela nunca. Y por eso estaba tranquilo, como un hombre en apariencia acosado, pero que sabe que detrás de él se extiende un inmenso país secreto, con líneas de retirada en profundidad. No porque él pensara en la sugestión muda de Andrés (en lo que había imaginado sugestión de Andrés). Nada en el mundo le hubiera obligado a cerrar la boca sobre el cañón de un revólver; apretar el gatillo. Nada en el mundo. Y, sin embargo, él se alejaría de su vida, saldría de su destino, escaparía a esa atroz lógica, a esa combinación de móviles y de actos que desde hacía medio siglo lo habían llevado, de noche, con Aline, a la Roca, sobre aquellas arenas de su infancia... Su tos resonaba extrañamente en medio de la serena noche de invierno. Pero en Liogeats, ¿qué noche es silenciosa? El más suave soplo del cielo es captado por millares de pinos sonoros (como si hubiera siempre en alguna parte un Dios dormido). El Balion corre eternamente, se rompe contra las piedras en las cuales el océano de las primeras edades ha dejado la impresión de valvas y de conchas.

Una ventana se abrió, una voz preguntó: «¿Quién tose?» (¡Al fin! Lo que esperaba desde hacía una hora...) Tiritaba, pero no respondió. Detrás de la puerta, un paso precipitado resonó sobre los escalones, después sobre las baldosas de la entrada. Gradère no se había desvanecido, no simulaba tampoco estarlo. Sentíase inerte como un objeto, simplemente, sin palabra, sin gestos, sin mirada: una piedra, aun cuando la luz de la lámpara cayese sobre su rostro. Lo habían asido por las axilas. Era verdad que apenas podía estar parado.

El cura abrió una puerta a la derecha: la cocina. Obligó a Gradère a sentarse en un sillón de paja, arrojó un sarmiento entre las brasas. Le tocó la frente, el cuello.

—Usted no puede volver ahora al castillo —dijo—. Voy a prepararle una cama.

Gradère se quedó solo en aquella cocina muerta. Ya el fuego había disminuido. Había sobre la mesa, alumbrados por la lámpara, en un plato restos de patatas hervidas, una lata de sardinas vacía, un pedazo de pan.

El cura volvió, le rogó que esperase un poco porque las sábanas estaban un poco húmedas. Llenó de agua un cántaro y salió de nuevo.

—Ahora... —dijo.

Ayudó a Gradère a levantarse. Pero el enfermo caminaba solo, con paso rápido. La habitación era vasta, bastante confortable: alfombra, espejo entre las dos ventanas, cómoda de caoba, sillón, reloj de pared, dos candelabros... Todo lo que el cura poseía en este mundo había reunido allí. Mientras Gradère se desnudaba, aspiraba un olor, un perfume... ¡Era la habitación de Tota! Se tapó bien, empujó con los pies la botella. ¡Qué beatitud! ¿Quién iría a buscarlo allí? ¿Qué potencia humana lo disputaría a aquel cura, que respondía de él? Pero ¿qué? ¿No debía partir por la mañana en el tren de las seis? ¿Telegrafiar al juez de instrucción? Buscó la mirada del cura, cuya expresión se le escapaba. Trató de hablar le, se explicó mal, se dio cuenta que deliraba. El cura le interrumpió: dijo que por la tarde había visto a la señora Desbats y leído la información del diario... Tranquilizó a Gradère, le aconsejó que escribiera una carta desde allí; si era necesario, el cura agregaría unas palabras de puño y letra. Ordenarían sin duda una investigación. Su presencia en la casa del cura podía explicarse fácilmente por su enojo con Symphorien Desbats.

—¿No le hago mentir, al menos?

El criminal experimentó sin esfuerzo todos los escrúpulos que imaginaba en aquel inocente. El cura se encogió de hombros:

—En cuanto amanezca iré a buscar a Clairac. A él también le diremos que un disgusto familiar le obliga a quedarse en mi casa.

Alain decidió todo, como si hubiera previsto las circunstancias, como si hubiera reflexionado sobre ello varios días. Considerando desde lejos al enfermo, al fin adormecido, pensó: «Yo no sabía que lo esperaba». Se acercó, se sobrepuso a su repulsión, observó aquel rostro ardiente. Nada había podido contra aquel dibujo tan puro de la frente, de la nariz, de la boca: ni el tiempo ni los crímenes habían alterado aquella cara indestructible. «Aquí está tal como me lo entregaste, aquél a quien yo había rechazado, y a quien esta noche acojo al fin, pues no puedo hacer nada más que acogerlo.» Todo lo que aquella presencia bajo su techo podía desencadenar, Alain lo aceptó por adelantado sin tratar de representárselo. Bajó la pantalla de la lámpara tomó su rosario, se recogió, se durmió.

A media noche Gradère se despertó. Se dio cuenta de que escuchaba desde hacía algunos minutos o algunas horas un ligero gruñido. La cabeza de su enfermero se movía sobre el respaldo del sillón. Él mismo se sentía menos febril, mucho mejor de lo que se había sentido durante mucho tiempo. No, no se acordaba de haberse sentido tan sosegado. Una mirada hacia el lado de la ventana lo tranquilizó: ninguna claridad indicaba que el alba se aproximase. ¡Duraría todavía la noche bendita! El viento había disminuido, y las cimas atormentadas no se lamentaban, bajo las estrellas del invierno, un poco antes de la aurora, que la mayor parte de los hombres no conocen.

Los ojos de Gradère se habían posado sobre Alain, que dormía. Experimentaba un sentimiento muy extraño y muy fuerte, la ilusión de que era él aquel joven cura sentado en el sillón, que él había sido durante otra vida aquel joven de negro, un poco rechoncho, con el rostro gastado. ¿En otra vida, o en el pensamiento de alguien? y cuando bajo la lámpara observaba con atenta ternura al doble de sí mismo, se sobrecogió de pronto por un gruñido animal del muchacho dormido; observó su maxilar inferior, descolgado, su labio, saliente, abultado y casi sangrante. El alma se había retirado de aquella cara sin mirada. Ninguna luz brotaba ya de aquel corazón puro para iluminar desde dentro el joven rostro animal. «Y él hubiera podido ser yo...» Alain hubiera podido ceder a la influencia de su hermana, elegir, abandonarse, entregarse a aquella sed oscura... Sed de la cual el niño se horrorizaba, desde que tuvo conciencia... Pero hubiera fácilmente vencido ese horror, como había hecho Gradère. Se hubiera acostumbrado a tales monstruos secretos. Los hubiera amansado, halagado, alimentado, cebado más allá de la hartura...

El cura se despertó sobresaltado. Gradère cerró los ojos, sintió una mano palpar su frente, escuchó un ruido sordo contra el suelo: Alain se habla puesto de rodillas y leía su breviario. Pasado un

tiempo bastante largo lo colocó sobre la mesa de noche y salió suavemente. Entonces Gradère se incorporó, cogió el libro negro, lo abrió al azar y dio con una imagen que reproducía el Cristo de *Los discípulos de Emaús*, de Rembrandt. Detrás leyó esto: *Recuerdo de mi ordenación sacerdotal, 3 de junio 19... ALAIN FORCAS, sacerdote. "Marcharás delante del Señor —para enseñar la salvación a su pueblo, la redención de los pecados, la ternura de su misericordia, aportando la luz a quienes están sentados en la oscuridad y a la sombra de la muerte, a fin de dirigir nuestros pasos en la paz."*

Gabriel dejó el breviario sobre la mesa, se tendió en un estado de serena lucidez. Desde el fondo de su crimen veía ese destino, en las antípodas del suyo, y sin embargo próximo: hubiera podido absolver, aclarar, liberar, y siendo siempre el mismo ser, Gabriel Gradère. El único pobre mérito del que un hombre puede enorgullecerse ante Dios, es el de haber aceptado ser elegido, al menos cuando se pertenece a la raza de aquellos a los ojos de los cuales nada hay en el mundo que no sea delicia. No tenemos más que una vida: Gradère sería tal vez perdonado, pero no sería nunca más ese niño que se despierta una mañana de vacaciones, que se descalza para sentir en sus pies la quemazón de la arena, y cuyas oscuras piernas dividen la corriente del Balion. Había dejado atrás para siempre ese sitio del camino en el cual los que son elegidos por su nombre deben levantarse y dejarlo todo.

EPÍLOGO

—¡Sí! —dijo Mathilde subiendo la escalinata—, las cosas pasaron de la mejor manera...

Estaban los tres parados en el umbral, Catherine, Andrés y el viejo Desbats, unidos en la misma espera ansiosa, pendientes de sus labios. Pero Mathilde no habló en seguida. Respiró, cerró un instante los ojos. Había llovido. Los abejorros zumbaban, el viento del este había pasado sobre las lilas del pueblo.

—De acuerdo con lo que me dijo el cura, que asistió al interrogatorio, el juez trató a Gradère como un enfermo grave y en ningún momento pareció sospechar de él..

Se interrumpió, miró alrededor con inquietud:

—Pero no nos quedemos fuera...

Se encerraron en el arsenal. Continuó a media voz:

—La justicia no tiene la menor idea del lugar hacia el cual se dirigió esa mujer. Y como en el momento de su partida Gradère se encontraba ya aquí, en familia, no se tomó en cuenta la denuncia anónima, por lo demás bastante vaga, que lo nombraba. Además — agregó mirando a su marido—, se han podido reconstruir dos cartas (sin sobres ni firmas) escritas a máquina, donde pusiste a modo de *post-scriptum*: «sobre todo no escriba nada que pueda despertar las sospechas de G.. Él encontraría medios para impedir su partida...» Esto fue interpretado a favor de Gradère. El juez considera que el asesino es el autor de esas cartas.

—Entonces —interrumpió Desbats con acento de terror—, entonces... yo podré ser acusado...

Catherine le rodeó el cuello con su brazo, diciendo:

—¿Estás loco? ¡Pobre papá!

Mathilde trató de tranquilizarlo:

—Gradère respondió claramente que no tenía ninguna relación ya con los lugares que frecuentaba Aline: desde hacia varios años no estaba mezclado en su vida, fuera de los socorros monetarios que le enviaba. Y, en efecto, se descubrieron los talones de los cheques y una libreta de gastos que prueban su generosidad respecto a esa mujer...

Desbats repetía sofocado:

—Van a decir que fui yo... Voy a ser acusado...

Se ahogaba. Catherine había bajado lo necesario para una inyección. No podía hablar pero no separaba sus ojos de los labios de su mujer, que insistía:

—Te estoy diciendo que se va a cerrar el sumario. El juez partió para Bazas; no habrá más interrogatorios... Por otra parte, Gradère está cada vez peor. Clairac asegura que el otro pulmón también está afectado y que ahora todo irá rápidamente. Es demasiado tarde para intentar un neumotórax. En Suiza podrían hacerla vivir algún tiempo, tal vez, pero él no quiere oír hablar de dejar la casa del cura. Y por suerte el padre consiente. Es admirable nuestro buen cura, después de cuatro meses que dura esto... Porque no es agradable... y, a su edad, se corre el riesgo de un contagio.

Desbats recobró su respiración para decir que el cura sabía bien que se le adeudaba todo eso y que cobraría una fuerte suma. Pero era verdad que rendía a la familia un estupendo servicio.

Mathilde sonrió, y dijo volviéndose hacia Andrés:

—Desde que esto marcha mal, el cura veía cada dos noches, la tía del pequeño Lassus se turna con él. Pero no puede más. Le dije que tú irías a reemplazarlo esta noche. Te espera hacia las once.

Andrés gruñó que le había propuesto varias veces su ayuda, pero el enfermo no quería verlo...

—Sí, por vergüenza... Pero desde esta mañana tu padre aceptó la entrevista. Es otro hombre, ¡sabes! Increíblemente cambiado... Hasta quería entregarse a la Justicia. Al cura le costó mucho trabajo contenerlo: no lo consiguió hasta que le habló de ti, Andrés...

Desbats, que se había levantado, agarrado al brazo de Catherine, se volvió para gritar con odio.

—No caerás en eso, espero... Ese tino esconde más cosas de las que mostró. No estaré tranquilo hasta que...

Mathilde hizo señas a Andrés para que no respondiera nada. Cuando estuvieron solos, dijo con voz neutra:

—Voy a subir con tu tío para que deje libre a la pequeña. Vete a esperar frente a la casa.

Andrés se puso el abrigo y se sentó en la escalinata, atento a las ranas y a la vibración de alas en las lilas mojadas. En casa de los Frontenac, dos ruiseñores se interrogaban, se respondían con triste ternura. Pero Andrés no se preocupaba de esas cosas más que para tener conciencia de la estación, de la hora, del tiempo que haría al día siguiente. Lo que buscaba en el cielo era la dirección de las nubes.

Sentíase tranquilo: su padre moriría y él se casaría con Catherine. La vida volvía a ser simple y normal. ¡Estaba al fin liberado de esa angustia que lo ahogaba desde hacía cuatro meses! No tenía derecho a mostrarse difícil. Se separaba de todo lo que quiso en su vida antes del crimen; a todo lo que de cerca o de lejos se confundía con el recuerdo de su padre... renunciaba. Que no le hablaran más de amor ni de todas esas tonterías. Viviría, tendría hijos, sería rico... ¿Y después qué? Iría a Burdeos alguna vez para echar una cana al aire... Siempre que no tuviera complicaciones, que no se descubriera una carta, que no apareciera un testigo. ¿Y el cadáver? Una noche le preguntó a Tamati. Ella había balbuceado: «Yo no sé nada... Sé solamente que no se le puede encontrar, que no se le encontrará nunca...» Por otra parte, su moribundo padre escaparía de todas maneras a la justicia...

Oyó que Catherine bajaba la escalera apresuradamente. Respiraba con celeridad.

—¿Damos una vuelta, querido?

Lo arrastró. Andrés pensaba en ella con reconocimiento y amistad cuando no la veía. Pero su presencia lo irritaba, y sobre todo el ansia que ella tenía de él y que no sabía disimular. Aquella noche también ella parecía liberada. ¡Que se alejara, al fin, la tormenta! Había pagado anticipadamente, tocaba, al fin, el turno de su felicidad. Apretada contra Andrés, caminaban a lo largo de la pradera de los Frontenac. Más allá, cantaban todavía dos ruiseñores, con una pureza que la distancia tomaba irreal. La joven dijo:

—Mira qué claro está el cielo...

Andrés, indiferente, levantó los ojos y, a través de las aberturas de las ramas, observó un tono azul lavado.

—Y ¿qué? —preguntó.

—Ven hacia el banco.

Ella se acurrucó junto a él y no se movió. Él se esforzaba por no verla.

—Voy a cuidar a mi padre esta noche. Espero que no me diga nada...

Ella le suplicó que no pensara más. Estaba terminada toda la historia...

—Soy feliz...

Él sintió sobre su cuello unos labios fríos. Entonces su carne recordó a Tota, se levantó hacia la mujer perdida. Apenas alejado el peligro, en lo que concernía a su padre, surgía el otro dolor, su verdadero dolor, su veneno secreto, aquel amor sin el cual tendría que vivir. ¿Qué hacía allí, en aquel banco, entre las flacas manos de aquella hembra, de aquella *mantis religiosa*? Y sin embargo no osaba moverse, no quería comprometer nada: se hacía el muerto.

Catherine sabía que él no sentía nada por ella: era un cadáver... Pero le satisfacía el cadáver. Tenía entre sus manos al ausente bienamado. El cuerpo era mejor que nada. Apenas con la punta de los dedos, y como distraídamente (¡pero con cuánta aplicación, en realidad!) rozaba ella el espeso vello de aquella mano.

Y él experimentaba lo que hubiera sentido Tota en aquel segundo. Escuchó, como ella lo hubiera hecho, los ruisseños de los Frontenac, cuya llamada, a causa de la distancia, parecía llegar de un mundo desconocido. Descubrió, con los ojos de Tota, detrás del cordaje negro de las ramas, un azul apenas apagado, pobre en estrellas, como si las constelaciones no hubieran sido creadas todavía, y esa frescura edénica posterior al caos. Todo lo que se sentía impotente de concebir por sí mismo, Tota se lo inspiraba: tanta era en él la afirmación de su presencia; y al mismo tiempo él era Andrés, el muchacho de veintidós años, campesino a medias, bruto: él rompería con todo, se uniría a Tota sin pedir permiso al curita. No tenía necesidad de nadie. Pero también debía cuidar a Catherine... desposarse pronto, para después...

La joven, con su cabeza apoyada contra el pecho de Andrés, percibía el golpeteo apenas precipitado; pero sin presagiar nada funesto. De pronto, con un suspiro, él la rechazó nuevamente y pareció prestar atención. Inquieta, ella lo interrogaba con la mirada. Respondió en voz baja (como si los escuchara por primera vez en su vida):

—Los ruisseños...

Mathilde los escuchaba también, aun cuando las ventanas de Symphorien estuviesen cerradas. En medio de la humareda de los cigarrillos medicinales, el busto sostenido por las almohadas se había dormido. Pero hasta en el sueño el espanto lo atenazaba, y se le escapaban gemidos, protestas de inocencia.

Mathilde separó las cortinas y pegó su frente al cristal. Percibía el ruido del Balion corriendo rápido sobre los guijarros y aquel doble canto, del lado de los Frontenac. Symphorien le había recomendado que no abriera por nada, a causa del polen y de todas esas suciedades vegetales que contribuían a sus ataques. Pero ella se ahogaba en aquella habitación fétida. El olor del humo y de la orina la asfixiaban. Un cristal la separaba de aquella frescura, de aquel río lácteo, de aquella noche que se cernía sobre las últimas lilas, sobre los primeros espinos. Sus dedos tocaron la falleba, dudaron...

Pero cambió de parecer. El cura le había dicho: «No se haga ninguna pregunta sobre su participación en el crimen. Usted está desligada, se lo aseguro. Pero con la condición de aceptar de ahora en adelante todo lo que exige el servicio de su esposo: Dios espera de usted un consentimiento

y un abandono sin reservas y sin regreso». Y al principio no había encontrado más que dulzura y suavidad en la obediencia a esa orden. Aquella noche, por primera vez desde su confesión, se encontró de pronto totalmente agotada.

¿Tal vez porque la justicia humana se separaba de Gradère y la sombra de la muerte, extendida ya sobre el criminal, iba a sepultar la atroz historia? Mathilde se notaba extrañamente viva y libre. ¿Por qué se ataría ella, llena de salud y fuerza, a aquel casi cadáver cuyo sueño se interrumpía con las convulsiones? Los otros no habían perdido el tiempo, habían vuelto a ser felices: sí, Catherine y Andrés... Andrés y Catherine. Se paseaban en aquel momento juntos, unidos... Mathilde dejó caer otra vez las caninas, se deslizó hacia el cuarto de baño. Como no estaba iluminado más que por la buhardilla, se subió para ver la noche, a un taburete donde amontonó las *Illustrations* encuadernadas que Symphorien hojeaba durante sus insomnios. Pasó la cabeza por aquel abismo de tinieblas iluminadas, llenas de ramas y astros, y recibió en el rostro un aliento mojado. Las rumorosas praderas de Frontenac tenían el obr de las plantas que brotan en el agua. El viento había cambiado y las lilas no se sentían. La pesada mujer parada grotescamente en aquel andamiaje de libros, con los codos doloridos por las tejas, tomó lo que pudo de aquella sombra olbrosa y saturada. Era una mujer como todas las mujeres...

—¡Mathilde!

Las *Illustrations* se hundieron. La voz jadeante gritó:

—¡La buhardilla! ¡Siento que has abierto la buhardilla!

Ella entro en la habitación protestando: «¡No, no! Volqué el taburete por descuido. Duerme. Yo me acuesto también». Había pasado la mano sobre aquella frente calva, mojada de sudor. La atmósfera era tan acre que contenía la respiración. Con toda su voluntad tensa se esforzaba en rezar, sabiendo por anticipado que no había nada para ella, ningún consuelo en aquellas palabras aprendidas de memoria y en las cuales su corazón no tomaba parte. Rezaba, aun cuando pertenecía a la raza de esas almas sordas para las cuales ninguna respuesta de Dios será jamás perceptible. Rezaba y no escuchaba nada, fuera del ronquido del asmático y muy lejos, a pesar de las ventanas cerradas, más allá de las praderas, el ruido de fuente ininterrumpida de los dos ruiseñores, y cuando callaban, habiéndose juntado tal vez, la huida rápida del agua bajo los abedules.

La puerta se abrió sin ruido (como sólo Catherine sabía hacerlo). Mathilde vio la sombra de la joven avanzar.

—Si quieres ir a respirar un poco, mamá... Andrés ha ido a casa del cura: va a cuidarlo hasta por la mañana... Quédate fuera cuanto quieras: la noche es maravillosa.

Mathilde se levantó. No veía la cara de su hija, pero le bastaba escucharía para saber que era feliz. Tenía esa dulzura inesperada de quien se sabe más rica... Con voz neutra le dio las gracias diciendo que, en efecto, el aire la pondría mejor.

La luna se levantaba. En lugar de seguir la avenida, Mathilde tomó un sendero cuya arena parecía más blanca que en pleno día y se detuvo sin dudar frente a un pino, aquél donde, treinta años antes, se levantaba la cabaña, el *jouquet*. No había cambiado: sobre el tronco enorme, las cortaduras de entonces se habían vuelto viejas cicatrices. La jovencita de otros tiempos apoyaba allí su marchita mejilla. La frente contra la corteza, los ojos cerrados, ebria y afligida, veía brillar, en el fondo de su infancia, los azules ojos del pequeño Gradère, y todos ellos la apremiaban: Adila, sirvienta de los pobres tullidos y que había sido también jovencita loca; Andrés, bruto querido; la mujer llamada Tota, la otra que se llamaba Aline, y el cura... Ella osaba al fin contemplar lo que había sucedido, a lo largo de medio siglo, en aquel lugar del mundo, entre criaturas efímeras, bajo la mirada eterna. Y todo continuaría en Andrés, en Catherine, en los hijos que tuvieran, en Mathilde también, que tenía esa vejez, tal vez interminable para agotar (¡pero el deseo no se agotaría jamás!), esa serie desconocida

de años desgarradores. ¡No! La muerte nada interrumpiría de cuanto los muertos habían comenzado. Gabriel podría desaparecer, puesto que es ley del mundo que el veneno sobreviva a la bestia. Pero él mismo, el pequeño Gradère de ojos azules, ¿de quién había recibido el horrible depósito? ¿Hasta dónde nos remontaremos? ¿Qué juncos es necesario separar para descubrir la fuente envenenada?

Y sin embargo, Mathilde lo sabía, existe otra fuerza: Adila se había salvado; el muchacho criminal que la había corrompido, estaba ya casi totalmente camino del cielo. Aun en Liogeats la esperanza humana gritaba victoria. El amor había vencido, ese amor cuyo rostro verdadero escapa al mundo... Aun cuando ella no había recibido ningún socorro aparente ni obtenido respuesta alguna, avanzaría por ese lado, como un ciego que cree en la luz, con las manos tendidas y juntas a la vez, hasta saber la causa de esa gracia que le había sido acordada, y porque una mañana ella había contemplado con sus ojos a un hombre a quien Dios hablaba en la pobre sacristía de Liogeats. Pero no era para sí misma para quien Mathilde buscaba la salvación; no era con miras a su eternidad, pues nada que estuviese más allá de la carne representaba algo para su pensamiento. Criatura femenina, todo la llevaba hacia Andrés. De esa fe, bien que mal reavivada, su corazón retenía primero el poder de sufrir por otro. Si no hubiera más que una ínfima ocasión que el muchacho bienamado pudiera sacar algún beneficio... Ella no pedía nada más para consentir ahogarse hasta la muerte en aquella pieza fétida.

—Es hora de que vaya a cuidar de mi padre —había dicho Andrés.

Sabía que el cura Forcas no lo esperaría hasta las once. Pero él no podía soportar más el peso de la cabeza de Catherine. Ella le había propuesto acompañarlo hasta la entrada del pueblo sin que él encontrara ningún pretexto para alejarla. En las primeras casas él le dio las buenas noches y prosiguió su camino solo.

La casa del cura recibía de lleno la luna, sobre su superficie salitrosa. Andrés tenía aún tres cuartos de hora: aprovecharía su libertad el mayor tiempo posible. No era de su padre de quien tenía miedo: el enfermo casi no hablaba. Pero el cura... Sería necesario sostener su mirada... Tenía el don de la segunda vista... Leería en el corazón de Andrés ... Tal vez comenzara de nuevo con sus súplicas: «Yo recogí a su padre moribundo, no me devuelva mal por bien... Deje a mi hermana en paz...»

¿Qué oponer a ese chantaje? Andrés no sabía mentir, no había sabido nunca ocultar su juego. Lo mejor sería responder evasivamente. ¡Cómo odiaba a esos seres que envenenaban la vida y se encarnizaban en hacer a los otros tan desgraciados como ellos mismos! Así rumiaba el joven y, sin embargo, había contorneado la casa. Por encima de la pared de la huerta levantó la vista hacia la fachada que daba al jardín.

La luz de su padre brillaba en el agujero de una habitación. Y primero Andrés distinguió una forma negra delante de la ventana abierta. El cura debía de estar sentado allí, con la nuca apoyada contra la pared, pues su perfil resaltaba cual sombra chinesca sobre el fondo iluminado de la habitación. El cuello de la sotana lo tenía desabrochado, la cabeza un poco echada hacia atrás. Andrés pensó: «Toma el fresco». Un hombre está sentado, pero su tormento interior no es visible. El cura acababa de dedicarse, durante una hora, a pacificar a su enfermo: Gradère iba a tomar la comunión el día siguiente por la mañana; pero, presa del pánico, sentía la necesidad de volver a confesarse a cada instante, pues alguna ignominia olvidada, le volvía a la memoria. El joven sacerdote había conseguido una vez más sosegarlo. El asesino sonreía ahora en el vacío.

Entonces, Alain, agotado, se había aproximado a la ventana. Su fe, su esperanza, su amor habían colmado con ellos al hombre; sentíase como vaciado de su tesoro. El Balion, a la distancia de una pedrada, formaba remolinos por encima del profundo agujero donde Gradère había arrojado su

pala la noche del crimen. A veces, el viento movía un poco los álamos de la orilla, y cuando el estremecimiento de las hojas se apaciguaba, el cura escuchaba, muy lejos, dos ruiseñores perdidos. La noche era humana, respiraba. Su adormecido aliento venía a morir en los cabellos de Alain. Las mentas salvajes del borde del agua, las floridas jeringuillas del pueblo, lo que quedaba de las lilas se entregaban a él en ese aliento. A su derecha, del abismo de la habitación subía (interrumpido por la tos, o por el ruido de la escupidera contra la mesa de noche) un murmullo indistinto del que se destacaba: «Rezad por nosotros, pobres pecadores».

Se iba en paz hacia el cielo aquel enemigo de las almas, aquel asesino. Se iba desbordante de alegría. Pero el muchacho casto que lo había recogido bajo su techo y salvado de la desesperación, que lo había absuelto, se sentía, a la misma hora, turbado hasta la angustia. No por tener que debatirse contra una de esas tentaciones precisas que apenas aparecida las hubiera ahogado. No hubiera sabido decir qué vaga angustia oprimía su corazón, qué deseo de ternura y de lágrimas: nada que debiera horrorizarlo, ni siquiera hacerle enrojecer... y era, sin embargo, un desorden inmenso: no sentirse en presencia de Dios, perder el contacto con Dios... No, él no lo había perdido del todo y, en lo más secreto de sí mismo, el amor vivía; el amor vivo no había dejado de tener en él su morada... Simplemente: su pobre corazón se desviaba un poco hacia aquello que también existía, hacia la fase nocturna de la vida; se abría a los perfumes, al olor de savia. Había en la habitación un moribundo que fue siempre fiel a su carne, que obedeció a todas sus exigencias, que se sometió a ellas hasta el crimen, y, sin embargo, se dormía en los brazos de Dios. «De cualquier manera (pensaba), termina en paz... Pero yo, Dios mío, te tuve desde el comienzo, no te he compartido con nadie y lo que en mí se conmueve en presencia de esta noche lo ahogaré sin lamentarlo, tantas veces como sea necesario, porque es a ti a quien amo.»

Al ruido de la puerta, volvió la cabeza y vio a Andrés. El cura dejó la ventana y tomó la mano del joven que observaba la habitación —no la cama, donde su padre estaba adormecido— sino la habitación, que él sabía era la de Tota. El cura comprendió en seguida que hacia ella iba el pensamiento de Andrés; y un sentimiento de rencor comenzó a surgir de él, un odio del cual tuvo conciencia aunque ya movía todas sus fuerzas contra tan salvaje sublevación: trataba de sonreír, contestaba a las preguntas que el muchacho le hacía en voz baja.

«Observa (le decía una voz insidiosa), cómo goza de encontrarse entre estas cuatro paredes... ¿Qué le importa su padre? Piensa en ella, en Tota... Le es fácil representársela... No tiene que conjeturar... Nadie mejor que él la conoce ¡Nadie!»

—¡Qué pálido está usted! —dijo Andrés—. ¿Se siente mal?

El cura agitó la cabeza sin responder; los dientes apretados. Balbuceó que tenía necesidad de aire, y mientras Andrés iba a sentarse cerca de la cama, volvió a la ventana. Los ruiseñores se habían dormido, los álamos no se estremecían ya. «¿He cedido a ese odio?— se preguntó, lleno de angustia—. ¿Estoy todavía en estado de gracia?» ¿Podría decir su misa? «Después de todo (le susurra la voz), ¿por qué no abstenerse de subir al altar mañana? En la duda...» Pero ¿qué razón dar al pequeño Lassus? Alain, confuso, se aferró a la ley que había hecho suya: abandonarse a una locura de confianza; ser confiado hasta la locura... Sí, pero ¿y el sacrilegio? No hay confianza que valga frente al sacrilegio. Su memoria implacable le recita palabra por palabra un fragmento del Evangelio: *Amigo mío, ¿por qué no has vestido el traje nupcial? Los servidores se apoderaron de él y lo arrojaron en las tinieblas exteriores...*

El enfermo se había despertado y hablaba a media voz con Andrés. El cura, desde el fondo de su tentación, no perdía palabra: «Muerdo en paz, mi pequeño Andrés —repetía Gradère—. ¡Qué inimaginable paz!» Entonces en Andrés, la queja redobló. Estaba ya bastante engañado, ¡burlado! ¡Qué

burla! ¡Qué irrisión! El criminal salvado, y él... Él estaba perdido... A pesar del ciclón de la superficie de su alma, otra voz interior, pero ahogada por la distancia, se elevaba, atravesaba un abismo de angustia y tocaba el corazón: «Yo estoy ahí nada temas. Yo estoy, estoy ahí para siempre».

El joven sacerdote apoyaba la sudorosa cabeza en el travesaño de la ventana. (¡Cuántas veces, durante sus noches de vigilia, había visto y adorado la cruz que la ventana dibujaba en la noche!) En su frente, sentía la herida del enorme clavo, y la sangre tibia que, goteando de los pies sagrados, mojaba sus cabellos. Sí, él había nacido para aquel bautismo. El amor lo ahogaba. Cerró los ojos.

Gradère lo llamó; Alain se sobresaltó y fue hacia el lecho. Andrés, con la cabeza inclinada, se mantenía un poco alejado.

—A cambio de lo que usted me ha dado, ¿qué le daré yo en la tierra? Pero tengo la promesa del pequeño... ¿Usted me comprende? No tema ya nada de él. ¿No es cierto, Andrés? Repíteselo tú mismo.

El muchacho, sin volverse, hizo un signo de asentimiento. Un profundo silencio reinaba en la habitación.

—Yo continuaré cuidándolo —dijo el cura—. Váyase a dormir. Estoy acostumbrado.

Andrés, levantándose, besó a su padre en la frente. Alain bajó con él, recorrió el cerrojo de la puerta. Sobre los gastados escalones, en los que la luna iluminaba cada arruga, permanecieron parados frente a frente. Y, en aquel momento, una simple mirada les bastó, una mirada y un apretón de manos para descubrir cuánto se amaban.

FIN